

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE PSICOLOGIA

"HOMOSEXUALIDAD MASCULINA EN LA TEORIA FREUDIANA"

Narcisismo, Complejo de Castración y Desmentida en la obra de Sigmund Freud

Memoria para optar al Título de Psicólogo

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CS SOCIALES
BIBLIOTECA
I. Carrera Pinto 1040
Fono: 6 7 8 7 7 3 7

Autoras: Evelyn Carrasco Salazar.
Jéssica Castro Paillalef.

Profesor Patrocinante: Hugo Rojas Olea.

ABRIL 2000.



AGRADECIMIENTOS.

A Dios, por su ayuda permanente y silenciosa.

A Hugo Rojas, por orientarnos y acompañarnos afectuosamente en este arduo trabajo.

A nuestras familias, por su paciente apoyo y su constante cariño.

A aquellas personas cercanas que nos alentaron con sus cálidas palabras.

A ti Jéssica, por tu paciencia y por inspirarme fortaleza en aquellos momentos difíciles.

A ti Evelyn, por haberme enseñado un estilo de trabajo en que buscamos siempre lo mejor.

INDICE

INTRODUCCION	1
I. OBJETIVOS DEL ESTUDIO	6
II. METODOLOGIA DEL TRABAJO	8
III. ANTECEDENTES HISTORICOS ACERCA DE LA HOMOSEXUALIDAD MASCULINA	11
III.1. Culturas Clásicas: Homoerotismo, Belleza y Virtud	12
III.2. Epoca Medieval: La homosexualidad entre sombras	21
III.3. El Renacimiento: La belleza de la homofilia	25
III.4. Edad Moderna: Neoclasicismo y la herencia de Oriente	29
III.5. Era Contemporánea: Una perspectiva actual	31
IV. EXAMEN DE LA OBRA FREUDIANA EN TORNO A LA HOMOSEXUALIDAD MASCULINA	35
IV.1. Revisión de teorías destacadas en torno a la homosexualidad masculina, propuestas por estudiosos anteriores a Sigmund Freud	35
IV.2. Conceptualizaciones de Freud acerca de la homosexualidad masculina	50
IV.2.1. <i>Años 1896 - 1909.</i> Homosexualidad entendida como consecuencia de una falla en la represión	53
IV.2.2. <i>Años 1910 - 1919.</i> Narcisismo y angustia de castración: vislumbres de nuevas complejidades	86

IV.2.3. <i>Años 1920 - 1940. Nuevos aportes clínicos y metapsicológicos a la comprensión de la</i>	
homosexualidad masculina	115
IV.2.3.1. Reelaboraciones y nuevos aportes clínicos: Identificación y Celos	115
IV.2.3.2. Inauguración de una nueva metapsicología: Thánatos, Trauma y Desmentida	123
V. CONCLUSIONES, ALCANCES Y CONSECUENCIAS: ELEMENTOS PARA UNA	
DISCUSION ACERCA DE LA HOMOSEXUALIDAD MASCULINA.	137
V. 1. Aproximación teórica a la psicogénesis de la homosexualidad masculina	139
V.2. Acerca de una configuración homosexual en el psiquismo humano	145
V.3. Implicancias de este estudio para la psicoterapia	150
V.4. Algunas problemáticas inconclusas	152
VI. BIBLIOGRAFIA	155

CARTA A UNA MADRE NORTEAMERICANA. 1

Abril 9, 1935.

"Estimada señora X:

Colijo de su carta que su hijo es homosexual. Me ha impresionado hondamente el hecho de que Ud. no mencione este término en su información acerca de él. ¿Puedo preguntarle, por qué lo evita?. La homosexualidad no es seguramente una ventaja, pero no es nada de que haya que avergonzarse, no es vicio, ni degradación, ni se la puede clasificar como enfermedad; nosotros la consideramos una variación de la función sexual producida por cierta detención del desarrollo sexual. Muchos individuos respetables de los tiempos antiguos y modernos han sido homosexuales, y varios de los más grandes, entre ellos Platón, Miguel Ángel, Leonardo da Vinci, etc. Es una gran injusticia perseguir la homosexualidad como si fuese un crimen, y es también crueldad. Si Ud. no me cree a mí, lea los libros de Havelock Ellis.

Al preguntarme si yo puedo ayudar, Ud. quiere decir, supongo, si yo puedo abolir la homosexualidad y hacer que la heterosexualidad normal ocupe su sitio. La respuesta, en líneas generales, es que no podemos prometer lograrlo. En cierto número de casos tenemos éxito en desarrollar los benditos gérmenes de tendencias heterosexuales que están presentes en todo homosexual; en la mayoría de los casos ello ya no es posible. Es una cuestión que depende de la calidad y la edad del individuo. Es imposible predecir los resultados del tratamiento.

Lo que el análisis puede hacer por su hijo es asunto diferente. Si su hijo es desdichado, neurótico, atormentado por conflictos, si se siente inhibido en su vida social, el análisis podría traerle armonía, paz mental, plena eficiencia, sea que permanezca homosexual o cambie. ¿Usted decide si su hijo debiera someterse al análisis por mí! ¡No creo que usted lo hará! Tendrá que viajar hasta Viena. No tengo intención de moverme de aquí. De todos modos, no deje de contestar ésta mía.

Sinceramente suyo y cordiales deseos.

Freud"

IFreud, S. (1935). Carta a una madre norteamericana. En H. Ruitenbeck (Dir.). *La homosexualidad en la sociedad moderna*. Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires, p. 17-18.

INTRODUCCION

La homosexualidad es un fenómeno que, desde siempre, ha atravesado la historia y la vida de los seres humanos; como tal, se ha manifestado de diversas maneras a lo largo del tiempo. De esto nos dan buen testimonio múltiples obras literarias, plásticas y filosóficas, que se han inspirado abiertamente en la homosexualidad como fuente creativa. Incluso en ciertas culturas representó una verdadera institución social que cumplía importantes funciones tanto en el ámbito público como privado, regulando las relaciones entre los individuos. No ha existido sociedad en que esta expresión sexual no aparezca de algún modo.

Durante los últimos años, aparentemente se ha producido - al menos en los países desarrollados - una mayor permisividad frente a variadas prácticas sexuales, lo que ha permitido la emergencia de diversos movimientos homosexuales afanados en la reivindicación del derecho a expresarse libremente, buscando crear su propio espacio dentro de cada sociedad. Cabría esperar que todo ello hubiese tenido como consecuencia mayores oportunidades y expectativas en cuanto a su participación en las redes sociales. No obstante, muchos de estos fenómenos sociales esconden realidades subjetivas más profundas, tal como un velo oculta en el secreto un rostro. Sentimientos, vivencias e historias personales poco conocidas y exploradas; es aquí donde la psicología puede aportar luces a la comprensión y al conocimiento de los procesos psíquicos que se entraman en la homosexualidad.

En virtud de lo anteriormente expuesto, el presente trabajo pretende ahondar en el aspecto *psicológico* de la homosexualidad, enmarcando dicha reflexión dentro de la

perspectiva psicoanalítica; más precisamente, desde la obra de *Sigmund Freud*. Esta elección se basa en que, a nuestro parecer, su teoría ofrece fundamentos consistentes y siempre actuales, favoreciendo el análisis crítico y la posterior discusión de la materia a examinar. Existe una característica interesante en el pensamiento freudiano: aquella constante preocupación por replantearse los grandes problemas de la psique humana, perfeccionando hipótesis y desarrollando nuevas interrogantes. Gracias a esto, sus ideas actúan como "letra viva" a la espera de reelaboraciones, críticas y nuevos aportes teóricos. No se desconoce por ello la existencia de otros pensadores destacados dentro del psicoanálisis, pero considerando a Freud como el inaugurador de esta nueva forma de pensar al sujeto, no se ignora tampoco que dicho autor ha servido de base a esos mismos creadores. Considerado todo lo anterior, se ha optado por circunscribir el presente estudio a los planteamientos que Freud formula en torno a la homosexualidad.

Además, cabe precisar que la presente aproximación tomará como eje principal la homosexualidad *masculina* ya que, en la producción de Freud, hay una mayor claridad respecto a las dinámicas del desarrollo psicosexual masculino que del femenino. En este último, se aprecian ciertas imprecisiones y vaguedades reconocidas por el mismo autor. En cambio, dentro de la reflexión en torno a lo masculino, logró trazar una ruta de pensamiento más coherente y llana, proporcionando conceptos más acabados y depurados. Se facilita así su re-lectura y el surgimiento de nuevos problemas a investigar, uno de los cuales es, indudablemente, la homosexualidad masculina.

En definitiva, nuestro trabajo consistirá en una **revisión teórica y un reordenamiento de los postulados de Freud atinentes a la homosexualidad masculina**, siguiendo la evolución de sus planteamientos, para finalmente meditar

críticamente sobre ciertos conceptos relevantes para este estudio. Se pretende obtener, a través de estas elucidaciones, la sistematización de determinadas nociones freudianas relativas a la homosexualidad masculina, que en ciertas ocasiones aparecen poco organizadas o inconclusas. También se espera realzar una serie de interrogantes legadas por el autor y formular otras escasamente desarrolladas. Asimismo, se intentarán extrapolar al tema de interés, algunas propuestas de Freud relacionadas a otros problemas de investigación, que pudieran iluminar el tema escogido. En conclusión, se aspira a brindar una mayor comprensión teórica acerca del fenómeno homosexual. Además, a partir de esta metodología, se busca ejercitar una forma de leer a Freud y revelar la riqueza de su teorización.

Desde el punto de vista práctico, se aspira a contribuir al quehacer de aquellos profesionales de la salud mental que se dedican al trabajo terapéutico con pacientes homosexuales, proporcionándoles nuevos elementos teóricos que favorezcan el entendimiento de los dinamismos psíquicos implicados. De esta forma, se pretende promover una actitud flexible y abierta a nuevas hipótesis orientadoras para la terapia. Por otra parte, es de esperar que, a partir de este estudio, broten diversas inquietudes e ideas, permitiendo el desarrollo de investigaciones novedosas referentes al tema.

A continuación, se expone brevemente el camino a seguir en la realización del trabajo. En el primer capítulo, se establecerán los objetivos de este estudio, de modo de aclarar al lector los propósitos y metas que guiarán su recorrido. En el segundo, se abordará la metodología de investigación a utilizar a lo largo del proceso de análisis, considerando la existencia de variadas maneras de aproximarse a la lectura de Freud. En la tercera parte, presentaremos una panorámica histórica de la homosexualidad a través del

devenir de la Humanidad, de tal forma que proporcione un contexto sociológico y cultural para los desarrollos posteriores sobre el tema.

El cuarto capítulo se inicia con un acercamiento a la óptica de autores anteriores a Freud que hayan planteado algunos postulados destacables acerca de la homosexualidad en el varón. Cabe considerar - pensando en el trabajo de Freud - que ninguna teoría emerge de la nada; siempre surge a partir de otros intentos explicativos, ya sea para reafirmarlos, complementarlos o criticarlos. Seguidamente, ya adentrándonos en la teoría de Freud, se propondrá un ordenamiento cronológico-descriptivo de aquellas obras relacionadas a la homosexualidad masculina, efectuando además un examen de las principales hipótesis - explícitas o implícitas - desarrolladas en las diferentes etapas seleccionadas. En el capítulo quinto, se expondrán las conclusiones del trabajo realizado, reflexionando acerca de los planteamientos freudianos relacionados al tema; se espera así iluminar la dinámica de la homosexualidad manifiesta en el varón y generar, a su vez, nuevas preguntas que fomenten la discusión. Por último, en el sexto capítulo, se agrega la bibliografía utilizada en su preparación.

Esperamos que la lectura de este trabajo sea, por una parte, un quehacer provechoso desde el punto de vista teórico, aportando nuevos elementos para la reflexión; y por otra, una actividad amena en lo personal. Sólo nos resta invitarles a re-descubrir, a través de este examen de los postulados de Freud, su pensamiento en torno a la homosexualidad masculina, buscando actualizar algunas de las ideas de este destacado autor.

I. OBJETIVOS DEL ESTUDIO

No es posible comenzar un trabajo de investigación sin antes establecer ciertas metas generales, que nos orienten hacia una dirección en particular. Sin aquéllas, esta búsqueda se asemejaría a un viaje a ciegas, carente de un norte preciso.

A continuación, aclararemos los objetivos, tanto generales como específicos, del presente trabajo.

Objetivos Generales:

- I. Revisar y describir los planteamientos freudianos referentes al tema de la homosexualidad masculina, profundizando en los desarrollos teóricos que este autor fue proponiendo a lo largo de su producción científica. De esta manera, se realizará un seguimiento de la evolución de sus pensamientos en torno al tema, para lograr una comprensión más global del mismo.
- II. Intentar una aproximación teórica más acabada acerca de la génesis de la homosexualidad masculina, poniendo en relación aquellos conceptos que resulten aplicables a dicha comprensión.
- III. Promover la emergencia de nuevas inquietudes e interrogantes en torno al tema; en cierto sentido, se desea generar una mirada crítica y reflexiva acerca del complejo tema de la homosexualidad masculina.

Objetivos Específicos:

- I. 1. Revisar los planteamientos de autores previos a Freud, pretendiendo contextualizar su obra y apreciar las influencias que dichos autores pudieron tener en aquélla.

- I. 2. Proponer un ordenamiento cronológico de los postulados de Freud relativos al tema de la homosexualidad masculina, de acuerdo al desarrollo de ideas que se van constituyendo en nuevos núcleos de su pensamiento.

- I. 3. Contribuir a la integración y comprensión de las ideas freudianas acerca de la homosexualidad masculina, considerando que éstas se encuentran, en su mayoría, fragmentadas y dispersas a través de su obra.

- II. 1. Revisar descriptivamente aquellos conceptos freudianos que pudiesen resultar relevantes en la comprensión de la homosexualidad masculina.

- II. 2. Establecer las posibles relaciones entre dichos conceptos, ya sea profundizando en algunos aspectos desarrollados por el autor, como replanteando algunas problemáticas inconclusas.

- III. 1. Aportar nuevos elementos teóricos que enriquezcan la discusión en torno al tema de la homosexualidad masculina.

- III. 2. Proponer nuevas interrogantes que estimulen el desarrollo de futuras investigaciones relacionadas con el tema.

II. METODOLOGIA DE TRABAJO

El presente trabajo es de tipo teórico, basado en una revisión y selección bibliográfica de aquellas obras de Sigmund Freud que pudiesen aportar a la comprensión de la homosexualidad masculina. Para realizar dicha revisión y lograr las metas propuestas, se hace necesario un modo de acercamiento, es decir, un sistema de reglas que permita avanzar ordenadamente a través de un terreno muchas veces desconocido e intrincado. Entonces emerge la pregunta: ¿de qué modo abrirse paso a través de la obra de Freud?, ¿cómo seguir con fidelidad su producción teórica, generando a la vez una reflexión crítica, una superación de sus planteamientos?. Sin duda, es ésta una ardua labor, si se toma en cuenta la complejidad de la teoría freudiana, su profundidad y sus enormes implicancias.

Es el mismo Freud el que, de una forma u otra, nos arroja indicios de cómo va construyendo su teoría y, de paso, nos entrega elementos guidores para la realización de nuestro trabajo:

"Supongan que un investigador viajero llega a una comarca poco conocida, donde despierta su interés un yacimiento arqueológico en el que hay unas paredes derruidas, unos restos de columnas y de tablillas con unos signos de escritura borrados e ilegibles. Puede limitarse a contemplar lo exhumado e inquirir luego a los moradores de las cercanías, gentes acaso semibárbaras, sobre lo que su tradición les dice acerca de la historia y el significado de esos restos de monumentos; anotaría entonces los informes...y seguiría viaje. Pero puede seguir otro procedimiento; acaso llevó consigo palas, picos y azadas, y entonces contratará a los lugareños para que trabajen con esos instrumentos, abordará con ellos el yacimiento, removerá el cascajo y por los restos visibles descubrirá lo enterrado. Si el éxito premia su trabajo, los hallazgos se ilustran por sí solos: los restos de muros pertenecen a los que rodeaban el recinto de un palacio o una casa del tesoro; un templo se completa desde las ruinas de columnatas; las numerosas inscripciones halladas, bilingües en el mejor de los casos, revelan un alfabeto y una lengua cuyo desciframiento y

traducción brindan insospechadas noticias sobre los sucesos de la prehistoria, para guardar memoria de la cual se habían edificado aquellos monumentos. *'Saxa loquuntur!'* ("¡Las piedras hablan!")."¹

En nuestro caso, aquella "comarca poco conocida" son, precisamente, los planteamientos de Freud acerca de la homosexualidad masculina, muchas veces dispersos e inacabados. La metáfora citada puede aconsejarnos una especial actitud al momento de investigar sus propios postulados: reconocer la necesidad de acudir directamente a su obra, utilizando todas las herramientas y recursos que se tengan disponibles. Ello implica establecer un contacto estrecho con su pensamiento, siguiendo sus variados desarrollos y buscando una comprensión lo más fiel posible. En este sentido, la obra de Freud puede ser imaginada como un "yacimiento arqueológico" que aún posee aspectos desconocidos por develar. Únicamente a través de un examen riguroso se dejan descubrir esas riquezas ocultas, que esperan ser pulidas y reveladas.

No obstante, es fundamental considerar que no basta conformarse con lo anteriormente expuesto, sino que también es imprescindible dar un paso más allá, reformulando sus ideas y poniendo a trabajar sus hipótesis. Bachelard nos dice:

"Pero el espíritu no quiere gozar tranquilamente con un conocimiento bien encerrado en sí mismo. No piensa en las dificultades del momento, sino en las dificultades del mañana; no piensa en el fenómeno prisionero bien custodiado en los aparatos actualmente en acción, sino en el fenómeno libre, salvaje, impuro, apenas con nombre."²

¹Freud, S. (1896). *La etiología de la histeria*. Obras Completas. Amorrortu Editores (AE), Buenos Aires, v. III, p. 192.

²Bachelard, G. (1948). *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*. Editorial Argos, Buenos Aires, p. 292.

Los inquietantes planteamientos freudianos siempre logran agitar nuestras mentes, especialmente si dichos textos contienen pensamientos que en su época, y todavía hoy, han sido novedosos, conflictivos e incluso revolucionarios. Desde este punto de vista, es ésta una teoría permanentemente fecunda e incitante; se vuelve entonces inevitable la reflexión, la reelaboración de sus propuestas y el nacimiento de nuevas interrogantes. En vista de ello, la metodología a seguir en este trabajo consistirá en un análisis sistemático de los supuestos de Freud, acentuando sobre todo aquellos puntos que permitan mayor discusión y profundización teórica.

III.- ANTECEDENTES HISTÓRICOS ACERCA DE LA HOMOSEXUALIDAD MASCULINA.

No es fácil aproximarse a los antecedentes históricos referentes a la homosexualidad masculina; ni siquiera los estudiosos del tema han logrado llegar a acuerdo sobre aquéllos, dando lugar a una serie de ásperas discusiones acerca de su desarrollo e implicancias sociales y culturales. Mucho se ha polemizado en torno a la posibilidad de construir una "historia de la homosexualidad", ya que este término tiene su origen en las sociedades modernas; de este modo, trasladarlo al examen de épocas anteriores puede resultar equivoco e incluso artificial.

Dentro de estas discusiones, señaladas por Boswell, algunos piensan que las categorías de "homosexualidad" y "heterosexualidad" existen en la realidad, más allá de quien realice esas distinciones; en cambio, otros consideran que tales categorías son construcciones sociales, de manera que no tendría sentido hablar de "homosexualidad" en eras previas a la actual.¹ Tales posturas, aparentemente extremas, se complementan de algún modo, puesto que es cierto que el contexto cultural va transformando y agregando nuevas distinciones en relación a las conceptualizaciones sexuales de cada época, pero pueden establecerse ciertas constantes filosóficas y sociales a lo largo de la historia. En la mayoría de las civilizaciones han persistido una serie de creencias, que incluso en la actualidad se mantienen como un trasfondo cultural o una especie de realidades subyacentes que permanentemente ejercen su influjo en nuestra manera de pensar y comprender lo humano.

¹Boswell, J. (1985). Hacia un enfoque amplio. Revoluciones, universales y categorías relativas a la sexualidad. En Steiner, G. y Boyers, R. *Homosexualidad: literatura y política*, Alianza Editorial, Madrid.

III. 1. Culturas Clásicas: Homoerotismo, Belleza y Virtud.

En las culturas clásicas, que alcanzaron su esplendor en la Grecia y Roma Antiguas, la homosexualidad - especialmente la pederastía - cumplía algunas funciones propias de una verdadera institución social en los campos de la pedagogía, la milicia, las artes y la filosofía, entre otras. Es así como entre los griegos, el valor supremo de la Belleza hacía predilecta la imagen del efebo, aquel ideal del joven imberbe, inteligente y hermoso, tantas veces representado a través de las artes plásticas y literarias. La belleza humana era una virtud ampliamente exaltada, siendo el paso de la pubertad a la adolescencia el momento erótico más sublime para los antiguos.²

Tomando en cuenta este ferviente apetito de belleza y saber, la homosexualidad se transformó en el medio educativo más eficaz y fructífero de los griegos: los ciudadanos maduros más honorables y sabios de la sociedad se convertían en protectores de aquellos jóvenes promisorios. Dicha relación, puramente espiritual a veces, francamente sexualizada en otras ocasiones, permitía ofrecer una guía al efebo hasta la mayoría de edad, momento en el que podía transformarse él mismo en un ciudadano digno, apto para el matrimonio y el quehacer público. Allí abandonaba el rol de amado-protégido y formaba su propia familia;

²La palabra "pederastía" proviene del griego *paiderastia*, que resulta de la combinación de *pais* (muchacho) y *eros* (amor); representa entonces el sentimiento erótico de un adulto por un adolescente. La importancia de la pederastía en Grecia es un hecho bastante reconocido. Licinio, en un diálogo relatado por Luciano de Samosata, comenta al respecto:

"El matrimonio es para los hombres una necesidad de la vida y algo precioso, si es feliz; pero el amor de los adolescentes, siempre que busque los deberes sagrados del afecto, es, según mi opinión, resultado de la verdadera sabiduría. Por tanto, que el matrimonio sea para todos, pero el amor de los muchachos sea privilegio nada más que de los sabios; porque mínimamente hay en las mujeres una virtud perfecta". (citado por Mirabet i Mullol, A. (1985). *Homosexualidad hoy*, Editorial Herder, Barcelona, p. 116-117).

sin embargo, era muy probable que buscara a otro muchacho para volverlo su amado.³ Las relaciones entre protector y amado tenían a la base un marcado erotismo, que se trasluce en diversos textos que esta cultura nos ha dejado como testimonio patente de sus costumbres y su forma de vida. Este erotismo no debe confundirse con la simple lujuria sexual; más bien, hallamos aquí una especie de "amor-amistad", una fusión de lo corpóreo y lo espiritual.

Al rastrear los orígenes de estas costumbres pederásticas tan arraigadas en el pueblo griego, se establece que los cretenses, miembros de la floreciente civilización micénica que se desarrolló entre los años 3000 a 1400 a. de C., fueron quienes cultivaron primitivamente esta forma de amor y lo difundieron por el resto de Grecia. En Creta, la tradición establecía que las relaciones homófilas debían comenzar a partir del rapto de un joven por parte de un hombre adulto, respetable y digno. La ceremonia se iniciaba con la fuga de la pareja hacia las montañas; durante sesenta días, el raptor debía recibir a la familia de su amado, para atenderla generosamente. Posteriormente, el joven era devuelto a su ciudad, lleno de obsequios; disfrutaba así de honores y privilegio social. En un enorme banquete, el muchacho rendía cuentas de su consabida relación, para después continuar o romper con su amante.⁴

³En el idioma griego, era posible encontrar variados giros lingüísticos para hacer referencia a los participantes de relaciones homosexuales. *Erastés* era la denominación dada al amante maduro y más activo dentro de la relación; el amado joven era llamado *erómenos*, y seguramente ocupaba un rol pasivo en el intercambio sexual. Este tipo de relaciones estaban bastante formalizadas dentro del orden social imperante, exigiéndose al *erastés* intenciones honradas y superiores, en tanto el *erómenos* debía observar un comportamiento pasivo e incluso indiferente frente a su amante, tolerando pero no disfrutando sensualmente durante el comercio sexual (que generalmente consistía en el coito intercrural, es decir, entre los muslos). Cualquier traspaso de los límites permitidos, era considerado un eros ilícito, propio de hombres inescrupulosos e inmorales. (Véase Lewis, T. (1985). Los hermanos de Ganimedes. En Steiner, G., op. cit. p. 132-140).

⁴Sánchez, A. (1993). *Historias de amor entre hombres que hicieron historia*. Editorial Celeste/Cirene. Madrid, p. 31-32.

Los dorios, pueblo indoeuropeo que invadió las tierras de Grecia aproximadamente en el año 1100 a. de C., afianzaron la homosexualidad como una institución social, jurídica y religiosa. Su poesía y su arte reflejan el carácter adusto y profundamente místico de su cultura. Los dorios sentían la bisexualidad como una naturaleza mágica: la relación sexual entre un hombre virtuoso y un adolescente era un acto de trascendencia, pues el semen era concebido como un elemento cargado de potencia y energía vital. De este modo, el héroe transmitía su fuerza noble a un nuevo miembro de la sociedad. Para ellos, la bisexualidad tenía un sentido, un propósito sagrado más allá del placer.

Es sabido que la religión griega humanizaba a sus dioses; éstos eran afectados por emociones e intenciones tan humanas como la ira, los celos, el deseo y el amor. Al apreciar esta similitud divina-humana, puede inferirse que el mito es una interesante vía de representación tanto de las costumbres clásicas, como de las realidades psíquicas universales. Considerado aquello, no puede dejar de hacerse mención al mito griego de Zeus y Ganimedes (nombre que puede ser entendido como "delicioso protegido"), en el que se aunaron estas experiencias colectivas, acumuladas a través de los siglos. A pesar de que este mito tiene múltiples versiones y reconstrucciones históricas, puede ser sintetizado según sus elementos más notables. Ganimedes - príncipe y pastor troyano, hijo de Tros y de Calirroe - era el más hermoso de los mortales. Zeus se sintió intensamente atraído por la extraordinaria belleza del joven y, mudándose en águila, lo raptó en medio de una enorme tormenta, mientras éste cuidaba sus ovejas en Frigia, al pie del monte Ida. Seguidamente, envió a Hermes con un obsequio para Tros, a modo de indemnización. De esta manera, Ganimedes se convirtió en el copero del Olimpo, y en el protagonista del mito homófilo más destacado de la Antigua Grecia.

A esta magnífica historia hace alusión Homero, en el Canto XX de La Iliada:

"Primero Zeus, que amontona las nubes, engendró a Dárdano (...). Dárdano tuvo por hijo al rey Erictonio, que fue el más opulento de los mortales hombres (...). Erictonio fue el padre de Tros, que reinó sobre los troyanos; y éste dio el ser a tres hijos irrepreensibles: Ilos, Asáraco y el divino Ganimedes, el más hermoso de los hombres, a quien arrebataron los dioses a causa de su belleza para que escanciara el néctar a Zeus y viviera con los inmortales."⁵

En este mito, encontramos condensados los elementos culturales antes mencionados: por un lado, el rito de iniciación sexual cretense, que tomaba la forma del rapto, y por otro, la concepción mágica y trascendente de la homofilia, propia de los dorios: el deseo del padre de los dioses por un joven mortal, a quien le es concedido el privilegio de la eternidad.⁶

En Atenas, el entusiasmo griego por la belleza varonil de los muchachos se plasmaba en la pintura y la escultura, en las que el desnudo masculino representaba la más impresionante figuración de la divinidad. En cuanto a la literatura, se ha llegado a mencionar que la misma Iliada mostraría, aunque de manera más bien encubierta, ciertos lazos eróticos entre el protagonista Aquiles y su entrañable compañero Patroclo. En esta obra, se detalla prodigiosamente la profunda amistad entre dos hombres nobles. A pesar de que no se describe abiertamente en la epopeya, con el paso de los años muchos historiadores han asumido la presencia, dentro de la narración, de nexos homoeróticos entre estos personajes. En efecto, la amistad entre ambos era presentada como un afecto superior, más sublime incluso que el sentimiento entre hombre y mujer. Acudiendo al relato, se hace clara la intensidad de este afecto en varios pasajes de la narración de Homero; en uno de ellos, se

⁵Homero. *La Iliada*. Editorial Ercilla, Santiago de Chile, p. 255.

⁶Además, siguiendo el relato homérico, puede apreciarse que Zeus y Ganimedes se hallaban unidos por lazos consanguíneos, lo que hace suponer -de manera más bien implícita- el carácter incestuoso del deseo divino.

cuenta la reacción de Aquiles cuando se entera de la muerte de Patroclo, por boca de Antíloco:

"(...) y negra nube de pesar envolvió a Aquiles. El héroe cogió ceniza con ambas manos y derramándola sobre su cabeza, afeó el gracioso rostro y manchó la divina túnica; después se tendió en el polvo, ocupando un gran espacio, y con las manos se arrancaba los cabellos. (...) Antíloco también se lamentaba, vertía lágrimas y tenía de las manos a Aquiles, cuyo gran corazón deshaciase en suspiros, por el temor de que se cortase la garganta con el hierro. Dio Aquiles un horrendo gemido: oyóle su veneranda madre, que se hallaba en el fondo del mar, junto al padre anciano, y prorrumpió en sollozos; y cuantas nereidas había en aquellas profundidades, todas se congregaron a su alrededor."⁷

La Iliada ilustra, sutilmente, esa especie de amor-amistad o intensa camaradería que se daba entre algunos notables hombres de Grecia, aun sin intervención de un comercio sexual explícito.

También en las grandes obras de los filósofos griegos podemos encontrar vestigios de los hábitos del pueblo y profundas reflexiones en torno a las relaciones entre amantes y amados. En las obras de Platón (427-347 a. de C. aproximadamente) pueden encontrarse varias referencias a la homofilia, reconociendo la importancia que en Grecia tenía este tipo de trato amoroso. Es así como en sus "Diálogos", Platón hace alusión al amor homosexual entre un efebo y un hombre maduro. En boca de Fedro expresa las siguientes disquisiciones al respecto:

"Así, pues, por muy diversas partes se conviene en que el Amor es el dios más antiguo. Pero además de ser el más antiguo, es principio para nosotros de los mayores bienes. Pues yo al menos no puedo decir que exista para un joven recién llegado a la adolescencia mayor bien que tener un amante virtuoso, o para un amante, que tener un amado. Pues en efecto, la norma que debe guiar durante toda la vida a los hombres que

⁷Ver Homero, op. cit. p.229.

tengan la intención de vivir honestamente ni los parientes ni los honores ni la riqueza ni ninguna otra cosa son capaces de inculcarla en el ánimo tan bien como el amor. (...) Por consiguiente, si hubiera algún medio de que llegara a existir una ciudad o un ejército compuesto de amantes y de amados, de ningún modo podrían administrar mejor su patria que absteniéndose, como harían, de toda acción deshonrosa y emulándose mutuamente en el honor. (...) En una palabra: ese ímpetu que, como dijo Homero, inspira la divinidad en algunos héroes, lo procura el Amor a los amantes como algo que brota de sí mismo".⁸

Este filósofo consideraba que el amor debía ser puramente espiritual, excluyendo la unión sexual, pues le desagradaba profundamente el abandono de la razón por la sensualidad. Sostenía que el Bien es enemigo del Placer, y la cultura, opuesta a la naturaleza. En virtud de ello, renegaba de la pasión carnal y de las relaciones homosexuales consumadas, inclinándose hacia la sublimación erótica y el amor-amistad desexualizado. Entre el deseo instintivo de Placer y el deseo reflexivo del Bien, debía privilegiarse a éste último, siempre desde una posición racionalista. En esta misma obra, queda al descubierto la superioridad intelectual y física atribuida al sexo masculino; a través de Pausanias, Platón proponía la existencia de dos clases de amor, provenientes de dos diosas distintas: *Afrodita Urania* (Celeste) y *Afrodita Pandemia* (Vulgar). La primera, producto del Cielo - originalmente único poder creador, masculino⁹ - representa eminentemente el amor entre hombres, el que puede llegar a ser virtuoso y bello. La segunda proviene de hombre y mujer,

⁸Platón. *Diálogos*. Editorial Ercilla, Santiago de Chile, p. 14. En esta obra, Platón imagina la formación de un ejército de amantes, en el que ninguno de sus integrantes cedería frente al enemigo, para no defraudar a su compañero. En la historia de Grecia se encuentran ejemplos de este tipo de guerreros, como el Batallón Sagrado de Tebas, creado por Gorgidas y muy temidos en la guerra por su enorme valentía y fiereza.

⁹Cabe señalar que los griegos, en el mito de Urano, una vez más revelan con sagacidad y crudeza las pasiones humanas. Este dios, representante del cielo, era hijo de Eter y la Tierra. La historia mitológica narra que Urano se unió a su propia madre, dando como fruto a muchos hijos, a los que mantenía encerrados en el Tártaro. Ellos, azuzados por la madre, se rebelaron contra Urano, castrándolo y enviándolo al destierro. Afrodita Urania nace de la espuma marina cuando, de los testículos heridos de Urano, cae el semen divino sobre el océano (*aphrós*: espuma). Con ello, se da a entender que esta Afrodita es hija de la masculinidad, sin intervención de mujer. En cambio, la Afrodita Pandemia, más joven en la historia de la mitología, nace de vientre femenino, siendo hija de Zeus y Dione. En virtud de esto, se la considera de carácter más corriente y banal. (Véase De la Maza, F. (1985). *La erótica homosexual en Grecia y Roma*. Editorial Oasis, Ciudad de México, capítulo I).

de modo que es más ordinaria y humana; por lo tanto, simboliza los amores viciosos, que sólo tienden a la obtención de placer. En este texto, puede leerse:

"Pues bien, el Amor de Afrodita Pandemo verdaderamente es vulgar y obra al azar. Éste es el amor con que aman los hombres viles. En primer lugar, aman por igual los de tal condición a mujeres y a mancebos; en segundo lugar, aman en ellos más sus cuerpos que sus almas y, por último, prefieren los individuos cuanto más necios mejor, pues tan sólo atienden a la satisfacción de su deseo, sin preocuparse de que el modo de hacerlo sea bello o no (...) pues procede este amor de una diosa que es mucho más joven que la otra y que en su nacimiento tiene la participación de hembra y varón. En cambio, el de Urania deriva de una diosa que, en primer lugar, no participa de hembra, sino tan sólo de varón (es este el amor de los muchachos) y que, además, es de mayor edad y está exenta de intemperancia. Por esta razón es a lo masculino adonde se dirigen los inspirados por este amor, sintiendo predilección por lo que es por naturaleza más fuerte y tiene mayor entendimiento. Pero se puede reconocer incluso en la misma pederastia a los que van impulsados meramente por este amor, puesto que sólo se enamoran de los muchachos cuando ya empiezan a tener entendimiento, lo que sucede aproximadamente al despuntar la barba".¹⁰

El comercio sexual con la mujer era considerado en Grecia como una relación basada en el placer y en la reproducción; sin embargo, no se la incluía en la categoría de ciudadano y no existía con ella intercambio intelectual alguno. El amor efébo constituía verdaderamente la fuente inspiradora y de elevación espiritual para esta cultura.

En Roma, que en el año 146 a. de C. logró el dominio de Grecia, el amor entre hombres se desarrolló gradualmente hasta transformarse en un trato sexual plenamente aceptado en sociedad. Prodigar amor a un hombre o a una mujer daba prácticamente igual, pues ambas maneras de amar eran manifestaciones naturales del erotismo humano. Aunque la gente influyente de Roma se interesó profundamente por la cultura griega, buscando imitar sus costumbres, no puede afirmarse que los romanos aprendieran de los griegos esta

¹⁰Ver Platón, op. cit. p. 17.

forma de amar; la homosexualidad y la pederastía ya eran conocidas en estas tierras desde antes de la victoria sobre Grecia. Lo que sí es posible es que, una vez ocurrida esta fusión cultural, las prácticas homoeróticas hayan tomado en Roma un carácter elegante e incluso envidiado socialmente.

Una de las mayores diferencias entre las manifestaciones homosexuales griegas y romanas, radica en que estos últimos adoptaban como amados a esclavos jóvenes, y no a efebos libres, como acostumbraban los habitantes de Grecia. El romano poderoso solía tener un esclavo favorito, lo que demostraba de su parte una sexualidad y potencia desbordantes. Los hombres libres, antes de contraer matrimonio, satisfacían sus deseos con algunos jóvenes esclavos, los que no sólo prestaban servicios sexuales a sus amos, sino también los divertían con sus insolencias. Por ende, lo que para los griegos era un modo de amor recíproco, en el que se alcanzaba la comunión moral y espiritual, para los romanos era únicamente una forma de obtener regocijo físico. Imperaba así una especie de pansexualismo, del que aun los emperadores hacían gala.

Es así como en Roma, las relaciones homosexuales eran vistas con cierta indulgencia, desde los puntos de vista social, político y legal. A pesar de ello, existían algunas prácticas consideradas como despreciables e indignas para el hombre libre, especialmente aquellas en que se jugaba el rol de receptor de semen, como ocurre en algunos roles sexuales pasivos. De este modo, como consigna Paul Weyne, no era tan importante el objeto de amor (esposa, amante, esclavo) como la posición dentro de la relación - activo o pasivo-; las relaciones sexuales que contrariaban las normas establecidas tenían el carácter de incestuosas.¹¹ Se

¹¹Weyne, P. (1987). *La homosexualidad en Roma*. En Ariès, P. (Dir.). *Sexualidades occidentales*, Editorial Paidós, Ciudad de México.

condenaba el comportamiento servil frente a otro, incluyendo la homosexualidad pasiva y la felación, tal vez porque se intuía una conexión entre la pasividad sexual y la impotencia política. Ser activo era la demostración de plena virilidad, con independencia de la pareja elegida para mantener comercio sexual.¹²

Otra diferencia entre la sociedad griega y romana, en lo referente a las costumbres homófilas, puede hallarse en la prostitución masculina. En Grecia, aquélla era concebida como deshonesto y vil; en Roma era una institución social ampliamente admitida, existiendo incluso un día de feriado legal para los prostitutos. Sólo les era repugnante la prostitución de los adolescentes de buena familia; en general, la prostitución de mujeres y jóvenes era más bien inocua.

Con la emergencia del Cristianismo dentro del Imperio romano, muchas de estas costumbres sexuales comenzaron a ser puestas en tela de juicio desde el punto de vista moral; la mayor parte de las manifestaciones de la sexualidad fueron concebidas como actividades pecaminosas y opuestas a la voluntad divina. A partir de la implantación de la fe cristiana en el mundo romano, el autosacrificio de la carne se convirtió en una vía directa de contacto con Dios. Gradualmente, esta religión fue propagando su moral ascética y severa; el ideal, encarnado en San Pablo y sus sucesores, era el estado de celibato.

En el siglo III d. de C. se inicia la decadencia de Roma. El emperador Diocleciano dictó la división del imperio en Oriental y Occidental, buscando mantener de algún modo su

¹²Es importante recalcar que, en realidad, los conceptos de pasivo/activo son modernos. Entre los romanos, la distinción era tal vez más concreta, estableciéndose entre *dador/receptor* del semen dentro del comercio sexual. Como señala Boswell, esta diferenciación no da tanta relevancia a la distinción homosexual/heterosexual, pues no se categoriza a los individuos por la elección de objeto, sino por el papel que adoptan dentro de la relación sexual. Ver Boswell, J., op. cit. p. 69-70.

unidad. En el año 313 d. de C., mediante el Edicto de Milán, Constantino dio igualdad de derechos al cristianismo, y finalmente Teodosio, en el 395 d. de C., instauró la fe cristiana como la religión oficial del imperio. Los emperadores cristianos transformaron la pederastía - entre otras prácticas sexuales - en un crimen, mostrando que los elementos culturales más relevantes de la Antigüedad desaparecían sin remedio.

III. 2. La Edad Media: La homosexualidad entre sombras.

El Imperio Romano de Occidente fue lentamente dominado por los germanos, que sólo mantuvieron su nexo con las culturas antiguas a través de la Iglesia Católica; poco a poco se perdían las variadas estructuras sociales que garantizaban los elevados niveles culturales de antaño. Los reinos bárbaros, especialmente el franco, establecieron estrechos lazos con la Iglesia y el Papado; de este modo, la poderosa imagen del pecado se convertiría en el fantasma de los medievales y su moral sexual y cultural se volvería religiosa.

Durante la Edad Media, el desarrollo cultural más notable se produjo en Oriente, que se había mantenido en contacto constante con Persia y la India. Desde el siglo VII, el Islam, religión creada por Mahoma en el desierto de Arabia, había iniciado su difusión hacia Persia, Mesopotamia y el norte de África. El islamismo era una mezcla de elementos griegos, hebraicos e indopersas, de manera que rescataba muchas costumbres antiguas; es así como el erotismo homosexual se vio ampliamente acentuado incluso en relación a griegos y romanos. Los jóvenes eran altamente estimados como futuros guerreros, y en algunas tribus eran iniciados a la adultez mediante las relaciones sexuales con los patriarcas, que les transmitían así su sabiduría y fortaleza; en cambio, la mujer era considerada valiosa sólo en virtud de su función procreadora, siendo en todo lo demás una carga improductiva.

El Islam fomentaba, exclusivamente para los hombres, un marco de tolerancia sexual, en que las relaciones homo y heterosexuales estaban permitidas, aunque éstas últimas estaban sólo al alcance de los más ricos, que podían mantener una esposa e hijos - era severamente penado mantener comercio sexual fuera del matrimonio -. Por lo tanto, lo más simple era establecer trato amoroso con hombres hasta lograr un buen pasar económico. Al igual que en las culturas clásicas, la belleza de un muchacho era comparable a la de una jovencita; este culto a la belleza y a la sensualidad puede verse reflejado en múltiples poemas árabes, en que se describe tanto la hermosura de los protagonistas masculinos como la de los femeninos.

En el año 711, los fieles del islamismo conquistaron el reino germano de los visigodos, ubicado en la península ibérica. Allí, los árabes introdujeron sus hábitos y costumbres, además de nuevas técnicas agrícolas y arquitectónicas; en estas tierras, alcanzaron las máximas expresiones de su arte y literatura. Poco a poco, los elementos cristianos y musulmanes se mezclaron, y los poemas homoeróticos conformaron una gran parte de la poesía hispanoárabe. Sin embargo, con la Reconquista, se pretendió instalar la mentalidad cristiana, sepultando todo aquello que siquiera recordara la forma de vida musulmana.

Entretanto, en Galia, la unión entre los reyes francos y la Iglesia se hacía cada vez más fuerte; la intolerancia hacia la mayoría de las prácticas sexuales alcanzaron su punto cúlmine entre los siglos VIII y X. Sin embargo, durante el reinado de Carlomagno - cuya organización recordaba a la del Imperio Romano de Occidente - se crea a su alrededor una corte interesada en las culturas de la Antigüedad. En este breve período de esplendor, se hizo popular la relación de amistad, intensa y apasionada, entre hombres; surge con fuerza la

literatura sobre relaciones amistosas sensuales pero no consumadas, especialmente entre los clérigos reunidos en torno a Alcuino de York. Este teólogo y humanista anglosajón, consejero de Carlomagno, demostraba en sus escritos el sentimiento amoroso hacia otros hombres. Se observaba entonces que la severa moral cristiana iba tomando una actitud más bien ambivalente en sus acciones.

Después de la muerte de Carlomagno, los reyes fueron perdiendo su poder, conformándose el dominio de los nobles locales, que establecieron los feudos: pequeñas comarcas en que el señor ejercía su poderío. El cristianismo influyó fuertemente sobre la cultura de esa época; a pesar de ello, durante el fin de la Alta Edad Media se produjo un intenso intercambio de costumbres entre la cristiandad y el Islam, gracias a la Reconquista y las Cruzadas. Los participantes de éstas últimas, fueron los que introdujeron en la Europa del Medioevo las actitudes bastante más relajadas de los pueblos de Oriente; por consiguiente, las Cruzadas transformaron la sociedad de la época.

Una de las más interesantes instituciones desarrolladas durante este tiempo fue la de los caballeros, en cuya moral se reunían la ética cristiana y los principios guerreros. El amor caballeresco idealizaba a la mujer, pero la volvía, ciertamente, inalcanzable. La pasión y el deseo se hacían exasperantes, pero debía rechazarse la satisfacción carnal. Esta no consumación del deseo amoroso, abría de par en par las puertas para el resurgimiento del platonismo y de los ideales homosexuales.

Durante la Edad Media, la homosexualidad fue concebida mayoritariamente como un vicio vergonzoso, cuya semilla podía hallarse de manera potencial en todos los hombres. Teólogos como Santo Tomás de Aquino trataron acerca de la homosexualidad

considerándola un pecado que cualquiera podría cometer, pero frente al que algunos tendían más intensamente que otros. En tanto, Alberto Magno postulaba que la inclinación homosexual revelaba una enfermedad contagiosa, que seguramente podía ser tratada médicamente.

Eran los monjes y los sacerdotes los que, al interior de los monasterios, mantenían vivos los conocimientos acumulados en la época anterior; el hombre común desconocía mayormente los elementos de la cultura grecorromana. Dentro de la Iglesia, surgieron dos movimientos opuestos: un grupo hostil a las manifestaciones homoeróticas y sexuales en general; y otro que era más favorable a las relaciones espirituales entre hombres. Diferentes historiadores han coincidido en apreciar que algunas prácticas homosexuales estuvieron asociadas con la vida religiosa de los clérigos. Es así como De Rievaul, consejero del rey Enrique II de Inglaterra, escribió para San Bernardo la obra titulada "El espejo del amor", posteriormente censurada.

Fue el reinado de los Reyes Católicos el hito histórico que marcaría el término del medievalismo y el comienzo del Renacimiento. La introducción de la Inquisición fue uno de los medios más importantes para lograr la unión de la península. Dicho tribunal rechazaba la homosexualidad, pero los tribunales civiles eran los que realmente aplicaban estrictos castigos a quienes la practicaban.

Cabe recordar, como señala De la Maza, que los cambios en la visión de la sexualidad, ocurridos entre la Edad Antigua y el Medioevo, están íntimamente relacionados con las sucesivas transformaciones en las creencias religiosas dentro de Europa. En Grecia y Roma, imperaba una religión politeísta, en que los dioses sufrían las mismas pasiones y

deseos de los mortales. Ello justificaba el polisexualismo y la admisión de la bisexualidad; el erotismo se desbordaba tanto hacia otros del mismo sexo como hacia los del sexo opuesto. En cambio, el cristianismo cultivaba el monoteísmo, que tenía su análogo en el monosexualismo. La relación sexual debía ocurrir sólo entre hombre y mujer, excluyendo cualquier otro tipo de manifestación erótica. Además, este Dios único se volvía cada vez más distante, pues no era movido por afectos humanos y su saber rebasaba por mucho al del hombre. Por primera vez, el poder de la culpa recaía sobre aquellas prácticas sexuales alejadas de la procreación, y el placer adquiría el matiz de lo inmoral y lo pecaminoso.¹³

III. 3. El Renacimiento: La belleza de la homofilia.

El siglo XV fue para la humanidad el punto de oscilación entre la mentalidad medieval y la nueva conciencia moderna. El Renacimiento, nacido en Italia, extendió su espíritu a toda Europa, culminando en el siglo XVI y significando para la cultura occidental, el renacer de las oscurecidas culturas clásicas.

Durante la Edad Media, el arte, la investigación y el pensamiento se desarrollaron siempre desde un punto de vista teocéntrico, el cual cubría con un velo de fe las relaciones del hombre con el mundo y con su propia intimidad. Durante el Renacimiento - especialmente en Italia - tal velo comenzó a ser levantado, al renovarse el concepto de la religiosidad gracias a una nueva forma de pensar; de un mundo centrado en Dios se pasó gradualmente a una mentalidad que tuvo al hombre como objeto. Reapareció así la individualidad, manifestada entre otras cosas, en el interés por el conocimiento profundo del ser humano en cuanto a sus rasgos y gradaciones; ello influenciado por la literatura antigua

¹³Ver De la Maza, F., op. cit.

que proporcionaba, tanto en lo propio como en lo general, el tipo de entendimiento y el modo de describir tales particularidades.

Durante la Edad Media, los trabajos de griegos y romanos estuvieron guardados celosamente en los monasterios, lo que, sin embargo, no impidió que los árabes los tradujesen y que fuesen buscadas afanosamente durante el Renacimiento. La recuperación de tales obras implicó recobrar todo lo que representaba el helenismo y su carga de civilización pagana, que conllevó también a la imitación de tales comportamientos. De este modo, y uniéndose al interés por la profundización y valorización del ser humano, la civilización renacentista comenzó a adquirir un sentido propio reflejado en todos los sectores sociales.

El Renacimiento trajo, en síntesis, un afán por la profundización y perfeccionamiento del hombre, considerando no obstante las carencias propias de lo humano y de lo terrenal. En esta búsqueda de lo perfecto, la Belleza se convirtió en el Bien supremo, símbolo del placer establecido como objetivo principal, siendo disfrutado en sí mismo; reapareció el culto al desnudo masculino, considerado la obra más perfecta de la labor divina, y por lo tanto, digna de ser mostrada.

Lo anterior, asociado al apogeo del individualismo, hizo surgir la particularización de variados modos de vida, no temiéndose tanto el ser distinto o llamar la atención. Fue aquí donde las opciones en torno a la sexualidad se distendieron, y la homofilia, en su sentido griego, reapareció, extendiéndose explosivamente a las ciudades renacentistas y entre las distintas capas sociales. Esta situación llegó a ser preocupante pues las autoridades, tanto eclesiásticas como civiles, condenaban esta actividad; a pesar de ello, esta conducta en la práctica fue tolerada.

En la Europa renacentista existieron varios espíritus brillantes y clasicistas que reunieron y expresaron las cualidades de la homofilia griega. Entre ellos se encontró a Miguel Ángel Buonaroti que, a través de su obra artística y su vida personal, reflejó el fervor por el cuerpo, en especial por el masculino.

Invadido por la necesidad de progreso personal propio de su época y acompañado por una naturaleza especial, dotada de variados y múltiples aspectos, Miguel Ángel fue representante de aquéllos hombres universales, artistas creadores de cosas nuevas. Especialmente, fue poseedor de una excesiva sensibilidad por la belleza masculina, tanto en sus aspectos estéticos como intelectuales. Fue el propio artista quien, al justificarse por no aceptar una invitación a comer, expresó su gran afición por las gracias y dotes personales de los varones de trato agradable:

"Si lo hiciera, como estáis todos adornados de talentos y gracias agradables, cada uno de vosotros se apoderaría de una parte de mí, y otro tanto ocurriría con el danzante y con el tocador de laúd, si estuviesen presentes en la fiesta hombres virtuosos en estas artes. Cada uno de ellos absorbería una parte de mi persona, por lo cual, en vez de distraerme y recobrar la salud y la alegría, como me decís, me sentiría, por el contrario, altamente agitado y aturdido, hasta el punto de que, por muchos días, no sabría donde estaba."¹⁴

La imagen que este artista tenía de sí y de sus deseos, quedó de manifiesto en su pintura y poesía, observándose también en ellos su amor y anhelo homoerótico por algunos jóvenes, así como los obstáculos y el grado de trascendencia que para él significaban. Al respecto, el mejor y más íntimo amigo de Miguel Ángel fue sin duda Tommaso Cavalieri, al cual en una carta escribe:

¹⁴Symonds, J. (1956). *Vida de Miguel Ángel*. Editorial Grijalbo, Ciudad de México, p. 312.

"Mi querido señor: De no haber pensado que os había dado pruebas del grandísimo, por no decir que inmenso amor que os profeso, no me habría parecido extraño ni habría causado mi asombro ver la gran incomodidad que mostráis en vuestra carta última, temiendo que pudiera haberos olvidado, en vista de que no os escribía. Sin embargo, nada hay de nuevo ni de maravilloso, cuando tantas otras cosas salen mal, en el hecho de que también esto ande trastornado. Pues lo que vuestra señoría me dice os lo podría decir también a vos, aunque tal vez me lo digáis para probarme o para atizar todavía más la llama, si ello fuera posible; pero, sea de ello lo que quiera, de mí puedo deciros que, a la hora actual, me sería tan imposible olvidar vuestro nombre como el alimento de que me nutro; no, aún me sería más fácil olvidarme del alimento, que solo nutre mi cuerpo miserable, que de vuestro nombre, que sostiene mi cuerpo y mi alma, llenando el uno y la otra de tal dulzura, que no puedo sentir ni la fatiga ni el miedo a morir, mientras el recuerdo os tenga presente en mi espíritu. Pensad, pues, en qué condición me encontraría si también los ojos pudieran tener ante sí vuestra imagen."¹⁵

Junto a esta valoración especial de Miguel Ángel por las dotes masculinas, también se apreciaba una mengua en su reconocimiento de la mujer. En este sentido sus versos dicen:

"El amor del que hablo vuela alto
La mujer es demasiado diferente para que deleite
A un corazón prudente y viril consumirse por ella
Uno apunta al cielo, el otro aspira a la tierra,
Uno ama el alma, el otro los sentidos."¹⁶

De este modo, Miguel Ángel y los demás artistas que se inspiraban en la escultura, arquitectura o la mitología griega - además de los reyes y mecenas que encargaban y compraban tales obras - trataron de recrear lo más posible el espíritu del clasicismo. En las cortes de Francia, Inglaterra o España, como en otros países, la homosexualidad se generalizó dentro de un ambiente en que se buscaba el esplendor que siglos atrás habían conocido las artes, ciencias y letras en el mundo occidental.

¹⁵Ibid. p. 314

¹⁶Ver Sánchez, A., op. cit. p. 119-120.

III. 4. Edad Moderna: Neoclasicismo y la herencia de Oriente.

En esta etapa de la historia humana, el amor homosexual siguió estando presente a pesar de las restricciones que la religión y la moral le impusieron, en especial al acto sodomítico. La Edad Moderna fue un tiempo de afianzamientos confusos entre las nuevas y viejas religiones (luterana, calvinista o católica); las alianzas entre el poder terrenal y el espiritual lograron su apogeo, siendo la Iglesia la que dictaba las normas morales y, el Estado, el que se encargaba de hacerlas cumplir.

En el ámbito legal, la creación de las cárceles tuvo como fin la regulación de las vidas y conciencias de los individuos en términos de salud pública. Los castigos eran determinados de acuerdo al estatus del acusado; en relación a la permisividad sexual, en las cortes europeas era absoluta, siempre que no afectara al Estado. A modo de ejemplo, en Italia, el amor homosexual estaba penado legalmente, pero siempre fue tratado con benignidad; ello especialmente en Roma, donde la Inquisición no tuvo conocimiento de tales relaciones, quizás porque al interior de la Iglesia eran una práctica conocida. La condescendencia italiana respecto al tema se confirma por medio de ciertas congregaciones conventuales que, en 1664, llamaban la atención pública al proclamar las excelencias de tales costumbres.

Durante la segunda parte del siglo XVIII, apareció un gran interés por el pasado y el origen de la cultura europea, encargándose los eruditos de hacer renacer el clasicismo, llamado por ello Neoclasicismo. Este movimiento puso de relieve elementos de la arquitectura griega y romana, la filosofía clásica y la mitología, inspirando a pintores, escultores y literatos y haciendo reaparecer incluso la vestimenta de aquella época. Tal

ambiente revivió también el culto al desnudo masculino que iluminó la obra de artistas como David, Canova y otros académicos.

Paralelamente al Neoclasicismo, Europa también se encontró con el Lejano Oriente, cuyas culturas, además de presentar progresos técnicos e intelectuales, habían mantenido abiertas formas de relación viril, siendo aceptadas y asumidas por ilustres personajes de esas sociedades. El Japón de los *samurais*, a pesar de sus encantadores ritos de cortejo y su ética particular, se desarrolló en medio de la brutalidad y la violencia de la época *Fujiwara* (siglos XI y XII). En ese lugar, se implantó un tipo de regla ideal: el *bushido* o ley de los *samurais*, que durante seiscientos años fue la norma moral de la sociedad. Estos principios se asemejaron a las normas caballerescas occidentales, en rasgos tales como: la fidelidad del vasallo al señor, las exigencias de coraje, abnegación y el culto al honor, añadiéndose también el gusto por la música y la poesía que el *bushido* requería, encontrando la relación entre caballero y escudero un gran espacio en la lírica oriental.

Gradualmente, Japón se fue descomponiendo en principados, gobernados por un *daimo*, siendo su situación geopolítica similar a la italiana durante el Renacimiento (siglo XVI). Uno de los *daimos* más famosos a mediados del siglo XVI fue Nobunaga Oda, verdadero señor del Japón, modelo de este tipo de guerrero: de gran estatura y rodeado de jóvenes *koskos* (escuderos y amantes). Entre estos, Rammaru Nori, el más inteligente y valiente, murió luchando junto a su señor, perpetuando gracias a la tradición popular su figura hasta hoy.

El principal testimonio literario que ha quedado del amor entre *samurais* es la recopilación que Saikaku Ihara (1642-1693) hiciera en 1687 en la obra *Danshoku*

Orkaganni (Historias Gloriosas De Amor Viril). En el prefacio de esta recopilación, el autor relacionaba el amor entre hombres con el origen del mundo, en el que habrían existido tres generaciones de dioses varones antes de que naciera la primera diosa. Su opinión, al comparar el amor homoerótico con el heterosexual, la expresó con estas palabras:

"Hoy día, nuestros ojos están manchados por esta mujer de cabellos suaves..., que sólo sirven al placer de los ancianos en los países donde no hay hermosos muchachos. Un hombre joven, sano y de sangre caliente, no tiene nada que hacer con esas despreciables beldades femeninas. Si un hombre se interesa por las mujeres, no podrá conocer los benditos goces del amor viril."

Y al definir el amor homosexual, señaló:

"El amor entre hombres es esencialmente diferente del amor ordinario entre un hombre y una mujer; y ésta es la causa de que un príncipe, cuando se casa, no pueda olvidar sus personajes. La mujer es una criatura sin la menor importancia; pero el amor sincero entre dos hombres es el verdadero amor."¹⁷

En ambos pasajes, Ihara mostraba su superior valoración del amor entre varones respecto a las relaciones amorosas entre un hombre y una mujer, considerando a éstas últimas superficiales y banas.

III. 5. Era Contemporánea: Una perspectiva actual.

Según los historiadores, la Era Contemporánea se inicia con una serie de revoluciones políticas, económicas y tecnológicas, tanto en Europa como en Norteamérica. A fines del siglo XVIII se produjeron hechos tales como la Independencia de los Estados

¹⁷Sánchez, A., *ibid.*, p. 139.

Unidos y la Revolución Francesa, hitos que impulsaron un nuevo orden ideológico, cultural y social, afianzando el poder de la clase burguesa y del sistema liberal.

Gracias a los enormes adelantos científicos y tecnológicos, que ocurrieron a la par con los cambios políticos, comenzó lo que se ha llamado Revolución Industrial, que representó una profunda modificación en la estratificación social y en los modos de vida de los individuos. Muchos de los idealismos sostenidos por el pensamiento revolucionario se vieron deformados o utilizados en beneficio de los intereses económicos burgueses. A partir de la conformación del modelo de sociedad industrial del siglo XIX, la sexualidad y el placer se convierten en conceptos más bien utilitarios para el sistema productivo. Al respecto, Herbert Marcuse, al analizar dicho sistema de producción, señala:

"La función del trabajo dentro de esta sociedad determina su posición con respecto al goce: este último no puede tener sentido en tanto tal y tener carácter irracional; por el contrario, debe recibir su valor desde afuera (...) En los productores inmediatos, esta limitación del placer tiene un efecto también inmediato, sin mediación moral alguna, mediante la jornada de trabajo que deja libre sólo escaso tiempo para el placer, al que coloca al servicio del descanso y de la nueva acumulación de energías, es decir, de fuerzas de trabajo. Los que aprovechan el proceso del trabajo están también afectados por esta misma valoración. Como estos últimos, al gozar hacen algo que no produce valor alguno, se crea una especie de sentimiento social de culpa que conduce a una racionalización del goce.(...) El fin del trabajo no debe ser la felicidad y su recompensa no es el placer, sino la ganancia o el salario: la posibilidad de seguir trabajando. Para la conservación de un proceso de trabajo de este tipo es necesario desviar o suprimir aquellos instintos y necesidades que puedan destruir la relación normal entre trabajo y goce (en el sentido de no trabajo) y las instituciones que la garantizan (tales como la familia y el matrimonio)."¹⁸

Con estas palabras, Marcuse apunta al hecho de que la sexualidad en la sociedad burguesa, se encuentra restringida exclusivamente al matrimonio, en pos de la procreación

¹⁸Marcuse, H. (1968). *Cultura y Sociedad*. Editorial Sur, Buenos Aires, p.117-118.

de individuos útiles que puedan integrarse al proceso productivo. La entrega irracional al goce sexual, sin ese fin, determinaría un menoscabo del trabajo y por ende, del progreso de la sociedad industrial. Este autor, al criticar tal situación, plantea que el sistema productivo contemporáneo no contempla la satisfacción de las necesidades esenciales y particulares de los sujetos, sino de otras creadas artificialmente en aras de la productividad.

En tal estado de cosas, la homosexualidad ha sido predominantemente entendida como una degradación de la sexualidad humana. Durante los últimos siglos, la sociedad ha tendido a condenar a aquellas personas que no actúan como la autoridad establece; de este modo, los homosexuales han permanecido como un grupo social más bien marginal. Todo ello, a pesar de la presencia de un discurso que sostiene los logros alcanzados en materia de libertades sexuales, encarnados especialmente en la revolución sexual de los años sesenta. Según Robert Lindner,¹⁹ siempre han existido civilizaciones más liberales y otras más represivas en torno al sexo. Nuestra sociedad contemporánea, basada en la moral judeocristiana, continúa siendo fundamentalmente antisexual y represiva; por lo tanto, aquél discurso liberado representa un disimulado intento de ocultar la hostilidad subyacente, pero igualmente intransigente, hacia la minoría homosexual.

En este contexto, la medicina ha jugado un rol muy relevante dentro del orden social actual. Esta práctica se ha ido transformando en una forma de control social, estableciendo criterios de normalidad y anormalidad que mantienen segregados a los individuos que no se apegan a los ideales del sistema político y económico. En este sentido, en nuestra sociedad desacralizada, la medicina ha pasado a desempeñar las funciones que anteriormente cumplía la religión. Lo que antes era considerado pecado desde el cristianismo o tipificado como

¹⁹Lindner, R. (1956). La homosexualidad en el escenario social contemporáneo. En Ruitenbeck, H. (Dir.). *La homosexualidad en la sociedad moderna*, op. cit.

delito en el ámbito jurídico, actualmente es clasificado como enfermedad dentro de la medicina. De cualquier manera, la homosexualidad continúa siendo fuertemente discriminada hasta el día de hoy.

A modo de conclusión, es importante señalar que se presentaron múltiples dificultades en la recolección y análisis de los aspectos históricos de la homosexualidad masculina, entre los cuales la escasez de material bibliográfico y la enorme diversidad de perspectivas entre los autores, actuaron como los mayores obstáculos para la realización de dicha tarea. Estas inesperadas barreras tal vez simbolizan el conflicto social que rodea a este tema y que permanece, de alguna manera, escrito en códigos poco visibles y de laboriosa lectura, complicando aún más el acercamiento al ya complejo fenómeno de la homosexualidad masculina.

IV. EXAMEN DE LA OBRA FREUDIANA EN TORNO A LA HOMOSEXUALIDAD MASCULINA.

IV.1. Revisión de teorías destacadas en torno a la homosexualidad masculina, propuestas por estudiosos anteriores a Sigmund Freud.

Como hemos apreciado, desde mediados del siglo pasado, la medicina se ha interesado en el estudio de la sexualidad y sus posibles trastornos. Su pretensión ha sido investigar esta área del desarrollo humano desde un punto de vista científico; esto se observa claramente en lo que respecta a la homosexualidad masculina, empeñándose en buscar su génesis, características e implicancias. Las diversas ramas de la medicina, en especial la psiquiatría, han dedicado sus esfuerzos a generar teorías descriptivas y explicativas acerca de este fenómeno. Sin embargo, cabe destacar que en la obra de aquellos primeros autores, se puede notar la comunión entre el quehacer científico y los principios de la moral judeocristiana. Ello se refleja en sus planteamientos y expresiones, nitidamente traspasados por juicios valorativos sobre la sexualidad y sus diversas manifestaciones.

Uno de los primeros acercamientos científicos al tema de la homosexualidad masculina, fue el de **Karl Heinrich Ulrichs**, en 1860. Este hombre de leyes - quien a su vez era homosexual - propuso los nombres de *uranismo* (*urninge*) y *dionismo* para designar, en el primer caso, al amor homosexual, y en el segundo, al heterosexual.¹ Ello implicó un cambio en la conceptualización de este fenómeno, ya que hasta ese momento, los términos

¹Estos términos fueron rescatados de la obra de Platón, donde aparecían los personajes de Urano y Dione. En la mitología griega, Urano era el creador único de Afrodita Urania, tomada por Platón como símbolo del amor homosexual. A su vez, Zeus y Dione eran los padres de Afrodita Pandemia, y por lo tanto, ésta representaba el amor heterosexual. (*supra*, p. 18).

imperantes eran "sodomía", "pecado contra natura" o "crimen nefando", claramente aportados por la religión cristiana.

Para Ulrichs, la homosexualidad era de naturaleza congénita: un alma femenina se hallaba en el cuerpo de un hombre. De este modo, la vida sexual psíquica no estaba necesariamente unida al sexo corporal, existiendo casos en que un varón sentiría de manera más bien femenina frente a otro de su mismo sexo. El uranismo era, a su modo de ver, una variación sexual, debida probablemente a una diferenciación sexual incompleta o a una reversión del tipo sexual. En 1862, sostuvo que este fenómeno podía ser catalogado como una forma de "hermafroditismo". Este modo de sentir era considerado por el autor como fijo e inmutable, por lo que debía ser reconocido por la sociedad y el Estado; además, la ciencia debía enseñar a aceptar la condición del homosexual como una disposición natural.

Los planteamientos de Ulrichs no fueron recogidos por la comunidad científica de su época. Fue C. Westphal, en 1870, quien impulsó el estudio científico más riguroso de la homosexualidad. Sus análisis de caso - profundos y humanos - le permitieron generar hipótesis que gozaron de mayor autoridad durante esos años. Él acuñó el concepto de *konträre sexuellempfindung* (que en una traducción aproximada, puede entenderse como "manera de sentir sexual contraria") para denominar aquella inversión del sentir sexual, de carácter congénito, y considerado mórbido por parte del sujeto afectado.² Este autor consideraba que dicha anomalía se trataba de un tipo periódico de trastorno mental. Cabe

²Según Krafft-Ebing, el concepto de *konträre sexuellempfindung*, descrito por Westphal, no sería equivalente al de homosexualidad, pues el primer concepto permitía describir ciertos casos en que se observaba atracción sexual por las mujeres, pero a la vez, una extrañeza frente a su propio sexo, traducido por ejemplo en el deseo de llevar sólo ropa femenina. (Véase Krafft-Ebing, R. (1887). *Psicopatía Sexual*. Librería "El Ateneo" Editorial, Buenos Aires, p. 432). Al respecto, P. Janet comenta que, en algunos hombres, se desarrolla un gran deseo de ser mujeres, apareciendo incluso sensaciones corporales que se asemejan a las de la menstruación femenina. (Krafft-Ebing, R., *ibid*, p. 10).

señalar que este complejo concepto de Westphal, fue abreviado con el paso de los años, hasta resumirse en el término "*inversión sexual*", utilizado hasta nuestros días.

Fue en el año 1869, cuando el húngaro **Karl Marie Benkert**, propuso el término de "homosexual", para denominar a aquellos individuos que presentaban preferencia sexual por personas de su mismo sexo; con el tiempo, fue éste el concepto que se difundiría y aceptaría mayoritariamente en el mundo científico.

En 1891, el médico ruso **Albert Moll** publica su obra "*Die Konträre Sexualempfindung*", en la que trata sobre la naturaleza y causas de la inversión sexual. Este teórico se destacó por intentar despejar de prejuicios y estereotipos sociales el estudio de la homosexualidad. Sostiene, al igual que los autores anteriores, que la homosexualidad es un trastorno de origen innato, señalando que los invertidos frecuentemente forman parte de familias en las que se presenta algún tipo de desorden mental. Moll observa que los homosexuales poseen características de intenso histrionismo, que se explicarían por una predisposición anormal del sistema nervioso.

Este autor se opone a las diversas clasificaciones de la inversión, reconociendo sólo la diferenciación entre *hermafroditismo psicosexual*, en que se manifiesta atracción sexual por hombres y mujeres indistintamente, y *homosexualidad*, en que la atracción sexual recae en alguien del mismo sexo. Dentro de esta última, duda que pueda diferenciarse estrictamente entre una forma innata y otra adquirida, puesto que el individuo es, desde el comienzo de su vida, una mezcla indisoluble de biología y aprendizaje; a pesar de ello, da más valor al factor innato de la homosexualidad. También se propone enfatizar la diferencia que a su juicio existe entre la homosexualidad y la manera de sentir sexual contraria (ya

establecida por Westphal). En la primera, la perturbación afecta al objeto sexual; en cambio, en la segunda, la que se ve distorsionada es la propia sensibilidad sexual, manteniéndose, en algunos casos, el objeto heterosexual.

Sin duda, uno de los autores más reconocidos en el ámbito científico precedente a la obra de Freud, fue el médico alemán **Richard von Krafft-Ebing** (1840 - 1902), distinguida figura en el campo de la psiquiatría y medicina legal. Desde el año 1877, se dedica a efectuar amplios estudios de caso, relacionados a las perversiones sexuales; muchos de ellos fueron recolectados en su gran obra: "*Psicopatía Sexual*". En ésta, abordó un amplio espectro de fenómenos del área sexual, siendo uno de los pioneros en la descripción cabal de las llamadas "anomalías sexuales".

Para Krafft-Ebing, la vida sexual tiene su base en un impulso natural que propende a la conservación de la especie humana; por lo tanto, no sólo entrega bienestar corporal, sino también una satisfacción más trascendente: permite dar vida a otro ser, que continúa la existencia de cada sujeto, efímera por sí misma. Según este autor, la sexualidad debe ser concebida como uno de los factores más importantes en el desarrollo de la vida individual y social, tendiendo permanentemente hacia la grandeza moral y la belleza. Es así como señala:

"En suma, toda la ética y quizá buena parte de la estética y la religión, se originan en la existencia de las sensaciones sexuales".³

Como puede apreciarse, esto podría ser considerado un esbozo de lo que posteriormente Freud retomaría en su concepto de *sublimación*, proceso relevante en el

³Krafft-Ebing, R., *ibid*, p. 15.

desarrollo de la cultura; ello revela que algunas ideas freudianas tuvieron sus orígenes en otros destacados autores, que lo precedieron. De este modo, veremos que ciertas conceptualizaciones sólo sugeridas por estos teóricos, fueron rescatadas por Freud, quien las puso "a trabajar", obteniendo una enorme variedad de implicancias y facetas que revolucionaron a su época.

Para Krafft-Ebing, en el ser humano no sólo encontramos virtud, sino también su reverso: el vicio.

"Ahora bien, así como la vida sexual puede ser la fuente de las más altas virtudes, llegando hasta el sacrificio del propio yo, su potencia sobre los sentidos implica también el peligro de hacerla degenerar en pasión violenta, y originar los mayores vicios. Como pasión desencadenada, el amor es semejante a un volcán que hierve y todo lo devora, o a un abismo que todo lo engulle: honor, fortuna, salud."⁴

Así, el hombre camina siempre al borde del sutil límite que demarca la frontera entre la elevación moral y la más cruda voluptuosidad. En sus escritos, Krafft-Ebing ya intuye una idea esencial que Freud retomaría en sus más amplios alcances: la relación de conflicto entre lo que demanda el instinto y lo que exige la cultura, es decir, entre sensualidad y moralidad. En este sentido, Krafft-Ebing otorga gran importancia al *pudor* como logro para la civilización, puesto que permite el disimulo de los deseos animales que obstaculizarían el progreso de la cultura.

Este teórico considera que la vida sexual del ser humano, antes de la pubertad, puede dividirse en dos etapas: la primera abarca desde el nacimiento hasta el séptimo año de vida, y la segunda se extiende entre los ocho y los catorce años. Sólo durante el segundo periodo

⁴Krafft-Ebing, R., *ibid.*, p. 15-16.

puede esperarse la aparición de algunas manifestaciones del instinto sexual; si ello se daba en los primeros años, debe hipotetizarse una disposición mórbida, producto probablemente de una tara neuropsicopatológica. A estas apariciones prematuras del deseo sexual las denomina *paradoxias*, incluyéndolas en su compendio de afecciones psicopáticas. A pesar de ello, el solo hecho de que apreciara las exteriorizaciones sexuales previas a la pubertad - al menos desde los ocho años - tanto en el área genital como en la esfera psíquica (por ejemplo: atracción erótica por otros individuos), representó en su época una nueva visión acerca de la naturaleza de la sexualidad y generó cierta resistencia social.

Es en la pubertad, para Krafft-Ebing, cuando emergen con enorme fuerza deseos sexuales incomprensibles para el muchacho; a la vez, aparecen grandes perturbaciones afectivas, como un estado pasional del alma y un impulso a expresar ese estado. Recién en esa época podría hablarse de "sentimiento sexual" propiamente tal, dentro de una *fase de atracción sexual indiferenciada*. Aparece allí un objeto y un fin amorosos, pero no existe tanta diferenciación como para que el objeto deba, necesariamente, pertenecer al sexo opuesto. Por lo tanto, hasta aproximadamente los veinte años, podrían esperarse manifestaciones sexuales peculiares, como: atracción por personas del mismo sexo, atracción por animales o actos sexuales de tipo perverso. Gradualmente, el instinto va diferenciándose en cuanto al objeto y al fin, consolidándose - en la situación normal - la diferenciación hacia el sexo opuesto. En relación a esto, Krafft-Ebing considera al amor como síntesis y generalización. Cita, como una hermosa metáfora, a Max Dessoir:

"El amor normal nos parece una sinfonia compuesta de todos los sonidos. Resulta de las excitaciones más diversas. Es, por así decir, politeísta."⁵

⁵Dessoir, M., citado por Krafft-Ebing, R., *ibid*, p. 33.

Como veremos próximamente, puede seguirse el rastro de esta idea hasta Freud, que la resume en su descripción del *polimorfismo sexual* primitivo y su posterior síntesis en la genitalidad.

En este marco, Krafft-Ebing ubica a la homosexualidad como un estigma funcional de degeneración y síntoma parcial de un estado neuropsicopatológico. Reserva la mayor parte de la etiología a la herencia y, por lo tanto, puede ser clasificada como manifestación de una tara neuropática. Señaló, como sus síntomas principales, los siguientes:

- La vida sexual del sujeto se caracterizaría por una precocidad anormal, y una posterior fuerza anormal. Además, pueden manifestarse otros fenómenos perversos que se suman a la homosexualidad.
- El amor de los homosexuales es, generalmente, del tipo novelesco y exaltado; de este modo, la manifestación del instinto emerge de una manera obsesionante.
- Además del estigma de degeneración funcional (representado por la homosexualidad), pueden encontrarse otros síntomas de degeneración, aun anatómicos.
- Se presenta algún tipo de neurosis, como neurastenia, histeria o ciertos estados epilépticos; frecuentemente existe una neurastenia de raíz congénita.
- De manera abundante, se pueden encontrar ciertas anomalías psíquicas adjuntas, por ejemplo: extraordinario talento artístico junto a una mala disposición intelectual. Esto puede llegar a estados de clara degeneración - imbecilidad y locura moral - o a estados delirantes, como estados de locura periódica, paranoia o pasión patológica, entre otros.
- Suelen encontrarse, en parientes consanguíneos, antecedentes de neurosis, psicosis y/o signos degenerativos.

Sus fecundos análisis de casos, dieron a Krafft-Ebing gran fama en los círculos médicos. A través de sus estudios clínicos, este autor establece que los homosexuales buscan la satisfacción sexual de múltiples maneras: onanismo solitario o mutuo, relaciones exentas de contacto genital, relaciones sexuales de tipo intercrural o anal, entre una gran variedad de prácticas sexuales. Describe al homosexual como un ser habitualmente aquejado de hiperestesia sexual, lo que lo transforma en un amante novelesco que "diviniza" a su amado y que se entrega a los más enormes sacrificios por él. También señala la repugnancia y aun la impotencia que en algunos invertidos produce la desnudez de la mujer o siquiera la idea de una posible relación sexual con aquélla. Muchos homosexuales, casados posiblemente por razones sociales, logran mantener un comercio sexual con su esposa mediante fantasías homosexuales o la ingesta de alcohol.

En lo referente a la etiología de la homosexualidad, Krafft-Ebing diferencia dos tipos de inversión, según sus posibles causas: las de tipo congénito y las de tipo adquirido. Este autor expresa:

"(...) Esta sexualidad perversa aparece unas veces espontáneamente con el desenvolvimiento de la vida sexual, sin la presencia de causas externas y como una manifestación individual de una modificación anormal de la vida sexual, en cuyo caso debe considerarse como un fenómeno congénito; o bien se desenvuelve como resultado de influencias especiales perniciosas que actúan sobre una sexualidad primitivamente normal y en este caso es un fenómeno adquirido. El fundamento de este misterioso fenómeno (instinto homosexual adquirido) no es posible discernirlo, rehúye la exploración y pertenece a la región de la hipótesis. Es probable, según el resultado de la cuidadosa investigación de los supuestos casos adquiridos, que la predisposición consiste en una homosexualidad latente, o cuando menos, bisexualidad, la cual requiere para manifestarse la operación o presencia de causas accidentales que la despierten."⁶

⁶Krafft-Ebing, R., citado por Ellis, H. *Estudios de Psicología Sexual*. Hijos de Reus Editores, Madrid, p. 188.

No obstante, para este investigador, la mayoría de los casos de homosexualidad encuentran su causa en factores innatos y neurobiológicos. Las formas adquiridas se darían sólo en casos aislados, que pueden ser considerados como "tardíos", emergiendo posiblemente como manifestación de una predisposición homosexual hereditaria, precipitada por eventos de la biografía personal. El concepto de "instinto homosexual adquirido" se mantuvo en su obra como una paradoja difícil de abordar.

Dentro de la inversión congénita, mayoritaria para Krafft-Ebing, se distinguen cuatro formas predominantes, ordenadas según el grado creciente de modificación en el sentimiento sexual:

1º.- **Hermafroditismo psíquico:** en el que la inclinación sexual recae paralelamente sobre individuos de ambos sexos, apareciendo dichas manifestaciones de manera simultánea o sucesiva. Incluso, alguna de las tendencias pueden emerger de modo subconsciente, a través de sueños. Según este autor, el tratamiento de estos casos se hacía posible fortaleciendo los sentimientos hacia el otro sexo, mediante la fuerza de voluntad, educación, tratamiento moral, hipnosis, abstención de la masturbación y mejoramiento general del estado físico. Sin embargo, siempre permanecía el peligro - latente en el hermafrodita - de convertirse en homosexual de manera exclusiva y permanente, debido a alguna influencia vital desfavorable.

2º.- **Homosexualidad verdadera:** o uranismo. La define como aquella anomalía en que la preferencia sexual se liga exclusivamente a individuos del mismo sexo. La perturbación aquí atañe únicamente a la esfera sexual; el carácter y ocupación permanecen acordes al sexo de la persona.

3º.- **Afeminamiento:** en esta categoría, Krafft-Ebing incluye a los sujetos que, teniendo una educación varonil, se sienten femeninos en relación a los hombres. Dicha anomalía en el sentir sexual y en el carácter, aparece generalmente en la infancia: de niños, prefieren jugar con niñas, compartiendo sus juguetes y vestimentas. En la adultez, suelen intentar agradar a su pareja, ofreciéndole lo que en el otro sexo agrada al hombre normal: delicadeza, sumisión y sentido estético. De tal forma, frecuentemente imitan a la mujer en sus comportamientos y actitudes, y en las relaciones sexuales, se sienten mujer durante el acto.

4º.- **Androginismo:** en este cuadro, se clasifica a los homosexuales que no sólo adoptan un carácter y una manera de sentir correspondientes a un instinto sexual anormal, sino que también tienen una conformación somática que se asemeja a la del sexo opuesto: rostro, esqueleto, voz, etc. Estos individuos representan, desde la visión de este autor, el más alto grado de degeneración.

Alrededor del año 1890, Krafft-Ebing defiende la teoría de una *bisexualidad* originaria; describe así la lucha entre centros sexuales femeninos y masculinos, lucha de la que resulta la homosexualidad si vence el centro contrario o antagónico a la glándula sexual del individuo. En cambio, cuando ambos centros son más bien frágiles como para lograr el predominio, resulta el hermafroditismo psicosexual. En ambos fenómenos, las anomalías serían signo de una degeneración constitucional. No obstante, este estudioso señala que cabe esperar en hombres normales, vale decir, heterosexuales, la aparición de ciertas cualidades femeninas, que no son necesariamente pruebas de homosexualidad. En este punto, se intuye otra de las ideas que Freud acogería desde sus primeras hipótesis sobre el funcionamiento del aparato psíquico: la disposición bisexual primitiva y omnipresente en el ser humano, a partir de la que se funda todo el desarrollo psicosexual posterior.

El médico británico **Henry Havelock Ellis** (1859 - 1939) fue otro de los notables autores que se dedica al análisis de la inversión sexual, basándose en el estudio de casos y utilizando para ello un enfoque psicológico de observación. Para él, el impulso sexual normal es de carácter orgánico e innato; se desarrolla en la pubertad y su realización, en condiciones normales, necesita de una persona del sexo opuesto.

Para este autor, existe tanto una sexualidad normal como una perversa, aunque durante la pubertad, la sugestión puede relativizar la definición tanto del objeto como del sentir sexual. Esto se refleja, en cuanto al objeto, en signos ambiguos y ocasionales - en que la emoción sexual se dirige a personas del mismo sexo-; y en cuanto a la sensibilidad sexual, en el carácter vago e inocente de la pasión amorosa del adolescente. No obstante, esto va desapareciendo conforme el crecimiento individual; cuando ello no sucede, se estaría ante un organismo de tipo anormal.

Cabe observar que Havelock Ellis no menciona la presencia de manifestaciones sexuales durante la infancia, considerando este periodo como sexualmente neutral. Esto marca una de las diferencias más radicales entre Freud y los autores que le precedieron, pues él fue el primero en señalar la existencia de la *sexualidad infantil*, hito teórico para la fundación del psicoanálisis y para el desarrollo de su obra.

Para Havelock Ellis, la inversión consiste en una variación o una especie de aberración orgánica, relacionada con una predisposición constitucional que hace al individuo más adaptable a la homosexualidad. Lo anormal en este caso, se debería a alguna peculiaridad ya sea de la esperma, de los elementos ováricos o de su relación, o a alguna perturbación en las primeras fases del desarrollo.

Ellis afirma que la naturaleza de la homosexualidad se basa en la manera como funcionan los sexos y en la bisexualidad orgánica latente en todo ser humano. Explica que, en el momento de la concepción, la proporción de gérmenes masculinos y femeninos están en igualdad; con el desarrollo, aquéllos que predominan destruyen a los demás, quedando sólo algunos gérmenes del otro sexo, cuyo crecimiento fue obstaculizado. Este proceso no ocurriría normalmente en los invertidos ni en los hermafroditas psicosexuales, debido a ciertas particularidades tanto en el número como en el carácter de los gérmenes primarios. De esta forma, se origina un individuo apto orgánicamente para el ejercicio de la inversión o la bisexualidad, pero no para el cumplimiento del impulso normal.

Por otra parte, Ellis no se interesa en realizar categorizaciones muy extensas en cuanto a las perversiones; sólo acepta la distinción clínica entre *hermafroditismo psicosexual* y la *inversión sexual* y, en concordancia con Moll, opina que las clasificaciones hechas por Krafft-Ebing en relación a la existencia de la inversión adquirida, pueden ser resumidas como casos de hermafroditismo psicosexual.

Sus observaciones clínicas describen algunos factores asociados a la inversión sexual, tales como:

- *La precocidad sexual*, relacionada con la indiferenciación del instinto sexual en sus comienzos, favorecería la inversión sexual en aquellos individuos predispuestos, que se adaptan mejor a relaciones homosexuales donde no se necesita un acto definido como en las relaciones heterosexuales.
- *La masturbación*, pues su práctica, especialmente en la primera edad, debilitaría la actividad sexual, predisponiendo a conductas homosexuales. El invertido ocupa la

masturbación para satisfacer sus instintos, ya que generalmente tiene pocas posibilidades para satisfacerlos de acuerdo a su deseo.⁷

- *La actitud hacia el sexo opuesto.* Para el invertido, la mujer es repulsiva como objeto sexual, ya que siente horror ante el órgano sexual femenino. Sin embargo, es capaz de entablar una relación de amistad con ella, más allá de todo intercambio sexual.
- *Los sueños eróticos.* Para Ellis, los sueños obedecen a los mismos impulsos que guían nuestra vida psíquica.⁸ Así, el varón normal sueña con el amor de la mujer y el invertido con la pasión del hombre amado.
- *Métodos de relación sexual.* Este aspecto, según el autor, es de mayor relevancia para el campo médico-legal que para el estudio psicológico, pues este último debe interesarse más por el grado de desviación que ha alcanzado el individuo respecto al instinto sexual.
- *Atracción pseudosexual,* que se refiere a que el invertido prefiere, como objetos sexuales, a personas con tendencias contrarias a las propias (de rasgos más bien masculinos), de forma tal que sus relaciones se hacen similares a las heterosexuales.
- *Anormalidades físicas,* relacionadas con el desarrollo incompleto de los órganos sexuales en los invertidos, en correlación con el infantilismo y el afeminamiento.
- *Aptitudes artísticas y de otra naturaleza.* Los homosexuales se sienten atraídos por el arte en todas sus expresiones, especialmente por la literatura. Más aún, el invertido congénito posee características propias de personas dotadas de genio artístico y aptitud dramática. Su vestuario suele enfatizar los estilos acordes con la dirección de su inversión.

⁷Según Ellis, la temprana práctica de la masturbación origina en el niño un divorcio entre el carácter físico y espiritual del amor, ello conlleva a que, en la adolescencia, a pesar del florecimiento de ese aspecto espiritual del amor, éste sea tan débil que sólo sea capaz de dirigirse hacia un objeto del mismo sexo.

⁸Cabe destacar la connotación que Ellis da al concepto de "*vida psíquica*" en su relación con los sueños. Al decir que *obedecen a los mismos impulsos*, implícitamente establece que los sueños serían ajenos a la vida psíquica corriente, diurna. Es probable que ello se deba a que equipara "*vida psíquica*" a "*vida conciente*", idea que criticara Freud posteriormente.

Actitud moral del invertido. Según Ellis, estas personas suelen complicarse con la doble vida que llevan: rechazando tal condición, luchando en vano contra ella o tratando de justificarla aunque la encuentren perversa. Sin embargo, la mayoría está a gusto con su situación, influenciada por su elevada condición intelectual y cultural.

Para Havelock Ellis, la degeneración corresponde a un conjunto de anormalidades bien determinadas, de las cuales forma parte la inversión. En tal sentido, la homosexualidad constituye el síndrome episódico de una enfermedad hereditaria, relacionada con una modificación de los caracteres sexuales secundarios. Además, aquélla encaja con otros estigmas psicológicos, tales como la cleptomanía y la piromanía. A claras luces, considera la inversión sexual como una anomalía congénita, que comparte cualidades psicológicas con otras perturbaciones.

Este teórico menciona que muchas personas poseen una predisposición congénita a la inversión, aunque *latente*: en algunas, tal tendencia es tan fuerte, que se expresa de cualquier forma; en cambio, en otras, dicha inclinación es débil y sólo se puede activar ante potentes causas externas. Entre éstas pueden señalarse: una impresión violenta durante la etapa de indefinición del instinto sexual, la seducción por parte de un adulto y la ocurrencia de una desilusión amorosa. Puede hacerse notar que estos motivos de frustración fueron estudiados con mayor detenimiento por Freud en años posteriores. Tales son para Havelock Ellis los factores que alejan a un sujeto del sexo opuesto, convirtiéndose en causas excitadoras de la inversión, pero que requieren de una predisposición orgánica para su acción. A pesar de esto, menciona casos en que no se han observado causas accidentales, sino una tendencia infantil, manifestada por sí misma, que se dirige hacia el sexo propio y que persiste durante toda la vida.

A modo de conclusión, puede establecerse que estos autores previos a Freud, comparten una visión biologicista de la inversión sexual, atribuyendo su etiología mayoritariamente a factores congénitos. A pesar de que se puede apreciar en su obra una fuerte influencia de los rígidos cánones morales de la época, estos estudiosos intentaron promover un riguroso análisis científico a través del estudio de casos. Abordaron la homosexualidad como una de las manifestaciones del "impulso sexual anormal", idea que en Freud, más tarde, se diluiría; para él, pierde sentido aquél concepto, pues sólo interesa el estudio de las variaciones del impulso sexual como tal.

IV. 2. Conceptualizaciones de Freud acerca de la homosexualidad masculina.

Sigmund Freud (1856 - 1939), médico austriaco, inició sus investigaciones desde el ámbito de la neurología y, sólo posteriormente, se adentró en la psicología. Desde ésta, se abocó al estudio de variados cuadros clínicos, lo que gradualmente lo hizo derivar - a través de sucesivas interrogantes e hipótesis - al poco explorado campo de la sexualidad; es en su teoría del desarrollo psicosexual del ser humano en donde encontró valiosos elementos para la comprensión de dichos cuadros. Es importante considerar que Freud no restringe el concepto de sexualidad a lo meramente genital y reproductivo como lo hicieron los teóricos previos, sino que formula un *concepto ampliado de sexualidad*. Para Freud, esta ampliación conceptual abarca principalmente la existencia de la sexualidad infantil y, relacionado a ello, una nueva forma de entender las manifestaciones sexuales perversas. El mismo autor lo expresa en el prólogo a la cuarta edición de sus "Tres ensayos de teoría sexual":

"Pero en lo que atañe a la 'extensión' del concepto de sexualidad, que el análisis de los niños y de los llamados perversos hace necesaria, todos cuantos miran con desdén al psicoanálisis desde su encumbrada posición deberían advertir cuán próxima se encuentra esa sexualidad ampliada del psicoanálisis al Eros del divino Platón."⁹

De esta forma, Freud traza una línea de continuidad entre la sexualidad infantil y la adulta, por un lado, y la sexualidad normal y la perversa, por otro. Además, devela las profundas conexiones existentes entre la sexualidad y otros fenómenos humanos aparentemente no sexuales, tales como la cultura, el arte, la religión e incluso la evolución histórica de la humanidad. En tal sentido, Freud atribuye un papel central al proceso que denomina "sublimación"; en "Tres ensayos...", explica que:

⁹ Freud, S. (1905). *Tres ensayos de teoría sexual*. Obras Completas. AE, Buenos Aires, v. VII, p. 121.

"En ella, a las excitaciones hiperintensas que vienen de las diversas fuentes de la sexualidad se les procura drenaje y empleo en otros campos, de suerte que el resultado de la disposición en sí peligrosa es un incremento no desdeñable de la capacidad de rendimiento psíquico."¹⁰

Precisamente, este proceso permite comprender cómo grandes montos de libido pueden ser reencauzadas y dirigidas hacia la consecución de logros culturales. Al respecto, Freud comenta que la pulsión sexual:

"Pone a disposición del trabajo cultural unos volúmenes de fuerza enormemente grandes, y esto sin ninguna duda se debe a la peculiaridad, que ella presenta con particular relieve, de poder desplazar su meta sin sufrir un menoscabo esencial en cuanto a intensidad."¹¹

Este nuevo modo de concebir la sexualidad humana claramente marca una diferencia fundamental con sus antecesores, quienes equiparaban lo sexual con lo genital y separaban tajantemente las conductas perversas de la vida sexual normal, considerando a aquéllas como degeneraciones o rarezas. La manera freudiana de conceptualizar la sexualidad humana desborda el restringido campo de las conductas sexuales socialmente admitidas, permitiendo así el estudio más profundo y dinámico de diversas desviaciones, entre ellas, el comportamiento homosexual.

Desde este punto de vista, Freud arriba a la problemática de la perversión y de la homosexualidad masculina. Como ya se ha dicho, a diferencia de los autores anteriores, Freud da a estas materias una mayor profundización en términos psicológicos, analizando cada caso más allá de lo aparente. De esta manera, otorga a la dinámica homosexual un

¹⁰ Freud, S., *ibid.*, p. 218.

¹¹ Freud, S. (1908). *La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna*. Obras Completas. AE, Buenos Aires, v. IX, p. 168.

lugar dentro de la sexualidad universal, integrándola al desarrollo del ser humano, Cabe destacar que las ideas del autor en torno a la homosexualidad masculina y a las perversiones en general, fueron evolucionando conforme el paso de los años; al comienzo, aparecen muy disgregadas en su obra, y van tomando forma a medida que va madurando su teoría global acerca del funcionamiento psíquico.

Tomando en cuenta lo anteriormente expuesto, intentaremos recopilar, sintetizar y seguir cronológicamente la aparición de las diferentes ideas freudianas en torno a la homosexualidad masculina. Cabe considerar que esta materia se halla implicada en el tema general de las perversiones sexuales, por lo que éste será un marco de análisis permanente para la mejor comprensión de la dinámica homosexual, así como para su reflexión posterior.

IV. 2. 1. Años 1896 - 1909. Homosexualidad entendida como consecuencia de una falla en la represión.

"Antaño, si no recuerdo mal, mi vida era un festín en el que todos los corazones se abrían, en el que vinos de todas las clases fluían sin cesar".¹²

Los primeros escritos en que Freud manifiesta interés por el tema de las perversiones en general, se pueden encontrar en la correspondencia con su amigo Wilhelm Fliess, fechada entre 1887 y 1904, y publicadas en 1950. Es importante destacar que estas ideas iniciales forman parte de comunicaciones privadas, sin intención de publicarse; por lo tanto, son más bien divagaciones e intuiciones poco sistematizadas.¹³ A pesar de ello, muchas de estas disquisiciones son valiosas porque muestran las primeras interrogantes que inquietaban al autor y algunas de las respuestas posibles que éste se daba.

Esto se puede apreciar ya en el Manuscrito K (1896), donde Freud se pregunta, en medio de su exposición: *¿qué hace que se desarrolle perversión o neurosis, en sujetos sometidos a similares condiciones?*. A través de esa interrogante, incluso formulada entre paréntesis, vincula por vez primera ambos conceptos; sin duda, es ésta la pregunta que se mantendrá subyacente a lo largo de sus trabajos iniciales. Es significativo que aquélla surja en el texto mientras se hace referencia al papel de la defensa patológica en la causación de las neurosis, defensa que actúa frente a un recuerdo infantil de índole sexual. Durante esta

¹²Rimbaud, A. *Hay que ser absolutamente moderno*. Editorial Grijalbo Mondadori, Madrid, p. 61.

¹³En este punto, es importante señalar que, al citar cartas y manuscritos enviados por Freud a Fliess, las autoras han optado por consignar el año de escritura y no el de su publicación, como es acostumbrado; ello, pues se tiene por objetivo conocer los planteamientos que Freud sostenía en la época inicial de su obra y lograr un seguimiento lo más exhaustivo posible de aquéllos.

época, Freud ya bosqueja la hipótesis de que la defensa - término que en este período es equivalente al de represión - juega un rol estructurante en la génesis de las psiconeurosis y constituye la diferencia esencial entre neurosis y perversión. Comenta:

"Existe una tendencia defensiva normal, o sea, la repugnancia a guiar la energía psíquica de suerte que genere displacer (...) la inclinación de defensa se vuelve nociva cuando se dirige contra representaciones que pueden desprender un displacer nuevo, también siendo recuerdos, como es el caso de las representaciones sexuales. Es que aquí se realiza la única posibilidad de que, con efecto retardado (*nachträglich*), un recuerdo produzca un desprendimiento más intenso que a su turno la vivencia correspondiente. Para ello sólo hace falta una cosa: que entre la vivencia y su repetición en el recuerdo se interpole la pubertad, que tanto acrecienta el efecto del despertar {de aquella}."14

Relacionado a lo anterior, en el año 1896 (Cartas 46 y 52), Freud intenta reiteradamente diferenciar ciertas etapas de la vida, en que acaecen tanto la vivencia sexual prematura como la defensa; en relación a la génesis de las neurosis y perversiones, ordena temporalmente estas afecciones, dándole algunas veces más relevancia a la época en que acontece la vivencia sexual precoz, y en otras, a la época en que se instala la defensa. En este sentido, emerge una nueva pregunta: ¿cómo se entraman en la perversión las experiencias sexuales más tempranas y el advenimiento de la represión?. Freud hipotetiza que en la perversión - a diferencia de las neurosis - ocurrirían vivencias sexuales prematuras en todos los periodos de la vida hasta la pubertad, *haciendo la represión imposible o no intentada siquiera*. En una de estas cartas, señala una interesante idea al respecto:

"Se ve qué significado tienen unas pausas en el vivenciar sexual. Una prosecución continuada de las escenas a través de una frontera de separación entre épocas quizás escape a la posibilidad de una represión, pues no se genera ningún excedente sexual entre una escena y el recuerdo siguiente más profundo."15

14Freud, S. (1896). *Manuscrito K*. Obras Completas. AE, Buenos Aires, v. I, p. 260-261.

15Freud, S. (1896). *Carta 46*. Obras Completas. AE, Buenos Aires, v. I, p. 272.

Parece ser que para Freud - en este momento de su obra - la *perversión se genera a partir de una falla en la represión*, ya sea porque se instala tardíamente respecto al desarrollo cabal de la psique, o porque simplemente jamás acaece.

Cabe mencionar que toda esta línea de pensamiento corresponde a la primera época teórica de Freud, en que atribuye varias de las psicopatologías - especialmente la histeria - al efecto traumático de una vivencia sexual prematura. Dentro de este contexto, imputó aquellas vivencias a personas adultas cercanas al niño: niñeras, familiares e incluso los padres, quienes satisfacían sus impulsos perversos en aquél. Es así como señala:

"En efecto, las escenas sexuales infantiles son enojosas propuestas para el sentimiento de un ser humano sexualmente normal; contienen todos los excesos consabidos entre libertinos e impotentes, en que se llega al empleo sexual abusivo de la cavidad bucal y el recto."¹⁶

Por esta misma época, Freud intenta esbozar las íntimas relaciones entre histeria y perversión, planteando una especie de alternancia generacional, en que un padre perverso (primera generación), a través de su seducción, genera histeria en sus hijos (segunda generación). No tarda en trasladar esa misma alternancia a la vida psíquica individual: en la juventud, perversión; en la madurez, histeria, *posiblemente después de un período de angustia*. De este modo, empieza a hipotetizar que en la histeria, más que una sexualidad desautorizada, existe una *perversión desautorizada*. Pareciera que aquí ya empieza a concebir en la histeria - y posteriormente en las neurosis - la existencia de una perversión sofocada, una forma de la sexualidad tachada. Todas estas incipientes ideas confluyen en la Carta 57 (1897), en la que aparece uno de sus más grandes supuestos: *la histeria es el*

¹⁶Freud, S. (1896). *La etiología de la histeria*, op. cit., p. 213.

negativo de la perversión (más adelante ampliaría dicha concepción a las neurosis como negativo de la perversión).

En este punto, es interesante indicar que Freud, a través de sus cartas, ya va bosquejando ciertas características de las perversiones; considera que, generalmente, desembocan en zoofilia y les atribuye un carácter animal; diversas sensaciones erógenas, que deberían haber perdido su carácter placentero, se han mantenido incólumes frente a la represión, tales como olfato y gusto, sentidos principales en el reino animal. Además, existiría una cierta relación con cultos sexuales primitivos: las acciones perversas tendrían un sentido y un paradigma por descubrir. Efectivamente, religiones arcaicas, como el totemismo, podrían hallar una semejanza con perversiones tales como la zoofilia y el fetichismo. En definitiva, con el desarrollo de la humanidad, muchos aspectos de la libertad sexual - entre ellos la perversión - han debido ser sacrificados en pos de la civilización.

Retomando la interrogante acerca de la ligazón entre perversión y neurosis, puede destacarse que en la Carta 66, plantea la idea de que los síntomas neuróticos estarían de cierta manera determinados por la represión de fantasías y falsificaciones del recuerdo, *generadas junto a impulsos perversos*. Tales fantasías e impulsos son generados a partir de recuerdos genuinos que han sido reprimidos, y ellos mismos fueron posteriormente arrastrados hacia lo inconciente por la represión.¹⁷ De esta forma, paulatinamente comienza a atender más a la *fantasia* como construcción psíquica a la base de las psiconeurosis de defensa; esto implicaría una transición entre su teoría traumática de las neurosis y sus nuevos

¹⁷Efectivamente, en esta época Freud considera que, a partir de los recuerdos se generan, por un lado, fantasías, y por otro, impulsos; sin embargo, aún no tiene clara la relación entre ambos elementos. En cambio, en sus desarrollos posteriores - en los que ha abandonado la etiología traumática - sostendrá que las fantasías emergen habitualmente de mociones de impulsos perversos

planteamientos, que se fundamentan en el papel de las fantasías sexuales infantiles referidas a los padres. La realidad psíquica llegará a ser entonces tan preponderante en la causación de neurosis, como la realidad material.

Lo anterior representa el germen de una nueva idea, que se plasma más acabadamente en la Carta 75: *la existencia de la sexualidad infantil*. A través del análisis de las fantasías, Freud descubre que en la infancia existen ciertas zonas primitivamente ligadas a desprendimiento sexual, son gradualmente relegadas, tales como la boca y el ano. En una persona madura, esas zonas no debieran producir desprendimiento sexual alguno; de ser así, se desarrolla perversión.

En síntesis, a través de la lectura de estas cartas, puede establecerse que en ellas se plasman las primeras conceptualizaciones freudianas en torno a las perversiones, las que posteriormente ocuparán un lugar importante en la teoría psicoanalítica. No obstante, estos postulados iniciales aparecen más bien dispersos y en un estado todavía germinal de desarrollo.

Más tarde, en su obra "La Interpretación de los Sueños" (1900) - íntimamente ligada a los resultados de su autoanálisis - estas ideas van tomando mayor consistencia, a la vez que nuevas concepciones complementan las hipótesis anteriores. En este lugar, se revela la enorme importancia de los sueños, más allá de su apariencia absurda e ilógica; de este modo, se dedica a analizarlos, descubriendo su rol esencial para la comprensión del funcionamiento de la psique humana, así como sus profundos nexos con la sexualidad infantil y, por ende, con las perversiones. Aquí, Freud postula una teoría de las neurosis basada en la represión de mociones de deseos sexuales infantiles, las cuales son reavivadas a través del desarrollo,

debido a la bisexualidad constitucional¹⁸ o a influencias adversas sobre la sexualidad. De esta manera, el autor sostiene que en la vida sexual del adulto se conservan aspectos de la sexualidad infantil, que se revelan en la formación del sueño: son los deseos sexuales infantiles reprimidos, los verdaderos motores del sueño.

Las representaciones correspondientes a dichos deseos, son habitualmente sometidas a una intensa desfiguración onírica, llegando deformadas y distorsionadas al sueño. Freud explica así el mecanismo de la desfiguración onírica:

"Tenemos derecho entonces a suponer que los causantes de la plasmación onírica son dos poderes (o corrientes, o sistemas) psíquicos que hay en cada individuo, de los que uno forma el deseo expresado mediante el sueño, mientras que el otro ejerce una censura sobre este deseo onírico y por ende lo obliga a desfigurar su exteriorización (...) no es mucho suponer que el privilegio de esa segunda instancia haya de ser precisamente la admisión en la conciencia."¹⁹

Por lo tanto, el sueño es un verdadero producto de dos instancias: una criticada y otra criticadora.²⁰ De su pugna, resulta el sueño, como un escenario distinto al de la vida de

¹⁸Durante esta época, el autor considera fundamental la bisexualidad existente en todo ser humano. Especialmente en el concepto de bisexualidad originaria, puede hallarse la influencia que sobre él tuvo su amistad con Fliess, quien concebía una constitución bisexual primaria en el individuo humano, fundada fisiológicamente. Muchos años más tarde [Freud, S. (1919). *Pegan a un niño*. Obras Completas. AE, Buenos Aires, v. XVII, p. 196-197.] Freud describe esta teoría, aunque sin señalar su origen y tomando distancia de ella; la idea principal de esta concepción consiste en postular una represión sexualizada, cuyo motivo es la lucha entre los caracteres sexuales opuestos, presentes en toda persona. Resultado de este conflicto es que lo reprimido inconciente pasa a ser todo aquello relacionado con el sexo contrario al predominante (dicho sexo dominante estaría dado por la conformación genital). Freud gradualmente se fue alejando de estas ideas, lo que queda demostrado en el mismo texto. (ibid. p.198.) Allí, el autor sostiene que no es factible concebir una relación tan estrecha entre el carácter sexual manifiesto y la elección de aquello a reprimir. Concluye: "*En el fondo, sólo observamos que en individuos femeninos y masculinos sobrevienen, y pueden devenir inconcientes por represión, tanto mociones pulsionales masculinas cuanto femeninas*". A pesar de todo, en la obra freudiana se mantiene la tesis de una bisexualidad primigenia como característica de la constitución humana, aunque con un sentido diverso al que Fliess le otorgaba.

¹⁹Freud, S. (1900 [1899]). *La interpretación de los sueños*. Obras Completas. AE, Buenos Aires, v.IV, p.162.

²⁰Como puede verse, a estas alturas empieza a cristalizarse una cierta organización del funcionamiento

vigilia, tanto en su lógica como en su lenguaje. Detrás de su apariencia - contenido manifiesto - pueden hallarse elementos subyacentes - contenido latente -; todo ello hace al sueño un material susceptible de interpretación.

Una de las formulaciones que Freud entrega en "La Interpretación de los Sueños", es que todas las personas expresan mociones de deseo bisexuales y homosexuales, tanto en sueños aparentemente inocuos como en los más explícitos. Dentro de aquellos deseos reprimidos, cobran importancia las *mociones homosexuales*, es decir, las opuestas a la función sexual conciente del soñante. El autor observa que, dentro de ciertos sueños, adoptamos como objetos sexuales a personas que no podrían serlo durante la vida de vigilia, trasgrediendo las barreras de la existencia cotidiana. En la reedición de 1911, dentro de la misma obra, Freud agrega al texto que una de las desfiguraciones más extensamente aplicadas sobre las mociones homosexuales reprimidas es la inversión, vale decir, la mudanza en lo contrario. Se puede apreciar que Freud, implícitamente, concibe la existencia de inclinaciones homosexuales en todos los seres humanos, que se evidencian, de diversas maneras, a través de los sueños. Como veremos, esto marca sus desarrollos teóricos posteriores en relación al tema.

En el año 1905, Freud publica uno de sus más famosos análisis de caso: "Fragmento de análisis de un caso de histeria", en el cual expone el análisis interrumpido de una paciente histérica, a la que llama "Dora". Puede señalarse que este texto constituye una transición entre "La Interpretación de los Sueños" y "Tres ensayos de teoría sexual"; pone en práctica

psíquico en la teoría freudiana, a través de los conceptos de "sistema-percepción" (posteriormente "conciente"), "preconciente" e "inconciente". Esta estructuración, que ya estaba insinuada en algunas de sus cartas, sufriría variadas modificaciones a través de su obra. Véase Freud, S. (1900 [1899]). *La Interpretación de los Sueños*. Obras Completas. AE, Buenos Aires, v. V, p. 527-542.

sus postulados acerca del sueño, ya desarrollados hace un tiempo, pero a la vez, comienza a armar la base de su teoría de la sexualidad humana y sus variaciones. Además, se va perfilando la idea - ya anunciada en "La Interpretación de los Sueños" - de que el síntoma neurótico sigue un proceso de formación similar al del sueño, siendo ambos expresiones de motivos inconcientes; entre estos últimos, se encuentran mociones homosexuales. Precisamente, este último hecho es el que hace relevante la exposición y reflexión en torno a este caso, a pesar del sexo femenino de la paciente.

En esta obra, sigue manteniéndose la pregunta acerca de la relación existente entre neurosis y perversión: ¿qué hay de común y de distinto entre ambas?. Freud, a través del análisis de su paciente Dora, descubre que las fantasías inconcientes de los neuróticos contienen las mismas tendencias que manifiestan los perversos en sus acciones, y que las perturbaciones de la sexualidad normal que aquejan a los neuróticos se expresan a través de los síntomas, alimentados por poderes que provienen tanto de la sexualidad normal reprimida, como de mociones de impulsos perversos. En estos pacientes, dichas mociones perversas son muy intensas, pero se hallan reprimidas y se conservan en lo inconciente. De esta manera, la sexualidad, en todas sus formas y aspectos, presta la fuerza impulsora para el desarrollo de síntomas, los que se constituyen en la práctica sexual de los enfermos.

En virtud de estas conceptualizaciones, reafirma y amplía su hipótesis, ya presente en las cartas a Fliess: las neurosis son el negativo de la perversión. Como resultado de la influencia recíproca entre la constitución - dada por la herencia - y las experiencias accidentales - propias de la historia vital -, pueden seguirse dos caminos frente a los requerimientos amorosos de la vida adulta: por un lado, la entrega sin reparos a la

sexualidad, rozando lo perverso o, por otro lado, como reacción, su denegación y posterior formación de una neurosis.

Al referirse a las perversiones en sí, intenta definir las diciendo que son trasgresiones de la función sexual, que acaecen tanto en el área del cuerpo propio como del objeto sexual. Para Freud:

"Las perversiones no son bestialidades ni degeneraciones en el sentido patético de la palabra. Son desarrollo de gérmenes, contenidos todos ellos en la disposición sexual indiferenciada del niño, cuya sofocación o cuya vuelta {*Wendung*} hacia metas más elevadas, asexuales - su sublimación -, están destinadas a proporcionar la fuerza motriz de un buen número de nuestros logros culturales. Por tanto, toda vez que alguien, de manera grosera y manifiesta, ha *devenido* perverso, puede decirse, más correctamente, que ha *permanecido* tal: ejemplifica un estadio de una *inhibición del desarrollo*."21

Este autor concibe la sexualidad normal como un concepto relativo y de límites poco precisos; cada raza y época han evidenciado sus sexualidades de diferentes maneras. Como ejemplo de este relativismo sexual, Freud menciona la cultura griega, en la cual la homosexualidad no sólo era aceptada, sino que cumplía funciones sociales importantes.²² Es más, cada persona en cierta medida quebranta los límites de lo que comúnmente se denomina vida sexual normal, estando ampliamente difundidas algunas de estas conductas perversas entre la población. Por ejemplo, ya durante la pubertad, en ambos sexos se observan tendencias homosexuales, reveladas en amistades estrechas e íntimas entre personas del mismo sexo; ello puede incluso preceder al primer enamoramiento

21Freud, S. (1905 [1901]). *Fragmento de análisis de un caso de histeria*. Obras Completas. AE, Buenos Aires, v. VII, p. 45. Cabe señalar que, en este fragmento, se aprecia la importancia que Freud otorga a las mociones perversas como motores de los progresos culturales y sociales del hombre. Aparece de manera tangencial el mecanismo de la *sublimación* como reacción al conflicto sexual estructurante del sujeto en sociedad. El aspecto cultural de este conflicto, el autor ya lo venía conjeturando en su correspondencia con Fliess (Véase *supra*, p. 55), siendo un tema que profundizará más en sus textos sociológicos posteriores.

22Véase, para más detalles al respecto, *supra*, p. 12 y sigs.

heterosexual. En condiciones normales, tal corriente homosexual es resignada; no obstante, puede reavivarse libidinalmente como reacción frente a una frustración afectiva en relación al sexo opuesto.

Freud descubre, a través del análisis de pacientes femeninos y masculinos, la presencia de fuertes corrientes homosexuales e hipotetiza, en este sentido, la existencia de tales corrientes de forma más acentuada en los neuróticos, tal vez dadas por factores constitucionales. Puede señalarse que, en su carta a Fliess fechada el 30 de enero de 1901, Freud comenta que los ejes del trabajo sobre Dora son, en el plano psicológico, la interpretación de sueños y los pensamientos inconscientes; en el plano orgánico, las zonas erógenas y la bisexualidad. En cuanto a este último tema, afirma que - en esta paciente - las asociaciones de pensamiento que se batan en conflicto se basan en la oposición entre una tendencia hacia el hombre y otra hacia la mujer.²³

Como anteriormente se expuso, el caso Dora muestra cómo Freud trabaja sobre los sueños que los pacientes traen a sesión. En este texto, queda de manifiesto que muchos de los simbolismos del sueño, toman su fuerza de mociones homosexuales reprimidas; sin embargo, a pesar de ello, más tarde, al revisar este caso, el autor señalaría las dificultades que tuvo para distinguir en sus pacientes tales tendencias - a menudo, las más fuertemente reprimidas - y su gran influencia en la producción de síntomas y sueños. Estas inquietudes venían atareando a Freud desde hace tiempo, y se concentrarían en una de sus obras más importantes: "Tres ensayos de teoría sexual".

²³Freud, S. (1901) *Carta 262. Cartas a Wilhelm Fliess*. Amorrortu Editores, Buenos Aires, p. 477.

En 1905 se publica dicha obra, verdaderamente uno de los hitos de la teoría freudiana: en ella se plasman ilaciones de pensamiento que ya venían gestándose desde el comienzo de las investigaciones de este autor. Cabe señalar que éste fue corrigiendo sus ensayos en las distintas ediciones posteriores, agregando notas a pie de página y rectificando párrafos según sus nuevos descubrimientos; a pesar de ello, en este análisis se considerarán más profundamente los escritos originales, con el fin de comprender el pensamiento que en esa época tenía Freud en relación a la homosexualidad masculina. En estos ensayos, Freud revoluciona el ámbito científico con sus innovadoras hipótesis; entre ellas, la existencia de la sexualidad infantil y sus diversas etapas de desarrollo, las aberraciones sexuales como meras variaciones de la sexualidad normal y algunos lineamientos acerca de la génesis de las perversiones.

Ya en el caso Dora se delinean algunas observaciones en torno a las exteriorizaciones sexuales infantiles. Analiza allí las características de una de las más importantes manifestaciones sexuales de la niñez: el chupeteo. Freud considera que, en Dora, la intensa estimulación de la zona bucal, a través del chupeteo, se vuelve precondition somática para la creación de fantasías perversas inconcientes (succión del miembro viril) y la posterior generación de síntomas histéricos en esa misma área (tos nerviosa e incluso afonía). Todas estas hipótesis confluyen y se desarrollan más profundamente en los "Tres ensayos de teoría sexual", desencadenando las más airadas reacciones del medio científico y social de la época. El autor descubre, a partir de éste y otros análisis emprendidos junto a sus pacientes, que las reminiscencias de la sexualidad infantil se hallan mayoritariamente sustraídas de la conciencia, pero que contienen los más poderosos impulsores tanto para la formación de síntomas como para la configuración de cuadros perversos. Para Freud, en los niños se revela una *disposición perversa polimorfa*, es decir, existe en ellos la aptitud para

practicar las más diversas trasgresiones, lo cual es facilitado por la falta de desarrollo de las resistencias que actúan como diques contra los extravíos sexuales: asco, vergüenza y moral, entre otras.

En virtud de ello, Freud indica que la vida sexual infantil está dominada, en sus diferentes etapas, por el predominio de alguna de las diversas *zonas erógenas* pesquisables a través del desarrollo, o sea, por la preponderancia de cierto sector de la piel o de mucosa que, ante ciertas estimulaciones, posibilitan una sensación de placer. Cualquier parte del cuerpo del niño puede prestar los servicios de una zona erógena, pero existen áreas predeterminadas, al parecer por mecanismos biológicos, para dicha finalidad; entre ellas, la zona bucal y la anal. En este sentido, son llamativas - como prototipo de exteriorizaciones sexuales infantiles - el ya mencionado chupeteo, repetido rítmicamente e independiente del afán nutricional, y el jugueteo retentivo de las heces. Como puede apreciarse, ambas prácticas poseen el carácter de una estimulación masturbatoria y autoerótica de estas sensibles mucosas. Las excitaciones de estas fuentes erógenas persiguen, individualmente, su meta - la ganancia de placer - no encontrándose aún referidas a la función reproductiva.

En conclusión, en el niño, la pulsión sexual se encuentra dispersa en distintos componentes parciales y corresponden a una sexualidad marcada por el autoerotismo. Sin embargo, es importante recalcar que ciertas pulsiones parciales (pulsión de ver y exhibir; pulsión de crueldad configurada activa y pasivamente) adoptan, desde sus comienzos, a un otro como objeto sexual.

A partir de todas estas elucidaciones, Freud hace notar que la disposición a las perversiones - proveniente desde la infancia - es algo universal en todo ser humano y sólo desde ella puede madurarse hacia la conducta sexual normal. Freud mismo señala que:

"Se trata de unas raíces innatas de la pulsión sexual, dadas en la constitución misma, que en una serie de casos (perversiones) se desarrollan hasta convertirse en los portadores reales de la actividad sexual, otras veces experimentan una sofocación (represión) insuficiente, a raíz de lo cual pueden atraer a sí mediante un rodeo, en calidad de síntomas patológicos, una parte considerable de la energía sexual, mientras que en los casos más favorecidos, situados entre ambos extremos, permiten, gracias a una restricción eficaz y a algún otro procesamiento, la génesis de la vida sexual llamada normal."²⁴

Como se expuso en la sección anterior, durante la época en que Freud realizaba sus descubrimientos acerca de los cuadros clínicos y su relación con la sexualidad, diferentes autores concebían las perversiones - y entre ellas la homosexualidad - como expresión de una degeneración nerviosa, es decir, una tara hereditaria. No obstante, Freud se rebela contra dicha concepción, afirmando que el uso del término "degeneración" se había vuelto indiscriminado y, por lo tanto, poco provechoso para la comprensión de tales fenómenos. En este sentido, considera que las perversiones no implican necesariamente insania o anormalidades graves en otras áreas vitales, ni siquiera aquellas que nos parecen más horribles. Esto quiere decir, que incluso personas que no presentan problemas en otras áreas de su vida, pueden sufrir enfermedad en el campo sexual, siendo dominados por su mundo pulsional; en cambio, personas que presentan dificultades en otros sectores vitales traslucen indudablemente conflictos sexuales subyacentes.

El autor plantea, de esta manera, una línea continua que atraviesa todos los grados de la psicopatología hasta llegar a la salud. Por lo tanto, las perversiones constituyen una de

²⁴Freud, S. (1905). *Tres ensayos de teoría sexual*, op. cit., p. 156.

las variaciones posibles del desarrollo psicosexual del ser humano, en cuyo largo recorrido cualquier punto puede transformarse en un lugar de fijación; recordemos que la pulsión sexual es una sumatoria de muchos componentes que en las perversiones, tal como en la infancia, se encuentran disgregados. Es más; Freud postula que es necesario considerar las perversiones, aunque parezca inverosímil, como una verdadera idealización de la pulsión, puesto que en ellas es en donde se muestra más nitidamente la omnipotencia del amor en su forma más primitiva.

A partir de estos planteamientos, la relación entre perversión y neurosis sigue siendo un tema que preocupa a Freud. Continuando el análisis iniciado en Dora acerca del proceso de la formación de los síntomas neuróticos, reafirma su idea de que éstos no nacen sólo a partir de la pulsión sexual denominada normal, sino también desde pulsiones que podrían llamarse *perversas* (si éstas pudieran manifestarse directamente en acciones y designios de la fantasía). De esta manera, en la vida anímica inconciente de todos los psiconeuróticos, pueden encontrarse todas las desviaciones sexuales, relevantes para la producción del síntoma; es así como hallamos mociones de inversión²⁵, inclinación a trasgresiones anatómicas (uso de las mucosas bucal y anal) y presencia de pulsiones parciales organizadas en pares de opuestos. La intensidad de cada una de estas pulsiones particulares es autónoma en relación al resto.

De este modo, considera como elementos impulsores de las neurosis, un nivel excesivo de represión sexual, una exagerada intensidad de la pulsión sexual y tal vez una inusual inclinación a la perversión. Estos elementos, de carácter constitucional, pueden asociarse - mediante un nexo de colaboración - a factores externos que impliquen una

²⁵Véase *infra*, pág. 71 y sig..

frustración de los canales normales de satisfacción de la libido, hecho que tiene como consecuencia el taponamiento de aquella y su reflujó a través de vías colaterales más antiguas (que probablemente prestaron en el pasado una satisfacción precoz desacostumbrada). Para Freud, los neuróticos han mantenido su sexualidad - total o parcialmente - en un estadio infantil, o han sido devueltos a éste, pero siempre en el sentido de lo inconciente reprimido.

Por su parte, las perversiones pueden ser descritas como *tipos especiales de inhibición y disociación del desarrollo normal*, que se elevan a la categoría de cuadro patológico no por su contenido, sino por su proporción relativa frente a lo normal: cuando la perversión no aparece junto a lo normal (si circunstancias favorecedoras la incitan y otras desfavorecedoras obstaculizan lo normal), sino que reemplaza a lo normal en toda condición, puede hablarse de patología. Por ende, la enfermedad está dada por la *exclusividad y la fijación* de la perversión, no sometida eficazmente a la represión; se discierne entonces una importante cuota de infantilismo sexual. Freud divide las perversiones en *desviaciones respecto a la meta sexual* (es decir, a la acción hacia la que esfuerza la pulsión) y *desviaciones respecto al objeto sexual* (o sea, en relación a la persona de la que parte la atracción sexual).

En relación al primer grupo de perversiones, es decir, las referidas a la meta sexual, cabe señalar que la meta sexual normal es considerada por Freud como la unión de los genitales en el coito, acto en el que hay alivio de la tensión sexual y cese temporario de la pulsión. No obstante, ya en el acto normal se asoman aquellos elementos que, en su desarrollo pleno, constituyen perversión. Ejemplos de esto son el beso, el tocar el objeto sexual, etc., que actúan como jalones en el camino hacia el coito y son aspectos que

conectan las perversiones a la sexualidad normal. Únicamente cuando esos quehaceres sexuales previos sustituyen a la meta sexual normal, podemos hablar de perversión propiamente tal.

Esta clase de perversiones puede ser subclasificada en:

- **Trasgresiones anatómicas respecto de zonas del cuerpo destinadas a la unión sexual:** aquí, en virtud de ciertas fijaciones que afectaron el desarrollo psicosexual, algunas zonas corporales reclaman para sí el papel que corresponde a los genitales; entre ellas, las más relevantes son la boca y el ano.
- **Demoras en relaciones intermediarias con el objeto sexual:** para comprender estas perversiones, es importante destacar la existencia de ciertas metas sexuales preliminares al coito, que conllevan un placer en sí mismas, pero también aumentan la excitación que debe mantenerse hasta que se alcanza la meta sexual final. Cuando el monto de placer obtenido en estas actividades sexuales previas se vuelve muy grande, y la tensión producida es escasa, inevitablemente falta la fuerza pulsional para que el proceso sexual continúe normalmente. En este caso se vuelve probable la detención en dicha acción preparatoria, la que suplanta a la meta sexual normal. Contribuiría a esto cualquier ganancia desmedida de placer que tuviera como centro tal zona erógena o tal pulsión parcial en los tempranos años de la infancia; dicha fijación genera una práctica compulsiva, que ve estancada su integración a la genitalidad adulta.

En cuanto al segundo grupo de perversiones, a saber, las referidas al objeto sexual, Freud ubica a la inversión u homosexualidad como la forma más destacada de aquéllas; según el autor, puede llamarse invertido al individuo que toma como objeto sexual a otro del

mismo sexo. Sin embargo, cabe señalar que en estos casos se presentan además variadas perversiones en cuanto a la meta sexual, no siendo posible describir una meta sexual única. En este sentido, es conocida la práctica de relaciones anales entre invertidos, lo que constituye una trasgresión anatómica importante; a pesar de ello, Freud comunica que no es éste el comercio sexual exclusivo. De hecho, suele aparecer como meta única la masturbación recíproca (lo que implica una demora en relaciones previas con el objeto) e incluso solamente el alivio emocional, producto de múltiples restricciones de la meta sexual.

Freud propone una clasificación de los homosexuales según sus conductas: ✎

- Invertidos absolutos: son aquéllos que adoptan como objeto sexual exclusivamente a otros de su mismo sexo; los del sexo opuesto pueden serles indiferentes o incluso producirles repugnancia.
- Invertidos anfigenos o hermafroditas psicosexuales: que adoptan como objeto sexual a otro del mismo sexo o del sexo opuesto, sin condición de exclusividad.
- Invertidos ocasionales: cuya conducta homosexual está influida por condiciones externas, tales como la inaccesibilidad del objeto sexual normal o imitación.

Freud enfatiza el hecho de que los invertidos difieren en la evaluación sobre su conducta: algunos consideran que su tendencia es natural y defienden sus derechos frente a la sociedad; por otro lado, existen homosexuales que reniegan de su inclinación, y la sienten como una compulsión patológica. En el año 1910, el autor llegó a considerar que estos últimos serían los más susceptibles a emprender un trabajo psicoanalítico. Relacionado a ello, más adelante (1920) Freud valora los trabajos de Ferenczi en torno a la homosexualidad; dicho teórico propone reemplazar el término "homosexualidad" por el de

"homoerotismo" y establece la existencia de dos tipos básicos: el homoerótico en relación al sujeto - que se siente un ser femenino - y el homoerótico en cuanto al objeto - que se siente viril pero toma como objeto a otro hombre -. Sería en este último caso en donde se puede presentar una sublección frente a la tendencia homosexual, posibilitando la influencia terapéutica. A pesar de todo esto, es importante recalcar que en los invertidos se encuentran distintos grados de homoerotismo en cuanto al sujeto y al objeto, combinados de manera única. Aquí Freud insinúa la posibilidad de trabajar psicoanalíticamente con personas homosexuales, en especial con aquéllos que cuestionan su condición y dejan un espacio para interrogarse acerca de sí mismos. Cabe la pregunta: ¿qué puede esperarse terapéuticamente con estos pacientes? Esta interrogante será desarrollada más extensamente en el final de nuestra revisión teórica.

Otro de los aspectos variables dentro de la homosexualidad, está en las relaciones temporales que pueden hallarse en el transcurso vital. Hay invertidos en que tal rasgo aparece desde sus primeros recuerdos; en cambio, en otros casos, su condición se les hizo notoria en una época determinada, antes o después de la pubertad. Dicha inversión puede mantenerse invariable durante toda la vida, o desaparecer en cierto momento; o bien representar una etapa dentro del desarrollo normal. Incluso cabe la posibilidad de que se exteriorice más tarde, ya pasado un tiempo de actividad heterosexual. Puede observarse además una fluctuación periódica entre el objeto normal y el invertido. Es interesante destacar los casos en que se altera el desarrollo libidinal, en el sentido de la inversión, después de una vivencia dolorosa con el objeto sexual normal.

En lo concerniente al objeto sexual de los invertidos, Freud señala que sólo en una parte de aquéllos, se cumple la idea generalizada de que su objeto sexual sería contrario al

normal y frente al cual se sentirían femeninos. En realidad, una buena parte de los homosexuales masculinos mantienen una condición psíquica viril y tienden - en su búsqueda de objeto - a elegir a aquéllos que posean ciertos rasgos psicológicos de femineidad. En estos casos, puede apreciarse que el objeto sexual reúne los caracteres de ambos sexos, como si existiera un compromiso entre mociones que anhelan al hombre y otras ligadas a la mujer, pero siempre bajo la condición de genitales masculinos.

En este punto, se hace necesario retomar los desarrollos teóricos de Freud acerca de la bisexualidad originaria: observa que cierto grado de hermafroditismo anatómico es normal en el ser humano. En todo cuerpo femenino o masculino se pueden encontrar indicios anatómicos correspondientes al sexo contrario, hallándose atrofiados o con una función distinta. A partir de dicha indagación - y de sus obras anteriores - el autor reafirma su idea acerca de la existencia de una constitución primitivamente bisexual, que a través del desarrollo se va modificando hasta llegar a la configuración monosexual, con escasas huellas del sexo atrofiado. En los invertidos también se cumple esta premisa, no existiendo gran diferencia con la norma. Freud no está de acuerdo con la noción predominante de la época, que apunta hacia un hermafroditismo psíquico e incluso anatómico en los homosexuales. Dicha noción quedaría refutada con el hecho de que, al menos en los varones, la plena masculinidad psíquica puede concurrir con la inversión. En síntesis, en la homosexualidad influye, de alguna manera, una disposición bisexual (de la que sólo se conocen aspectos anatómicos), la cual coopera con alteraciones en el desarrollo de la pulsión sexual. Como resultado de este planteamiento, Freud postula que lo más variable de la pulsión sexual es el objeto al que ésta se liga; aquélla es inicialmente independiente en relación al objeto sexual.

El autor se interesa fundamentalmente por la significancia que todos estos supuestos acerca de la homosexualidad tienen para el estudio de las psiconeurosis, como ya había quedado de manifiesto en el caso de Dora. A estas alturas, se encuentra convencido de que en la vida anímica de todo neurótico, aparecen mociones homosexuales y fijaciones de la libido en objetos del mismo sexo. Dichas tendencias inconcientes jamás están ausentes, siendo esenciales para la contracción de la correspondiente neurosis. En relación a esto, llega a afirmar que las psiconeurosis pueden asociarse con inversión manifiesta, conciente; en aquellos casos, la corriente heterosexual ha sido afectada por la más amplia sofocación. De esta aseveración, se desprende el hecho de que *pueden coexistir neurosis y homosexualidad manifiesta*, lo que genera una serie de interrogantes acerca del tema: el homosexual ¿no siempre es perverso?, la homosexualidad ¿puede reclamar para sí directamente el papel de un síntoma neurótico, más allá de ser motor de otros síntomas?, ¿o es que Freud nos plantea, de manera sutil, la existencia de lo homosexual, que se expresa a través de una diversidad de formas en los distintos cuadros psicopatológicos y aun en la normalidad?. He aquí un conjunto de inquietudes que comienzan a exigir respuestas, y que se discutirán próximamente.

Freud aborda también la problemática que alude a una posible prevención de la homosexualidad, reconociendo en la intensa atracción mutua entre los caracteres sexuales contrarios, la gran fuerza preventiva de la inversión. Además, propone una sucesión de factores que contribuyen al logro de una elección de objeto del sexo opuesto, como por ejemplo, la restricción dominante de la sociedad en que se encuentra el individuo. En el caso del hombre, también es relevante el recuerdo - proveniente de sus más tiernos años - del amor prodigado por la madre. Más tarde, en 1915, Freud agrega el rol del amedrentamiento sexual precoz que impone el padre a su hijo, y la relación de rivalidad que entre ellos se

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CS SOCIALES
BIBLIOTECA
I. Carrera Pinto 1045
Fino: 6787737

establece. Todos estos elementos influyen en que el niño se vincule hostilmente con personas significativas de su mismo sexo y que dirija su elección de objeto hacia la mujer. En cambio, entre los factores que propician la inversión masculina, Freud destaca la educación impartida exclusivamente por varones y, especialmente en los histéricos, la temprana ausencia de uno de los padres. En este último caso, el miembro restante de la pareja parental toma sobre sí todo el afecto del pequeño, lo que actúa como condición que fija el sexo de la persona elegida como objeto, facilitando la estructuración de la posterior homosexualidad.

Como puede apreciarse, es en los "Tres ensayos...", donde Freud verdaderamente profundiza en la temática homosexual. Aquí sistematiza sus observaciones y presunciones respecto al amplio ámbito de la inversión masculina: génesis, características psicológicas, mecanismos psíquicos implicados y sus relaciones con las neurosis. A partir de este artículo, la homosexualidad sería para el autor, fuente de muy diversos planteamientos e interesantes interrogantes que lo inquietarían intensamente en sus desarrollos teóricos ulteriores.

Se puede indicar que en 1907, casi a modo de síntesis, en "El esclarecimiento sexual del niño", Freud señala que tanto las perversiones como las neurosis tienen en común el ser productos de ciertas inhibiciones en el camino hacia la integración de las diversas formas de erotismo en la función reproductiva madura, partiendo desde el autoerotismo originario. En todos estos casos, dicho desarrollo hacia la genitalidad se ha configurado sólo de modo inacabado.

Hacia el año 1908, el autor comienza a interesarse por las relaciones existentes entre el desarrollo de las pulsiones sexuales y la evolución cultural. En "La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna", Freud argumenta que, entre la cultura y el individuo, se establece

indefectiblemente una relación de conflicto, pues la civilización se construye a partir de la necesaria sofocación de los diversos componentes de la pulsión sexual; dicha energía es desviada y encauzada hacia metas no sexuales, incrementando el progreso cultural. El autor utiliza el término "sublimación" para denotar este particular destino pulsional, que puede darse por la capacidad de la pulsión sexual para ligarse a metas no sexuales, aunque psíquicamente entroncadas con metas de carácter eminentemente sexual.

En este texto, Freud propone la distinción entre tres estadios culturales, que implican, a su vez, tres niveles de conflicto entre individuo y cultura: un primer estadio en que a la pulsión sexual le es indiferente la meta de la reproducción; un segundo estadio, en que la pulsión sexual se somete a la meta reproductiva - de modo que todo componente no integrado a dicha meta es sofocado -; y un tercer estadio, donde la meta sexual aceptada es la reproducción legítima (vale decir, dentro del matrimonio). Esta última etapa correspondería a la moral sexual "cultural" actual. Ya en el segundo estadio descrito, se pueden pesquisar ciertos individuos que no satisfacen los objetivos sociales; en dichas personas, el desarrollo pulsional no concluye adecuadamente - es decir, se producen fijaciones en el tránsito desde el autoerotismo hacia el amor de objeto - de modo que la meta de la unión de los genitales (meta sexual normal exigida por la cultura) no alcanza la supremacía. Dicha alteración del desarrollo deriva en dos clases de desviaciones, con profundas interrelaciones mutuas: perversiones y psiconeurosis.

Por lo tanto, es posible registrar - aparte de la ya señalada "sublimación" - otros dos destinos de los componentes pulsionales perversos, en especial cuando éstos son hiperintensos constitucionalmente, destinos que guardan las más íntimas relaciones entre sí. El primero de ellos corresponde a la perversión, en la cual se conservan - y se refuerzan con

la maduración - las disposiciones perversas infantiles, *no mediando represión alguna o sólo escasamente*. Ello ocurriría a partir de fijaciones en el desarrollo psicosexual del individuo, hecho que restringe el primado de la función de reproducción. Las perversiones pueden encontrarse en diferentes formas; como caso especial, encontramos en este grupo a los homosexuales, cuya meta sexual se aleja del sexo contrario (proceso que para Freud aún es oscuro en esta época). La mayor intensidad o debilidad de la pulsión sexual dependerá en cada individuo de su constitución; cuando dichos componentes perversos de la pulsión sexual son muy intensos, provocan graves dificultades sociales a sus portadores, los que son rechazados por su medio cultural. En cambio, en el caso de que la pulsión sexual sea más bien débil, el perverso puede lograr sofocar aquellas tendencias, pero a costa de utilizar todas sus energías psíquicas en el proceso, quedando inmovilizado frente al mundo social. *

El segundo destino de estos elementos pulsionales consiste en su represión, es decir, el sofocamiento de aquéllos en virtud de las exigencias culturales. En ciertos casos, dicha represión fracasa: la actividad pulsional se mantiene alejada de sus metas sexuales originales, pero se ven esforzadas hacia su descarga a través de los síntomas. Ellos constituyen formaciones sustitutivas de aquellas satisfacciones primarias. Freud señala que es el conflicto entre la constitución sexual de ciertos individuos y las exigencias culturales el que da por resultado la enfermedad neurótica, pues los límites de sometimiento de estas personas se ven sobrepasados por los requerimientos de su cultura que - a juicio del autor - se aplican de igual manera sobre seres humanos muy diversos en cuanto a constitución sexual. El síntoma es entonces el representante del sacrificio psíquico impuesto por la civilización.

Considerando todas estas dificultades, según Freud, puede esperarse que en culturas que han alcanzado el tercer estadio de desarrollo, más restrictivo aún, la nerviosidad y la

neurosis vayan en franco aumento, produciendo padecimiento a un mayor número de personas. Es más, la misma cultura, que a través de sus estrictas prohibiciones morales dificulta - de tan diversos modos - la unión genital entre sexos opuestos, finalmente favorece la expresión de formas perversas de comercio sexual, lo que termina siendo más nocivo tanto para el desarrollo del individuo como para el de la civilización en general. La homosexualidad puede contarse entre aquellas modalidades perversas de satisfacción promovidas por la coacción cultural.

Perversión y neurosis contienen innumerables nexos entre sí: Freud insiste nuevamente al proponer entre ellas una relación de "lo positivo es a lo negativo". El autor concluye:

"Ahora bien, he calificado a las neurosis como el 'negativo' de las perversiones porque en ellas, tras la represión, las mociones perversas se exteriorizan desde lo inconciente animico, y porque contienen, en el estado 'reprimido', las mismas inclinaciones que los perversos positivos."²⁶

Ello quiere decir que, tanto en perversos como en neuróticos, se encuentran idénticas mociones, sólo que en diferente estado: en los primeros, hallamos contenidos perversos concientes que dan lugar a prácticas compulsivas; mientras que en los segundos, dichos contenidos están reprimidos y se manifiestan, a través de complejos rodeos, en los síntomas.

En "Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad" (1908), Freud pone de relieve el papel de las fantasías inconcientes como trasfondo de la sintomatología neurótica - especialmente la que se presenta en la histeria -. Estas formaciones psíquicas corresponden a

²⁶Freud, S. (1908). *La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna*. Obras Completas, AE, Buenos Aires, v. IX, p. 171.

un cumplimiento de deseo insatisfecho; han sido desde siempre inconcientes o alguna vez fueron concientes, pero pronto sufrieron su sofocamiento a causa de la represión. En su proceso de creación, la fantasía se anuda a la satisfacción masturbatoria originariamente autoerótica, que va tomando como eje una representación-deseo asociada al amor de objeto. Luego, el individuo abandona esa forma de placer fantaseado y la fantasía misma es relegada a lo inconciente. A pesar de ello, si la persona no logra consolidar una satisfacción sexual normal o sublimar dicha libido, la fantasía inconciente es reforzada y se expresa finalmente a través de un síntoma; cabe apuntar que sólo una fantasía de carácter inconciente puede tener el poder de impulsar la producción de síntomas.

Precisamente, las fantasías histéricas permiten comprender uno de los nexos más relevantes entre las neurosis y las perversiones; dicha ligazón ya había sido intuita por Freud desde hacia muchos años antes: el contenido de las fantasías histéricas inconcientes se asemeja completamente con las situaciones de satisfacción que los perversos realizan concientemente. Aún más; estos nexos se extienden a las fantasías delirantes de los paranoicos; esas formaciones son de carácter conciente e impulsadas por los elementos sado-masoquistas de la pulsión sexual. Como ya se había recalcado, estas relaciones entre perversión y otros cuadros psicopatológicos no son nuevas para Freud; ya en el año 1901, comenta:

"Las fantasías de los histéricos acerca de unos maltratos sexuales y crueles, que el análisis tiene que hacer concientes, coinciden a veces hasta en los detalles con las quejas de los que padecen de paranoia persecutoria. Y es notable, pero no ininteligible, que idéntico contenido nos salga al paso también como realidad objetiva en las escenificaciones que efectúan los perversos para satisfacer sus concupiscencias."²⁷

²⁷Freud, S. (1901). *Psicopatología de la vida cotidiana*. Obras Completas. AE, Buenos Aires, v. VI, p. 248, n. 20. Esto representa la presencia de una constante que atraviesa diversos cuadros patológicos y que tiene como fundamento las mociones perversas de la infancia temprana y sus metas temporarias.

Y en los "Tres ensayos...", vuelve a recalcar:

"Las fantasías que los perversos tienen con conciencia clara (y que en circunstancias favorables pueden trasponerse en acciones), los temores delirantes de los paranoicos (que ellos proyectan sobre otros con intención hostil) y las fantasías inconcientes de los histéricos (que es posible descubrir tras sus síntomas mediante psicoanálisis) coinciden hasta en los detalles en cuanto a su contenido."²⁸

Freud además descubre que en los síntomas de la histeria, se esconde una significación bisexual, distinguible aquí con singular notoriedad. Ello, a partir del psicoanálisis de pacientes histéricos, en donde observa, a la base de la sintomatología, la presencia no tan sólo de una, sino de dos fantasías sexuales inconcientes; una de índole masculina y la otra femenina, correspondiendo entonces una de ellas, a una moción de tipo homosexual. Por lo tanto, un síntoma histérico no es únicamente resultado del conflicto entre una fuerza libidinal y una represora, sino además puede implicar la conjunción de dos fantasías sexuales contrarias.²⁹ Dicha constelación representa el nivel más elevado de complejidad que puede alcanzar la determinación de un síntoma, lo que ocurre si la neurosis ha permanecido un buen tiempo de manera altamente organizada. Sin embargo, pueden encontrarse casos en que tales mociones sexuales opuestas se manifiesten mediante síntomas diferentes, Distinguiéndose nítidamente entre síntomas provenientes de fantasías homosexuales y heterosexuales.

A partir de las hipótesis freudianas expuestas anteriormente - en relación a la semejanza entre fantasías inconcientes histéricas y las acciones perversas - puede conjeturarse también una notable similitud entre las fantasías histéricas de carácter

²⁸Freud, S. *Tres ensayos de teoría sexual*, op. cit., p. 151, n. 44.

²⁹Estas consideraciones podrían tomarse como verdaderas elaboraciones *a posteriori* de las dificultades encontradas por Freud en el análisis de Dora.

homosexual y las conductas sexuales manifiestas de los invertidos. Dicha semejanza podría tener sus raíces en ciertas *teorías sexuales infantiles*, reprimidas en el primer caso y mantenidas en el segundo. Como se describe en "Sobre las teorías sexuales infantiles" (1908), estas invenciones infantiles son producto de la curiosidad sexual del niño, surgida especialmente a partir del nacimiento de un hermanito. En ese momento, emerge la primera inquietud acerca de los hechos sexuales: "¿De dónde vienen los hijos?". Esta pregunta ve impedida su respuesta, debido a que choca con determinadas creencias erróneas del infante sobre estos asuntos.

Entre estas teorías, la más importante para el entendimiento de la homosexualidad, es aquella según la cual el niño atribuye a todos los seres humanos la posesión de un pene como el que conoce en su propio cuerpo. Durante la infancia, el pene ya constituye la zona erógena central y el más importante objeto del autoerotismo. Cuando el pequeño logra percibir los genitales femeninos, no desecha su antigua teoría, sino que trata de defenderla con variadas argumentaciones. Es en este punto del desarrollo, en el que puede acaecer una fijación a la imagen de la *mujer con pene*, lo que en la adultez hace que el individuo adopte como condición amorosa la presencia del miembro viril en su objeto sexual. Esto lo esfuerza hacia la homosexualidad, buscando - entre varones - características físicas y psíquicas correspondientes a lo femenino: la incesante búsqueda de la mujer con pene fantaseada en la infancia.

Esta reacción refractaria hacia la verdadera anatomía de la mujer, se enlaza íntimamente con el horror. Este sentimiento se origina a partir de la amenaza de castración formulada generalmente por los padres o cuidadores del niño, ante sus prácticas masturbatorias. La consternación que se liga a esta amenaza, se explica por la alta estima

que tiene el niño por su genital y la satisfacción que éste le procura. Llegada la madurez, la visión de la mujer sin el miembro masculino, produce en el homosexual un intenso horror en vez de placer, lo que a todas luces le impide relacionarse íntimamente con ella.

Muchas de estas ideas freudianas acerca de la sexualidad infantil y sus exteriorizaciones - incluyendo varias de sus hipótesis sobre la homosexualidad - pudieron ser ilustradas en su "Análisis de la fobia de un niño de cinco años" (Caso de Hans), publicado en el año 1909. Desde la partida, dicho análisis revela distintas expresiones sexuales en el pequeño, que llamaríamos "perversas", por ejemplo: sus intensos afanes exhibicionistas y voyeuristas, la ganancia de placer a través de la retención y excreción de las heces y la manipulación autoerótica de sus genitales desde la más tierna edad. Todo ello corresponde, precisamente, a lo que Freud había dado en denominar "disposición perversa polimorfa de la infancia"; efectivamente, Hans puede ser descrito como un "pequeño perverso". Esa disposición contiene en sí la potencialidad de que las pulsiones sexuales se dirijan y se ligen a cualquier objeto, a modo de una soldadura. De esta manera, entre las inclinaciones perversas mostradas por el pequeño Hans, se encuentran nítidamente tendencias homosexuales, manifestadas hacia sus compañeritos de juego, a quienes abraza y dice querer sin ningún pudor y - más sutilmente - hacia su padre, como cuando éste le asiste al orinar.

Uno de los puntos más relevantes que Freud analiza en este caso, es el referido al papel que ocupan los padres como objetos de amor más importantes para el desarrollo infantil, en su tránsito desde el autoerotismo hacia el amor de objeto. El autor describe una constelación de afectos e impulsos, muchas veces contradictorios y ambivalentes, hacia ambas figuras parentales; es así como se entraman amor y hostilidad en permanente conflicto psíquico para el niño. Además, se puede observar que aquél se enfrenta dramáticamente a las

primeras barreras que le impone la cultura, de la que sus padres son portavoces. Dentro de estas prohibiciones y mandatos, se halla el indestructible impedimento del incesto. Pareciera ser que todos estos planteamientos perfeccionan ciertas ideas que ya se venían perfilando en Freud desde hacía largo tiempo, en especial, la idea de un "*complejo nuclear*" estructurante de las neurosis, que se ve ilustrado en la saga de Edipo Rey, del que tomará su nombre: *Complejo de Edipo*.

La existencia del complejo de Edipo ya había sido insinuada por Freud en el año 1897, en sus cartas a Fliess. Inicialmente, se le hizo notoria la hostilidad abrigada por los hijos en contra de los padres - deseo de muerte - en especial por aquél del mismo sexo, e incluso llega a vislumbrar su presencia subyacente en una gran variedad de cuadros neuróticos, expresada en sus diversas manifestaciones. Luego, al revelar la dudosa veracidad de las escenas de seducción descubiertas en todos sus pacientes histéricos, Freud se da cuenta de que la fantasía juega un papel fundamental en la contracción de neurosis. Estas fantasías aluden, frecuentemente, a los personajes parentales. Más tarde, concluye que el conjunto de afectos hostiles hacia el padre del mismo sexo, y amorosos hacia el del sexo contrario, poseen un carácter universal, es decir, han estado presentes en la infancia de todo ser humano. Ya en este año, Freud señala:

"Un único pensamiento de valor universal me ha sido dado. También en mí he hallado el enamoramiento de la madre y los celos hacia el padre y ahora lo considero un suceso universal de la niñez temprana, aunque no siempre tan temprana como en los niños hechos histéricos." 30

Es importante destacar que Freud realiza el hallazgo de estos afectos e impulsos infantiles, a través de su autoanálisis. Esta fue una de sus más poderosas herramientas para la

30Freud, S. (1897). *Cartas a Wilhelm Fliess*. AE, Buenos Aires, p. 293.

comprensión de la psicopatología, así como para el desarrollo de su teoría general acerca del funcionamiento psíquico.

Sin embargo, es en "La Interpretación de los Sueños", en donde explicita el rol central de los padres en la vida del niño, y relaciona más claramente esa constelación animica con la tragedia griega de Edipo. En la profunda conmoción y horror que produce este drama en el público, Freud percibe la presencia de intensos afectos infantiles que se hallan reprimidos y que son reavivados por esta saga. En ella, se ven representados deseos primordiales universales y el destino catastrófico que acaece frente a su cumplimiento en la realidad material. Freud expone así su comprensión acerca de estos fenómenos psíquicos:

"Quizás a todos nos estuvo deparado dirigir la primera moción sexual hacia la madre y el primer odio y deseo violento hacia el padre; nuestros sueños nos convencen de ello. El rey Edipo, que dio muerte a su padre Layo y desposó a su madre Yocasta, no es sino el cumplimiento de deseo de nuestra infancia. Pero más afortunados que él, y siempre que no nos hayamos vuelto psiconeuróticos, hemos logrado después desasir de nuestra madre nuestras pulsiones sexuales y olvidar los celos que sentimos por nuestro padre. Retrocedemos espantados frente a la persona en quien ese deseo primordial de la infancia se cumplió, y lo hacemos con todo el monto de represión que esos deseos sufrieron desde entonces en nuestra interioridad. Al paso que el poeta en aquella investigación va trayendo a la luz la culpa de Edipo, nos va forzando a conocer nuestra propia interioridad, donde aquellos impulsos, aunque sofocados, siguen existiendo."³¹

Cabe hacer notar que en esta re-descripción de la vivencia infantil del Edipo, las palabras de Freud dejan ver más dramáticamente la enorme intensidad de estos deseos primitivos, así como las poderosas consecuencias de la culpa ante la consumación - real o fantaseada - de aquellos deseos. Es justamente esa culpa la que conlleva al autocastigo, que

³¹Freud, S. (1900 [1899]). *La interpretación de los sueños*, op. cit., v. IV, p. 271.

en Edipo se simboliza mediante la provocación de la propia ceguera y en las neurosis, bien podría hallarse representado en los síntomas.

Todos estos planteamientos se amplían y complementan con el concepto de *Complejo de Castración*, sugerido brevemente en "La Interpretación de los Sueños", explicitado en "Sobre las teorías sexuales infantiles" e ilustrado de manera brillante en el "Caso del pequeño Hans". Con este término, el autor denota todo el conjunto de afectos, angustias y excitaciones que se producen en el niño a raíz de una amenaza - ya sea real o fantaseada - de daño o pérdida del pene, zona altamente valorada por él como fuente de satisfacción autoerótica.

La travesía por estos tormentosos complejos de la niñez, puede desembocar en diferentes resultados, desde la normalidad hasta la perversión, pasando por la neurosis. En ciertos aspectos, el desarrollo psicosexual de Hans muestra características similares a las que podrían hipotetizarse en la evolución de la homosexualidad masculina: existe similar prevalencia de la zona genital, específicamente, del pene. Sin embargo, en el caso de los que devendrán homosexuales, la elevada estima del miembro viril se mantiene y desempeña un papel central en su futuro; la presencia del pene se vuelve indispensable como condición para la elección del objeto sexual y no resignan su teoría infantil que sostiene la posesión de pene por parte de la madre. Cuando finalmente, luego de un tiempo de conflicto interno, logran convencerse de la realidad de la percepción de los genitales femeninos, la mujer queda invalidada como posible objeto sexual porque, según Freud:

"Los homosexuales son, entonces, personas a quienes el significado erótico de su genital propio les ha impedido renunciar en su objeto sexual a esta semejanza con la persona propia. En el desarrollo desde el autocrotismo al amor de objeto han permanecido fijados en un lugar más próximo al primero."³²

Así, Freud va completando lo que más tarde se estructurará en sus tesis acerca del narcisismo y las profundas implicancias de aquél en la génesis de la homosexualidad masculina, dejando en claro que lo distintivo de la homosexualidad no es una peculiar naturaleza de la pulsión, sino *el lugar de fijación al que se ha mudado la elección de objeto.*

A modo de síntesis, cabe señalar que la exploración de las ideas freudianas en torno a la homosexualidad masculina, a través de estos primeros trece años de labor teórica, muestra una evolución progresiva: al principio de su trabajo, la homosexualidad casi no aparece entre sus intereses como un tema especial; a lo más, pueden aplicársele - de manera implícita - sus hipótesis acerca de las perversiones y de la bisexualidad originaria. Respecto de estos asuntos, muestran claramente los rasgos iniciales de toda investigación científica: sus planteamientos aparecen dispersos y fragmentados, aunque varios de ellos en forma germinal, es decir, en un estado de potencial desarrollo ulterior. Sin embargo, gradualmente va abordando el tema de la homosexualidad, al descubrir su importancia en diferentes manifestaciones psíquicas y psicopatológicas: en el sueño, en los actos fallidos, en la conducta explícita y específicamente en los síntomas neuróticos. A medida que devela las profundidades de la psique humana, halla esta corriente como componente fundamental del desarrollo.

³²Freud, S. (1909). *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*. Obras Completas, AE, Buenos Aires, v. X, p. 90.

Durante esta época, Freud atribuye las perversiones en general, y entre ellas la homosexualidad masculina, a una falla en el proceso represivo, el que no ocurre o acaece incompletamente. Dicha falla está asociada a una intensa fijación en modos de satisfacción sexual y/u objetos provenientes de la infancia, lo que involucra la no-renuncia del individuo a una ganancia de placer infantil y, por ende, perverso. Esto se manifiesta mediante la práctica sexual compulsiva ligada a metas u objetos llamados anormales. Ello a la vez asemeja y diferencia a las perversiones de las neurosis; en base a la sexualidad infantil, ambas psicopatologías comparten similares contenidos, pero aquéllos se presentan en estados diversos: en las perversiones, de manera consciente (a través de conductas, escenificaciones y designios de la fantasía) y en las neurosis, inconcientemente (mediante fantasías inconcientes y síntomas).

Paulatinamente, al profundizar en su teoría, Freud encuentra cada vez nuevas y mayores complejidades en torno a la homosexualidad masculina, en especial al internarse en las teorías sexuales infantiles. Revela el gran valor que reviste para el niño el propio miembro masculino y las diversas consecuencias que tiene la angustia de castración, relacionada a amenazas externas y al descubrimiento de la ausencia de pene en la mujer; entre dichas consecuencias puede contarse la homosexualidad. De esta manera, Freud bosqueja lo que más adelante conceptualizará como narcisismo y complejo de castración, el que tomará fuerza dentro de sus posteriores teorías sobre la homosexualidad. Además, se hace patente la enorme relevancia de los padres como objetos primarios de amor y hostilidad para el niño. Hipotetiza la existencia de un complejo nuclear del desarrollo, al que dará el nombre de Complejo de Edipo, lugar decisivo para la génesis de la homosexualidad, derivada de múltiples fijaciones y regresiones. Estos últimos hallazgos permiten abrir nuevos horizontes a la indagación psicoanalítica del tema.

IV. 2. 2. Años 1910 - 1919. Narcisismo y angustia de castración: vislumbre de nuevas complejidades.

"La imagen de esta madre fálica lo acompañará en adelante sin tregua, cada vez que ejercite una estrategia del deseo hacia las mujeres; mujeres a las cuales ya no renunciará, aunque tenga algunas veces que encontrarlas a despecho de la oposición general, en la persona de otros hombres."¹

Muchos de los conceptos delineados por Freud en los años anteriores, comenzarán - en esta nueva etapa - a mostrar sus relaciones dinámicas; es más, aparecen nuevos elementos que complejizan la comprensión analítica de la homosexualidad masculina. En este período, el autor empieza a adentrarse más específicamente en el tema, que inicialmente aparecía inscrito dentro de las perversiones; ello, preferentemente a través del análisis de algunos casos clínicos. De esta manera, se va configurando una teoría freudiana acerca de la homosexualidad, abriéndose ésta un espacio propio dentro del conjunto de las perversiones sexuales.

Durante este período, es posible distinguir que muchas de las reflexiones de Freud en torno a la homosexualidad masculina, parecieran buscar respuestas a preguntas tales como: ¿cuál o cuáles son los mecanismos psíquicos involucrados en la elección de objeto homosexual? y ¿cómo se originan?. En la época de los "Tres ensayos...", Freud aún no tenía una respuesta definida para estas interrogantes, limitándose más bien a describir ciertas características de la inversión; sin embargo, hacia 1910 - período en que realiza importantes

¹Dor, J. *Estructura y perversiones*. Editorial Gedisa, Buenos Aires, p. 105.

agregados a esa obra y también da forma a su trabajo sobre Leonardo da Vinci - empieza a desarrollar más cabalmente algunas respuestas para dichas inquietudes.

En efecto, estos empeños se hacen más visibles en el año 1910, al intentar iluminar la vida y obra de uno de los más grandes artistas en la historia de la Humanidad: Leonardo da Vinci. Este análisis, además, entrega nuevos aportes teóricos. Una de las motivaciones fundamentales de Freud para llevar a cabo este estudio biográfico, radica en la posibilidad de examinar los dinamismos psíquicos del ser humano que está detrás del genio; busca descubrir las mociones pulsionales más primigenias, sus desarrollos y vicisitudes, así como su influencia sobre el quehacer artístico e investigativo de este gran creador.

La biografía de Leonardo llama la atención de Freud por un dato interesante: el progresivo ahogamiento de su parte artística en pro de su afán insaciable de investigación científica, asociado a una intensa restricción de su vida afectiva personal. Este sofocamiento se refleja en un creciente desgano frente a sus obras de arte, las que habitualmente declaraba inconclusas y entonces abandonaba. Esta parálisis de la creación artística puede ser considerada como una forma especial de inhibición; frente a este curioso fenómeno, Freud siente inquietud y se pregunta los motivos que lo impulsan. Descubre que la labor investigadora estaba en un principio, unida al arte, y que sólo después de un tiempo, se disocia de éste, haciéndose independiente e incluso perjudicándolo.

En vista de lo anterior, Freud postula que, en la raíz de todo carácter en que se manifiesta una pulsión hiperintensa - como es el caso de Leonardo da Vinci y su pulsión de saber - puede hipotetizarse una singular disposición, ya expresada en la infancia y reforzada tanto por factores propios de la constitución (por ejemplo, la concurrencia de otras fuerzas

pulsionales, de carácter sexual) como por factores externos (unas vivencias infantiles). De este modo, la moción pulsional de saber, tan intensa en Leonardo, llega a suplantar cierto sector de la vida sexual madura; se concluye que la pulsión que impulsa la investigación científica, tan imperativa en este personaje, es reforzada desde lo sexual infantil y, a su vez, lo expresa. Desde esta concepción, Leonardo ilustra, en su forma más elevada, el mecanismo de la *sublimación*: la pulsión sexual ha cambiado su meta inmediata y específica, de naturaleza sexual, por otras no sexuales, socialmente más apreciadas pero íntimamente relacionadas con aquellas metas eróticas primitivas.

Para entender este proceso, Freud se remite a los orígenes de la pulsión de saber, que se hallan en la incesante investigación infantil, típica de los niños pequeños y claramente ligada en sus inicios a intereses sexuales. Como ya se ha dicho anteriormente, el niño quisiera encontrar respuesta a una gran inquietud: ¿de dónde vienen los hijos?. Dentro de esa infatigable búsqueda, crea sus propias respuestas a través de las llamadas teorías sexuales infantiles, que son reflejo del particular estadio del desarrollo en el que se halla. Precisamente, debido a dicho estadio, aún inmaduro, y a ciertas coerciones externas, esta investigación siempre resulta frustrada y, por lo tanto, cae bajo una potente oleada represiva. Desde allí, tres son los destinos posibles para la pulsión de saber: la inhibición neurótica, el cavilar obsesivo o, como en da Vinci, la sublimación. En este último caso, lo sexual ha sido sofocado, pero una pulsión parcial se sustrae de la represión, acrecentando la pulsión de investigar ahora al servicio de los quehaceres intelectuales. En Leonardo, poco a poco la sublimación más primitiva, relacionada a la investigación sexual infantil, sofoca a la segunda, referida al arte y más elaborada. Mediante un proceso regresivo, el investigador ha devorado al artista.

Esta misma afanosa tarea investigativa, tan importante en la vida de Leonardo, sustituye y restringe la actividad sexual; sin embargo, este proceso no es completo: Freud conjetura que *una porción de libido no sublimada se manifiesta directamente como homosexualidad ideal*, revelada en las estrechas relaciones que establece con sus discípulos.

Aquí es necesario destacar que uno de los intereses de investigación más notables en Leonardo se relacionaba con el vuelo de los pájaros. Freud descubre, en algunos relatos del propio artista, un recuerdo de la primera infancia:

"Parece que ya de antes me estaba destinado ocuparme tanto del buitre, pues me acude, como un tempranísimo recuerdo, que estando yo todavía en la cuna un buitre descendió sobre mí, me abrió la boca con su cola y golpeó muchas veces con esa cola suya contra mis labios".²

Freud considera que este relato es demasiado inverosímil para ser considerado como la narración de un hecho real; por ende, deduce que es una fantasía, formada más tardíamente y transportada luego a la infancia. Al analizar esta producción psíquica, tan semejante al sueño, el autor espera encontrar importantes datos del desarrollo afectivo de Leonardo. De esta manera, se empeña en develar su profunda e innegable connotación erótica: la fantasía parece figurar - por su llamativa semejanza - aquel acto sexual pasivo, en que el miembro viril penetra la cavidad bucal del individuo. Según el autor, esta misma fantasía se encuentra frecuentemente en pacientes histéricas y homosexuales pasivos; el origen de esta construcción puede hallarse en la reminiscencia de aquella situación primitiva,

²Freud, S. (1910). *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*. Obras Completas. AE. Buenos Aires, v. XI, p. 77. Cabe señalar que, según J. Strachey (uno de los traductores al inglés de la obra freudiana), la traducción que Freud utilizó del relato de Leonardo, contenía dos errores relevantes. Uno de ellos hace referencia al nombre del ave, que Freud creyó correspondiente a un "buitre", pero que en realidad debió traducirse como "milano". Por otra parte, no debió traducirse "contra mis labios", sino "dentro de los labios", cosa que el mismo Freud corrige. Sin embargo, estos inconvenientes no alteran mayormente la validez de los hallazgos teóricos de Freud.

ideal, de ser amamantado por la madre. Con el desarrollo, el niño infiere cierta analogía entre el pecho materno y el pene; por ejemplo, al observar la teta de la vaca, percibe su función como similar a la del pecho, pero advierte también que su ubicación y forma son muy parecidas a la del miembro masculino. En Leonardo, esta escena del amamantamiento ha sido condensada con la figuración infantil del pene, en una fantasía de carácter homosexual pasivo.

En virtud de lo anteriormente expuesto, para Freud se hace indispensable comprender por qué esa fantasía, relativa originariamente a la madre, se mezcla con una figuración homosexual. Aquí, retoma sus planteamientos en torno a las teorías sexuales infantiles; recordemos que, dentro del desarrollo psicosexual del niño, existe un momento en el que cree que todo ser vivo, y entre ellos la mujer, posee un pene similar al suyo. Ni siquiera las primeras percepciones en contra, obtenidas desde su quehacer investigativo, le hacen desistir de esta creencia y no puede resignar la idea de que otros humanos no tengan ese miembro tan valioso para él. Incluso, cuando llega a observar los genitales de las niñas, considera que ellas tienen un pene pequeño que crecerá con el tiempo. Después, a partir de la amenaza de castración - real o imaginada - que él mismo ya ha vivenciado, y que antes le había sido indiferente, llega a suponer que las niñas también han tenido pene, pero que en virtud de un castigo les ha sido mutilado; en su lugar, ha quedado una *herida*. Desde allí, temerá por su propia masculinidad y a la vez sentirá horror y aborrecerá a la mujer, lo que puede determinar una homosexualidad futura, condicionada por el complejo de castración.

La fantasía antes expuesta muestra un nexo causal entre el vínculo infantil de Leonardo con su madre y su ulterior homosexualidad ideal. Efectivamente, a partir de múltiples observaciones analíticas, este estudioso ha apreciado que, en la biografía de los

invertidos, puede encontrarse un período muy precoz y breve - pero intensísimo - de fijación erótica a la figura femenina (principalmente representada por la madre) e incitada por la excesiva ternura de aquélla, así como por la postergación del padre. Cabe destacar que la imagen materna a la que se dirige esta fijación libidinal, posee - en el psiquismo infantil - ciertas características masculinas; es, por así decirlo, una madre fálica³ (figurada en la fantasía mediante el buitre). La superación de esa fase, acaecida mediante la *represión* del amor por la madre, se cristalizaría en una *identificación* con ella y el tomarse a sí mismo como modelo que determina la elección de sus objetos sexuales. De esta manera, *regresa* hacia el autoerotismo y realiza dicha elección desde su propio *narcisismo*: Freud llama a este proceso *elección narcisista de objeto*.⁴ Los hombres jóvenes de quienes se enamora, no son más que reflejos de su propia imagen infantil y los ama como la madre lo amó en la infancia.⁵

³Además, Freud alude a investigaciones en homosexuales, donde la madre, la mayoría de las veces, posee algunos rasgos de carácter fuerte, relegando a un segundo plano la posición del padre. Pareciera ser que la presencia de un padre fuerte asegurara de algún modo la futura elección heterosexual de objeto en el niño.

⁴Freud toma este nombre de la mitología griega. Esta relata que Narciso, hijo del río Cefiso y de la ninfa Liriope, al visualizar su reflejo en una fuente de agua, se enamora de él; en su intento de atraparlo, cae al fondo y pierde la vida. Se cuenta que los dioses lo transformaron en una hermosa flor que lleva su nombre. Cabe mencionar que en este texto Freud aún no distingue claramente entre los conceptos de autoerotismo y narcisismo; ello ocurriría sólo un año después, en el análisis del caso Schreber (*infra*, p. 99).

⁵Es importante destacar la contradicción existente entre esta idea y otra expuesta en una nota agregada en 1910 a los "Tres ensayos...". En esta última, Freud señala que: "(...) las personas después invertidas atravesaron en los primeros años de su infancia una fase muy intensa, pero también muy breve, de fijación a la mujer (casi siempre a la madre), tras cuya superación se identificaron con la mujer y se tomaron a sí mismos como objeto sexual, vale decir, a partir del narcisismo, buscaron hombres jóvenes, y parecidos a su propia persona, que debían amarlos como la madre los había amado." (la cursiva es de las autoras). La contradicción pareciera radicar en la oposición entre actividad-pasividad: en Leonardo da Vinci, el invertido "ama a otros, semejantes a sí mismo, como la madre lo amó" (posición activa); en Tres ensayos: "busca ser amado por otros, como la madre lo amó" (posición pasiva). Es posible que este contrasentido exprese la existencia de una oposición activo-pasivo esencial en el sujeto homosexual, que podría hallar su origen en una fijación sádico-anal. Sin embargo, esta interesante contradicción deja abierta la posibilidad de re-pensar acerca del mecanismo psíquico implicado en la génesis de la homosexualidad.

Al indagar en la historia vital de estos pacientes, Freud descubre que, en cada elección de objeto, repiten incesantemente aquél dispositivo; muchos homosexuales sienten cierta atracción hacia la mujer, pues en lo inconciente se han mantenido fijados a la imagen mnémica de la madre. Sin embargo, es necesario recordar que dicha imagen pertenece a una teoría sexual infantil primitiva, es decir, a una mujer fálica, por lo que no han logrado resignar, en sus objetos sexuales, la presencia del pene. En virtud de su narcisismo, cuando se interesan por una mujer, desplazan ese monto de excitación hacia un hombre, manteniéndose inconcientemente fieles a la madre: esa compulsión anhelante hacia el hombre, que se evidencia en los invertidos, *parece estar determinada por una persistente huida de la mujer.*

A partir de estas disquisiciones, puede entenderse que:

"...la vida amorosa de Leonardo efectivamente pertenece al tipo de homosexualidad cuyo desarrollo psíquico hemos podido poner en descubierto, y la emergencia de la situación homosexual en su fantasía sobre el buitre se nos volvería comprensible, pues ella no enunciaba otra cosa sino lo que desde antes hemos afirmado acerca de ese tipo. Requeriría esta traducción: 'Por obra de ese vínculo erótico con la madre he devenido un homosexual!'"⁶

En muchos de sus aspectos psicológicos, Leonardo calza con estas hipótesis acerca de la homosexualidad masculina; puede contarse entre sus rasgos, su actitud protectora y bondadosa para con sus seguidores, que generalmente eran muchachos muy hermosos. Los cuidaba y atendía tal como una madre a sus hijos. Por otro lado, y aunque Freud no lo menciona, llama la atención el que finalmente entregara a sus mecenas las obras artísticas que realizaba, muchas de ellas sin terminar. Esto puede asimilarse a la acción de su propia

⁶Freud, S. *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*, op. cit., p. 99.

madre: dejar a su hijo aún inmaduro en manos del padre. De esta manera, tal actitud puede comprenderse a partir de la identificación con la madre. Sin embargo, estas mismas características de su forma de crear muestran - como contraparte - la identificación con el padre, de quien era hijo ilegítimo e inicialmente relegado; esto constituye un interesante ejemplo de sobredeterminación psíquica. Queda ilustrado entonces el hecho de que la vida anímica de Leonardo y su quehacer artístico estaban intensamente determinados por sus vínculos parentales tempranos: el mismo Freud reconoce - en la cuarta de sus conferencias publicadas en 1910 - que en el desarrollo normal la libido no debe mantenerse fijada pertinazmente a aquéllos objetos primarios, sino adoptarlos sólo como prototipos para la elección de objeto definitiva, tendiendo hacia personas externas y desligándose respecto de los padres.

Freud aclara que estos mecanismos psíquicos descritos permiten vislumbrar que la homosexualidad no es sólo un comportamiento objetivo sino una *actitud del sentimiento*; es esta última la que confiere a una persona la singularidad de ser invertido. Además, es probable que estos planteamientos correspondan tan sólo a un tipo de inversión - de carácter pasivo - y que en ésta concurren muchos factores constitucionales todavía poco conocidos.

Como puede apreciarse, en este texto Freud articula muchos de los elementos relacionados con la homosexualidad, ya mencionados en "Las teorías sexuales infantiles", integrándolos en un proceso complejo; dentro de éste, descubre nuevos aspectos - identificación, elección narcisista de objeto - que permiten comprender más cabalmente la dinámica homosexual: la teoría se pone en movimiento. Al exponer dicha dinámica, aclara que en la homosexualidad, cabe la posibilidad de que la represión acontezca, sofocando

principalmente el sentimiento sensual por la madre.⁷ Ello marca una fundamental diferencia con la primera etapa de su obra, en donde sostenía la posibilidad de que no existiera represión alguna en las perversiones y por lo tanto, en la homosexualidad; sin embargo, los motivos que impulsan dicha represión aún no son claros para Freud. Sólo más adelante, el autor relacionará el acaecimiento del proceso defensivo con la angustia de castración, que jugará un rol fundamental en la génesis de la inversión masculina.

Profundamente relacionado con lo anterior, en el año 1911, Freud publica su análisis del libro autobiográfico de Daniel Paul Schreber, destacado jurista alemán afectado por sucesivos brotes de demencia paranoide. Junto al análisis de Leonardo, esta obra puede contarse entre las más fructíferas para la conceptualización de la homosexualidad. En la exploración del caso Schreber, el investigador descubre la presencia de fantasías de deseo homosexual pasivas a la base del delirio paranoide y su íntimo nexos con el narcisismo. De este modo, Freud observa que en el mecanismo de la paranoia concurren mociones homosexuales manifestadas de manera distinta a la examinada en Leonardo da Vinci, pero manteniéndose algunos elementos centrales que permiten ir comprendiendo la génesis y articulación de la dinámica homosexual.

Schreber enferma por primera vez a los cuarenta y dos años, recuperándose un año más tarde. Sin embargo, a los cincuenta y un años de edad, sufre una grave recaída de la que ya no se repondría totalmente. Durante esos años, y a pesar de su afección, publica sus memorias y es capaz de defender sus derechos de ciudadano, al solicitar ser dado de alta. En

⁷Sin embargo, recordemos que el concepto de represión usado aquí por Freud, todavía se encuentra indiferenciado del de defensa, por lo que tal vez lo que el autor señala en el texto se refiere más bien a una forma de defensa psíquica no especificada aún, entendiendo la defensa como una gran variedad de técnicas a través de las que el yo enfrenta los conflictos. (La distinción entre represión y defensa acontece, en la teoría freudiana, en el año 1926, con la publicación de *Inhibición, síntoma y angustia*).

los informes médicos, se consigna que el delirio de este paciente se hallaba más bien encapsulado, pudiendo desenvolverse relativamente bien en la vida social.

Tiempo antes de recaer, Schreber señala haber tenido sueños muy perturbadores en relación a volver a enfermar. Junto a ello, recuerda haber vivenciado, entre sueño y realidad: "la representación de lo hermosísimo que es sin duda ser una mujer sometida al acoplamiento".⁸ Según Freud, esta representación habría sido tajantemente rechazada si hubiese ocurrido en estado conciente; no obstante, como veremos, constituiría parte de una fantasía homosexual inconciente que impulsa el ocasionamiento y el desarrollo de la posterior enfermedad.

El delirio de este enfermo gira en torno a dos ejes principales: su rol de redentor universal y su transformación en mujer, ambos íntimamente ligados entre sí. Schreber sostiene que él es el elegido de Dios para devolver al mundo la bienaventuranza perdida, para lo cual es indispensable su mudanza en mujer, es decir, la emasculación (equivalente a la extirpación del aparato genital masculino). Esta transformación no obedecería a la voluntad del paciente, sino al designio divino; en efecto, se sentía ocupando un papel femenino frente a Dios, tal como una virgen que recibe al Espíritu Santo en su cuerpo. Incluso llega a describir sensaciones corporales voluptuosas de carácter femenino y aun el milagro divino de la fecundación. Todos estos elementos forman parte de un delirio de grandeza de índole religiosa.

⁸Freud, S. (1911 [1910]). *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*. Obras Completas. AE. Buenos Aires, v. XII, p. 14.

Freud descubre que la idea de la *mudanza en mujer* fue en realidad el delirio primario, sentido inicialmente por el paciente como una amenaza; por lo tanto, a partir de un delirio de persecución sexual emerge posteriormente el delirio religioso. Este último modifica la significancia del primero, haciéndola más aceptable para el individuo. En el delirio original, Schreber teme un complot en su contra, el que consistiría en su transformación en mujer y el sometimiento al abuso sexual de un hombre. Este hombre, según Freud, estaría representado por el doctor Flechsig, que trató al paciente durante su primera enfermedad y que le ayudó a recuperarse. Aquí podemos observar que, para Freud, los sueños previos a la segunda enfermedad, ya señalados anteriormente, revelan un cumplimiento de deseo: la añoranza del paciente por el médico que lo había sanado. Se liga a ellos, la fantasía homosexual pasiva en duermevela, que deja ver la investidura erótica que el enfermo depositó en Flechsig; el papel central que ocupaba este médico en el delirio primario, fue luego desplazado hacia Dios en el delirio ulterior.

En este punto, Freud se pregunta el porqué del traslado de Flechsig a Dios como personaje central en la evolución del delirio; hipotetiza que ambas representaciones forman parte de una misma serie psíquica; serían, en cierta medida, el retorno de personas sustantivas de la infancia. Entonces, el origen de la fantasía homosexual se encuentra probablemente en la nostalgia amorosa por figuras masculinas importantes en la niñez del paciente (en este caso, el padre y el hermano). Este proceso de transporte de libido desde un objeto de amor infantil hacia un objeto sustituto es explicado por Freud mediante el concepto de transferencia, proceso por el cual una investidura afectiva es trasladada desde la representación de una persona fundamental en la infancia, hacia otra actual - por ejemplo, el médico - que subroga a la original. Por ende, Freud descubre que en los cimientos del delirio, se encuentran sentimientos y representaciones infantiles muy arcaicas.

Cabe una nueva pregunta: ¿cómo aquellos sentimientos inicialmente amorosos y vivenciados internamente, son posteriormente sentidos como hostiles y ajenos?. Freud comunica que el proceso de la formación de síntoma en la paranoia puede comprenderse a la luz del mecanismo de la *proyección*, concepto que sufre modificaciones a lo largo del análisis de Schreber. Inicialmente, Freud lo concibe como un proceso psíquico mediante el cual una percepción interna inconciliable para el yo es sofocada y, como derivado de dicha percepción, aparecen en la conciencia fragmentos desfigurados de su contenido, pero ahora como una percepción externa. Sin embargo, posteriormente Freud expone la siguiente reflexión en torno a la proyección:

"No era correcto decir que la sensación interiormente sofocada es proyectada hacia afuera; más bien inteligimos que lo cancelado adentro retorna desde afuera."⁹

En esta nueva descripción del mecanismo proyectivo, se puede apreciar un cambio fundamental, pues aquello que en la concepción anterior se creía "sofocado", ahora se revela como "cancelado", es decir, aquello que debiera percibirse internamente como sentimiento, deja de existir y ahora se impone al sujeto como realidad externa. En virtud de ello, cambia tanto la intencionalidad del sentimiento - desde lo propio hacia lo ajeno - como el tono del afecto - amor en odio -. De esta manera, lo que antes en Schreber era amor al médico, se convierte en odio y persecución por parte de éste: el otrora amado deviene temido perseguidor y la fantasía de deseo homosexual se trasmuda en delirio de persecución. Se hace necesario recalcar la ambigüedad del uso del término "proyección", pues queda en la nebulosa el primer paso del proceso, es decir, si aquel sentimiento inconciliable para el yo es "sofocado" o "cancelado". Cabe considerar la posibilidad de que Freud denote con el mismo término dos procesos diversos: según su primera acepción, lo "sofocado" es proyectado

⁹Freud, S., *ibid*, p. 66.

hacia afuera y podría estar más relacionado con la neurosis; según la segunda, lo "cancelado" es impuesto desde afuera y se hallaría ligado a la psicosis. No obstante, el problema de la proyección no queda resuelto en este análisis de caso ni volverá a ser retomado a nivel teórico por Freud.

En cuanto a la modalidad de la represión en la paranoia, aquélla se entrama más profundamente que la formación de síntoma con el desarrollo libidinal del sujeto. Según Freud, este proceso tendría tres etapas sucesivas de desarrollo:

Fijación: ocurrida cuando una pulsión parcial infantil se ve inhibida en su desarrollo, de manera que el cauce libidinal correspondiente se conserva dentro del sistema inconciente. De esta forma, la fijación se vuelve una posible precondition para la enfermedad.

Represión propiamente tal: surgida del yo más desarrollado, cuando éste entra en conflicto ya sea con retoños provenientes de aquellas pulsiones retardadas en su evolución o bien con aspiraciones enojosas que se relacionan de algún modo con dichas pulsiones infantiles. Así, el proceso represivo se ve reforzado desde dos frentes: el rechazo por parte de los sistemas concientes y la atracción de los inconcientes.

Fracaso de la represión: acaecido cuando desde lo inconciente, irrumpe - desde el lugar de la fijación - aquello reprimido. Ello constituye una regresión del desarrollo hasta estadios infantiles.¹⁰

¹⁰Cabe recordar que ya en *La interpretación de los sueños*, Freud destaca el papel de la regresión en el funcionamiento psíquico del ser humano. En 1914, el autor agrega a esta obra una llamativa distinción entre tres modalidades de regresión:

- Una regresión tópica, fundamental en el proceso de formación del sueño, y que consiste - en lo esencial - en el reflujo de la excitación hacia el sistema perceptivo, lo que imprime al sueño un carácter

Como ya se ha señalado, para comprender este proceso, es necesario remitirse al desarrollo de la libido: en éste, el bebé se esfuerza por reunir las pulsiones autoeróticas y dirigir las hacia un objeto, que inicialmente es el cuerpo propio, avanzando desde el autoerotismo hasta el narcisismo. Sólo a partir de este logro, puede continuar hacia la elección de un objeto externo. Ciertos individuos pueden demorarse en progresar desde el narcisismo hasta el amor de objeto, dando lugar a una fijación duradera. Derivado de este amor hacia sí mismo, el niño aspira a encontrar en el objeto ajeno sus mismas características, incluyendo fundamentalmente los genitales. Por consiguiente, *el paso por la homosexualidad es indispensable para acceder a la heterosexualidad*. En el desarrollo normal, las mociones homosexuales no son destruidas, sino meramente distanciadas de su meta sexual y aplicadas a otras diversas, pasando especialmente a formar parte de pulsiones sociales: compañerismo, amistad y el sentimiento de amor a la humanidad. En la paranoia, estas sublimaciones de la homosexualidad pueden desintegrarse debido a una frustración heterosexual y posterior embestida de libido homosexual no tramitable por los canales normales de satisfacción. Ello conlleva a que ese exceso libidinal regrese a antiguas vías dadas por la fijación sexual infantil.¹¹ En el caso Schreber, efectivamente aparece una frustración vital que marca el comienzo de sus alteraciones psicopatológicas: la imposibilidad de su mujer para darle hijos. Dicha insatisfacción con la mujer hace reavivar el sentir homosexual, en virtud de una fijación ligada al padre.

regrediente y alucinatorio.

- Una regresión temporal, que se refiere a un regreso hacia conformaciones psíquicas arcaicas (pareciera ser que es a este tipo de regresión al que se refiere Freud, al describir los procesos de formación de neurosis y perversión); y
- Una regresión formal, que se evidencia en el reemplazo de formas de figuración y manifestación habituales por otras mucho más primitivas.

Estas diferenciaciones son más bien didácticas, pues Freud asegura que, en el fondo, todas estas expresiones de la regresión se funden en una: lo más antiguo temporalmente, es también lo más arcaico y lo más cercano al sistema perceptivo dentro de la tópica psíquica.

¹¹Freud sostiene que, en general, toda persona fluctúa entre una orientación homosexual y una heterosexual; una desilusión referida a alguna de aquéllas, determina la dirección hacia la otra.

Frente a esa oleada de libido homosexual, la represión opera inicialmente como un desasimiento de aquella libido dirigida al médico Fleschsig y, más tarde, de todo cuanto amaba. Todo este monto libidinal flotante debe hallar un destino; así, es vuelto hacia sí mismo, obedeciendo a una fijación más primitiva aún en el narcisismo. Dicho proceso es el que en definitiva impulsa la formación del delirio de grandeza. Por lo tanto, en Schreber encontramos una fijación en el narcisismo y una regresión desde la homosexualidad sublimada hacia dicho estadio, en virtud del proceso defensivo. Después de la drástica represión, el delirio de grandeza puede comprenderse como un intento de restablecimiento de los nexos con la realidad y consigo mismo, aunque ahora a la luz del narcisismo y bajo el mecanismo de la proyección. En conclusión, para Freud lo característico en la paranoia es tanto el mecanismo de formación de síntoma como el drástico proceso defensivo acaecido.

Según Freud, las puntualizaciones teóricas que pudo realizar en el análisis de este caso, no sólo son aplicables a éste, sino a la paranoia en general. Encontramos así una nueva forma de manifestación de *lo homosexual* en el ser humano: aquello que encontramos sublimado en Leonardo da Vinci (a través del arte y la ciencia), lo hallamos fragmentado en el delirio de Schreber, como huellas de sublimaciones pasadas.

Como vemos, el autor sigue agregando nuevos aportes a la comprensión del fenómeno homosexual; desarrolla más profundamente el concepto de narcisismo y su papel en las fijaciones y regresiones del desarrollo, aborda con mayor especificidad las funciones y dinamismos del yo y esclarece aún más el proceso represivo. Además, en este caso queda de manifiesto la importancia del *complejo paterno*, a diferencia de lo ocurrido en Leonardo da Vinci, en quien se destacaba la intensa ligazón infantil con la madre. De esta manera, Freud profundiza aún más en la temática homosexual, descubriendo la relevancia del conflicto

infantil con el padre amado, propio del complejo de Edipo; el conflicto con Dios, reflejado en el delirio, remitiría a vivencias infantiles en las que el padre aparece como el principal obstáculo para la satisfacción autoerótica infantil, debido a la amenaza de castración. Como puede apreciarse, es la castración la que provee de material para la formación de la fantasía de mudanza en mujer, mudanza que primero es resistida por el paciente y posteriormente es aceptada por éste gracias al delirio religioso: ahora es el propio Dios (padre) el que exige la conversión en mujer y el cultivo permanente de la voluptuosidad.

Ciertos aspectos del caso Schreber, menos comprensibles por sí mismos, pueden iluminarse gracias a algunos alcances teóricos propuestos en "La predisposición a la neurosis obsesiva" (1913), relacionados con el erotismo anal. En este caso, dentro del delirio, el paciente relata vivencias muy particulares en torno al acto de defecar; señala que todo lo que rodea a dicho acto tiene un carácter divino y describe claramente las sensaciones voluptuosas que consigue a través de la evacuación. Este quehacer, considerado como parte del autoerotismo infantil, es ahora incluido por Freud en la organización pregenital sádico-anal. Esta fase del desarrollo se caracteriza principalmente por la oposición entre la actividad y la pasividad: la primera de ellas se encuentra al servicio de la pulsión sexual de apoderamiento o sádica; la segunda, se halla estimulada por el erotismo anal. Hasta cierto punto, la zona erógena anal que comanda este erotismo, puede hipotetizarse en Schreber como un lugar de fijación; ello permite comprender tanto la sensualidad obtenida en el defecar, como - a un nivel más profundo - la fantasía homosexual pasiva que desencadena el delirio persecutorio. De hecho, Freud indica que un marcado erotismo anal puede actuar como una predisposición a la homosexualidad en el varón.¹²

¹²Estos esclarecimientos en torno al erotismo anal, también permiten comprender ciertos aspectos del psiquismo de Leonardo da Vinci: pareciera ser que su infatigable pulsión de saber es una porción sublimada e intelectualizada del sadismo infantil - pulsión de apoderamiento -. Ello se relaciona con algunos rasgos de

El caso Schreber, entre otros casos de paranoia, plantea a Freud la necesidad de definir y diferenciar algunos conceptos, aunque ya los venía esbozando desde hacía tiempo. De esta forma, en 1914, aparece su artículo "Introducción del narcisismo", que ya contiene algunas reflexiones metapsicológicas surgidas del análisis de las parafrenias (paranoia y *dementia praecox*). A partir de estos casos, Freud hipotetiza la existencia de un estadio del desarrollo al que prefiere denominar *narcisismo*, ubicado entre el autoerotismo y el amor de objeto; a medida que el yo emerge y se desarrolla, las pulsiones autoeróticas buscan necesariamente su satisfacción en el cuerpo propio, al que toman por objeto. Ello da por resultado una fase en la que el individuo se convierte en su propio objeto de amor. Por lo tanto, existiría una primordial investidura libidinal del yo, de la que siempre se mantienen vestigios y a la que potencialmente puede regresarse.

Freud considera que esta libido yoica (o narcisista) se haya en constante oposición a la libido que inviste a los objetos, pues mientras más se enriquece una, más se empobrece la otra; ello, a pesar de que la libido de objeto originalmente emerge a partir de la libido narcisista. En el caso de la paranoia, la libido ha sido retirada de los objetos del mundo externo, pero a diferencia de los neuróticos, dichos objetos no son reemplazados por la fantasía, sino que la libido misma es reconducida al yo, conformándose un narcisismo secundario que recuerda a aquél primario, infantil. El delirio de grandeza de Schreber ilustra este tipo de regresión, tanto a modo de defensa como de restablecimiento frente a un asalto de libido homosexual.

carácter de Leonardo, que lo acercan a la neurosis obsesiva; especialmente, su constante afán de cavilación y sus inhibiciones en la pintura y en su vida sexual.

Se hace necesario destacar que, en una sección agregada en 1915 a los "Tres ensayos...", Freud aclara el concepto de *libido* que ha ido forjando hasta ese momento, describiéndola como: "(...) una fuerza susceptible de variaciones cuantitativas, que podría medir procesos y trasposiciones en el ámbito de la excitación sexual."¹³ La libido es una forma de energía psíquica específica, distinta de otras fuerzas animicas en general, siendo considerada por Freud como una energía propia de los procesos sexuales, caracterizada probablemente por un quimismo singular.

Por lo tanto, la libido es la fuerza que expresa la pulsión sexual. Dicha pulsión sexual se halla en continuo conflicto con las pulsiones yoicas de autoconservación (a las que, en este momento, Freud relaciona con algo que llama "interés" o "egoísmo"); por un lado, las pulsiones sexuales se hallan al servicio de la conservación de la especie humana, por otro, las pulsiones yoicas aspiran a la conservación del individuo como unidad biológica. Freud infiere que es el conflicto entre ambas la que da origen a los diversos cuadros neuróticos.

Freud conjetura dos tipos de elección de objeto, basándose en lo anteriormente expuesto: a) *elección de objeto por apuntalamiento*, según la cual los primeros objetos sexuales son aquéllos que inicialmente satisfacen las pulsiones de autoconservación, por ejemplo la madre, de manera que las pulsiones sexuales se afirman en funciones vitales que permiten la sobrevivencia, y b) *elección de objeto narcisista*, en la que el objeto de amor es elegido a partir de la similitud con la propia persona. Este segundo tipo de elección de objeto, es intuido por Freud especialmente en ciertos perversos y homosexuales, aunque ambas formas de elección de objeto se encuentran presentes en toda persona:

¹³Freud, S. (1905). *Tres ensayos de teoría sexual*, op. cit., p. 198.

"...todo ser humano tiene abiertos frente a sí ambos caminos para la elección de objeto, pudiendo preferir uno o el otro. Decimos que tiene dos objetos sexuales originarios: él mismo y la mujer que lo crio, y presuponemos entonces en todo ser humano el narcisismo primario que, eventualmente, puede expresarse de manera dominante en su elección de objeto."¹⁴

De este modo, en 1915, sintetiza estas ideas en un agregado a los "Tres ensayos...", en el que plantea que no existe un divorcio tajante entre los homosexuales y los individuos llamados normales. Este teórico descubre, a través de sus investigaciones, que todo ser humano es potencialmente capaz de escoger un objeto de igual sexo - a su propia semejanza - *elección que incluso se ha consumado de manera inconsciente*. Esto ocurre porque la elección de objeto es autónoma respecto del sexo de dicho objeto: originariamente, cualquier individuo halla abierta la posibilidad de disponer de objetos tanto masculinos como femeninos, en virtud de la bisexualidad constitutiva. A partir de aquéllo, se desarrollan el tipo normal y el invertido, dependiendo de la dirección en que operen ciertas restricciones. En virtud de lo anteriormente expuesto, puede inferirse que, para Freud, las diferencias existentes - en cuanto a las condiciones originarias pesquisables - entre distintos tipos de inversión, por una parte, y entre la inversión y la normalidad, por otra, son de tipo cuantitativo, por más que los resultados puedan ser cualitativamente divergentes.

En cualquier forma de inversión masculina, pueden establecerse dos ejes o núcleos estructurantes: por un lado, *la actualidad de la elección narcisista de objeto* y, por otro, *la retención de la mucosa anal como zona erógena central*. Por lo tanto, en cuanto a la génesis de la homosexualidad, cabe apuntar el importante papel de la fijación libidinal en el narcisismo y la consecuente regresión hacia aquél, en virtud de una frustración de la vida real. De este modo, se revela el imperio de constituciones y mecanismos psíquicos primitivos

¹⁴Freud, S. (1914). *Introducción del narcisismo*. Obras Completas. AE. Buenos Aires, v. XIV, p. 85.

en la homosexualidad manifiesta. Además, a todo ello se sumarían ciertas influencias accidentales favorecedoras de la inversión, como la frustración temprana y la ausencia de un padre fuerte durante la niñez. En todo caso, la conducta sexual se define después de vivida la pubertad, definición que resulta de la mezcla entre lo accidental y lo constitucional.

Algunas nuevas aclaraciones acerca de la sexualidad y de la homosexualidad masculina, aparecen en los años 1916-1917, en las "Conferencias de Introducción al Psicoanálisis". En este contexto, sigue reflexionando en torno a la temática de la homosexualidad masculina. Esta constituye un ejemplo de que la sexualidad no sólo se restringe a la función reproductiva, sino que se liga más profundamente a la ganancia de placer. Además, la homosexualidad manifiesta es sólo la expresión consciente de mociones pulsionales latentes en todos los neuróticos y que a menudo pueden exteriorizarse a través de los síntomas. De esta manera, Freud niega la existencia de diferencias entre la homosexualidad manifiesta y latente, pero éstas son más relevantes a nivel práctico que conceptual.

Dentro de estas mismas conferencias, Freud señala algunas de las manifestaciones de lo homosexual en la terapia con pacientes neuróticos. Comenta que ha podido establecer, a través del estudio de la transferencia de pacientes masculinos, la existencia de fenómenos atribuibles a mociones homosexuales. Estas se expresan, particularmente, mediante la excesiva admiración de las virtudes del analista, su entrega a la terapia e incluso sintiendo celos de aquél. Sin embargo, generalmente estos afectos de tipo homosexual se expresan de forma sublimada, es decir, más bien ideal. Ya anteriormente, en "Recordar, repetir, reelaborar" (1914), Freud había apreciado que otra manera de expresión transferencial de mociones homosexuales se da en los inicios de la terapia, como resistencia y denegación a

recordar: el paciente dice que no se le ocurre nada; en "Sobre la iniciación del tratamiento" (1913), Freud afirma que esta actitud pasiva es la exteriorización de una homosexualidad hiperintensa y fuertemente reprimida.

En el año 1918, aparece publicado otro de sus más importantes análisis de caso: "De la historia de una neurosis infantil", ya redactado en 1914 y más conocido como el "Hombre de los Lobos". Este estudio, basado en el profundo análisis de los indicios de una neurosis infantil en un paciente adulto, arroja nuevos descubrimientos acerca del origen de las neurosis y de su relación con acontecimientos psíquicos esenciales de la primera infancia. Cabe señalar que su interés en las neurosis infantiles radica principalmente en la contribución teórica que prestan a la comprensión de las neurosis adultas; en aquéllas se dejan traslucir las características básicas de las neurosis del adulto, sin las desfiguraciones que más tarde se les añaden. En virtud de lo anteriormente expuesto, Freud se concentra en la afección neurótica que el paciente sufrió en su niñez: una histeria de angustia (zoofobia) poco antes de cumplir los cuatro años y, posteriormente, su trasposición en una neurosis obsesiva de carácter religioso.

En cuanto a los antecedentes clínicos del paciente, su familia solía recordarlo como un niño tranquilo y dócil, comentando incluso que él debió ser la niña y su hermana mayor el niño. Sin embargo, luego de un viaje de verano realizado por los padres, éstos lo hallaron cambiado: discolo, agresivo e irritable. A través del análisis, Freud descubre que durante el lapso en que los padres se ausentaron, el niño vivenció algunos hechos sexuales importantes para la posterior contracción de la neurosis. En primer lugar, a los tres años tres meses, fue seducido por la hermana mientras jugaban: la pequeña le tomó el miembro y, jugando con éste, mencionó que la niñera (muy querida por el niño) hacía lo mismo con todos,

poniéndolos "dado vuelta" y tomándoles luego los genitales. En vista de este material, Freud infiere que la mudanza en el carácter del niño tiene relación con su despertar sexual.

A partir de la escena de seducción, el pequeño buscó repetir esa satisfacción, pero a través de otra persona, pues su relación con la hermana ya se hallaba marcada por la rivalidad respecto al amor de los padres. De esta manera, dirigió su búsqueda hacia la niñera, jugando con su miembro frente a ella a modo de seducción. No obstante, la niñera rechazó esos intentos, diciéndole en una oportunidad que aquello no estaba bien y que los niños que hacían eso recibían allí una "herida". Este hecho representó una amenaza de castración, que ejercería un importante influjo en el desarrollo del niño. En un principio, éste abandonó el onanismo; Freud concluye que, como consecuencia de esa amenaza, el niño vió truncada su naciente vida sexual genital, regresando hacia la anterior fase sádico-anal. En ella, el infante se volvió cruel hacia los animales y especialmente hacia su niñera, satisfaciendo su sadismo y expresando a la vez su ira frente al rechazo de aquélla.

Por otro lado, en el análisis el paciente recuerda fantasías infantiles de tipo masoquista: unos muchachos eran azotados, sobre todo en el pene. Así, el sadismo se había vuelto hacia la persona propia, lo que se relacionaba en parte a un sentimiento de culpa proveniente del onanismo infantil. Luego del rehusamiento por parte de la niñera, el pequeño tomó al padre como objeto sexual. De este modo, en virtud de su ambivalencia activo/pasivo, se identificó con el padre en la corriente sádica (activa) y simultáneamente lo eligió como objeto en la corriente masoquista (pasiva). Esto último se expresó a través de conductas desobedientes y rabiosas hacia el padre, intentando provocar el castigo de éste.

En este contexto, aparecieron, alrededor de los cuatro años, los síntomas de angustia constituyentes de la neurosis infantil. Entre la etapa anterior y ésta, acaeció un sueño de angustia, hecho psíquico determinante para la vida anímica del niño. El paciente relata este sueño de la siguiente manera:

"He soñado que es de noche y estoy en mi cama. (Mi cama tenía los pies hacia la ventana, frente a la ventana había una hilera de viejos nogales. Sé que era invierno cuando soñé, y de noche.) De repente, la ventana se abre sola y veo con gran terror que sobre el nogal grande frente a la ventana están sentados unos cuantos lobos blancos. Eran seis o siete. Los lobos eran totalmente blancos y parecían más bien como unos zorros o perros ovejeros, pues tenían grandes rabos como zorros y sus orejas tiesas como de perros al acocho. Presa de gran angustia, evidentemente de ser devorado por los lobos, rompo a gritar y despierto."¹⁵

El análisis de este sueño emprendido por Freud, muestra sus múltiples vínculos con otras vivencias de la vida infantil del paciente; entre ellas, destacan ciertos cuentos infantiles oídos por el niño, tales como "El sastre y el lobo", "Caperucita Roja" y "El lobo y los siete cabritos", en los que aparecen elementos similares a los del sueño y que, en conjunto, simbolizan la castración: el sastre que arranca el rabo a un lobo - lobos que se montan sobre aquél sin rabo - angustia del lobo al verse sin rabo. En análisis de sueños anteriores del paciente, Freud ya había dilucidado que el lobo representaba la figura del padre, por lo que se establece, en este sueño, la relación entre la angustia de castración y el padre.

Tomando en cuenta el desarrollo sexual del niño hasta ese momento, Freud hipotetiza que uno de los impulsores de la formación del sueño, fue el deseo de satisfacción sexual dirigido a la figura del padre. Sin embargo, el desenlace del sueño revela el terror del

¹⁵Freud, S. (1918 [1914]). *De la historia de una neurosis infantil*. Obras Completas. AE. Buenos Aires, v. XVII, p. 29.

niño frente al cumplimiento de ese deseo y la represión de esa moción sexual. Después de este sueño, el niño contrae una histeria de angustia, consistente en una fobia a los lobos.

En la búsqueda del origen de ese terror onírico, llama la atención de Freud aquella intensa sensación de realidad vivida por el paciente en el sueño; dicha sensación puede relacionarse con el refrescamiento de una escena anterior efectivamente vivenciada por el pequeño. A partir de los elementos del sueño destacados por el paciente, como el *ser-mirado* por los lobos y la *inmovilidad* de aquéllos, Freud infiere que este proceso onírico figura, mediante la inversión, una escena en que el niño, a tempranísima edad, *mira algo en violento movimiento*; posiblemente, un coito entre los padres en circunstancias favorecedoras de la observación infantil (*coitus a tergo*). Freud deja abierta la posibilidad de que esta escena primordial pueda tratarse más bien de una fantasía primordial, proveniente de nuestra filogenia.

En el sueño, se aclara para el psiquismo infantil, la significación de aquella escena sexual vivenciada a tan tierna edad, en que la madre era satisfecha sexualmente por el padre y en la que el pequeño se identificó más prontamente con la madre. El sueño representa la activación de la escena primordial, restituyendo la organización genital (antes frustrada por la niñera); descubre la vagina y la equivalencia entre activo-masculino y pasivo-femenino. El niño comprende así que su meta sexual pasiva hacia el padre debe traducirse en una meta femenina, vislumbrando la necesidad de renunciar al miembro viril para conseguir esa satisfacción por parte del padre. De esta forma, Freud relaciona el terror vivido en el sueño con la castración inminente involucrada en el cumplimiento de deseo; debido a esto, la meta femenina es reprimida y reemplazada por la angustia ante el lobo. La fuerza pulsional a la base de esta represión es la libido narcisista genital, que se subleva frente a la posibilidad de

perder el pene; desde dicho narcisismo, se defiende de la pasividad sexual hacia el padre. En referencia al sueño, Freud comenta:

"Parece, pues, que en el curso del proceso onírico se hubiera identificado con la madre castrada y ahora se revolviera contra este resultado. En una traducción que confiamos sea correcta: 'Si quieres ser satisfecho por el padre tienes que consentir en la castración como la madre; pero yo no quiero'.¹⁶

De esta manera, el sueño podría haber representado un progreso hacia la organización genital, trocando el masoquismo hacia el padre en una actitud femenina hacia éste. Sin embargo, en virtud de su narcisismo genital, ese avance no ocurrió, regresando a un estadio de desarrollo más primitivo y generándose la angustia ante el lobo. Para entender más profundamente este complejo proceso, es necesario remitirse a algunos pasajes del artículo metapsicológico "La represión" (1915), en los que Freud expone el mecanismo represivo de la histeria de angustia, tomando como ejemplo el caso del "Hombre de los Lobos". El autor explica que aquí lo reprimido es una moción libidinosa dirigida hacia el padre, unida a una angustia de castración frente a dicha figura. Una vez acaecida la represión, se oculta a la conciencia la ligazón erótica con el padre; como sustituto de éste se llega al lobo, mediante la vía del desplazamiento. Empero, el monto de afecto no desaparece, sino que es mudado en angustia. Como producto de todo este proceso, la angustia ante el lobo reemplaza a la aspiración amorosa hacia el padre.

A partir de la represión, se pueden apreciar tres vías en que se bifurca la moción sexual ligada al padre: desde el sueño, el niño era homosexual en lo inconciente; en la neurosis se plasma una regresión hacia el canibalismo¹⁷; y se mantiene la dominancia de la

¹⁶Freud, S., *ibid.*, p. 45.

¹⁷En la reedición de 1915, Freud agrega a *Tres ensayos de teoría sexual*, una síntesis acerca de las organizaciones sexuales pregenitales por las que atraviesa el niño en su desarrollo. La primera de éstas

antigua corriente masoquista. Estas tres aspiraciones muestran metas pasivas, conservando al mismo objeto sexual.

Un desarrollo ulterior es experimentado por el niño cuando, por influencia familiar, conoce la historia bíblica. Ella presta una excelente oportunidad para la sublimación del masoquismo, reflejado en el sacrificio y maltrato aceptados por Cristo. A pesar de esta sublimación, se dejan entrever aspectos de su homosexualidad reprimida, a través de las múltiples interrogantes que se hace acerca de si Cristo tenía trasero o si defecaba; estas inquietudes tomaron la forma de cavilaciones críticas ("Dios-caca") y rituales obsesivos. Una de las interpretaciones que Freud da a este hecho se basa en las consecuencias de la escena primordial: en la identificación con la madre, el niño está dispuesto a asumir una actitud femenina hacia el padre, regalándole un hijo, simbolizado en las heces fecales. Todos estos síntomas de neurosis obsesiva se asocian a las teorías sexuales del niño y a su erotismo anal; de aquí se desprende que la identificación con la mujer y la actitud homosexual hacia el hombre halla una de sus exteriorizaciones en la zona anal.

El análisis de este caso permite esclarecer que, en la génesis de una neurosis infantil, pueden encontrarse intensas mociones de deseo homosexual, despertadas a una edad muy temprana. Uno de los aspectos más sobresalientes de este estudio, es el resurgimiento – aún no tan explícito - del concepto de trauma, al que Freud había restado importancia durante un buen tiempo. Tal noción puede ser reconsiderada a la luz del efecto traumático del sueño para el aparato psíquico del niño. Las vivencias sexuales primitivas experimentadas por el niño, cobran una nueva significancia a través del sueño (efecto *a posteriori*), en el cual

corresponde a la organización pregenital oral (o canibálica), en donde la satisfacción sexual se apuntala en la nutrición y posteriormente se independiza a través del chupeteo, como queda ejemplificado en Dora. Su meta sexual es la incorporación del objeto, que influirá en el posterior proceso psíquico de la identificación.

adquieren un carácter angustiante: la satisfacción sexual homosexual anhelada por el pequeño, implica ser castrado. Estos grandes montos de excitación no pueden ser tramitados psíquicamente por el niño, ante lo cual son reprimidos; sin embargo, siguen ejerciendo sus efectos, ahora desde lo inconciente. La masculinidad narcisista del genital se rebela frente al peligro inminente de la castración; cabe destacar entonces la enorme importancia de la angustia de castración como inaugurador de numerosos procesos psíquicos de pensamiento, impulsando la estructuración del aparato psíquico.

Ciertas conexiones ligan el caso del "Hombre de los lobos" con nuevos aportes teóricos entregados en "Pegan a un niño" (1919), texto que aborda el problema de la génesis de las perversiones sexuales, en especial del masoquismo. Para ello, Freud profundiza en el análisis de fantasías infantiles de paliza, presentes en algunos pacientes neuróticos de ambos sexos. Recordemos que en el "Hombre de los lobos", aparecen este tipo de fantasías, indudablemente anudadas eróticamente a la figura paterna.

Freud aprecia que las fantasías de paliza de estos pacientes masculinos, tienen generalmente por contenido: *"ser azotado por la madre"*. Estas fantasías tienen carácter conciente y pueden calificarse como masoquistas en el sentido de la perversión sexual; se destaca el hecho de que el sujeto, en la fantasía, adopte un papel pasivo, con características más bien femeninas, frente a una mujer con propiedades masculinas. De esta manera, el paciente asume, en su fantasía conciente, una actitud femenina. Freud, a través del análisis, descubre que esta fantasía pesquizable en el adulto no es primaria, sino que tiene un estadio previo inconciente, cuyo contenido ha sido reprimido y corresponde a: *"Yo soy azotado por el padre"*. Freud hipotetiza que este "ser azotado" pareciera ser una re-traducción - dentro de lo inconciente - de "ser amado" en sentido genital, aunque degradado regresivamente, tal

como si en lo inconciente hubiese operado la regresión desde lo genital hacia una organización sexual pregenital (sádico-anal). Por lo tanto, en su origen, esta fantasía masculina masoquista de carácter inconciente puede ser expresada como: *"Yo soy amado por el padre"*.

En virtud de lo anteriormente expuesto, Freud infiere que esta fantasía masculina deriva del complejo de Edipo *invertido*, en el que el niño, dentro del triángulo edípico, toma al padre como objeto de deseo. Estas fantasías de paliza - entre otras fijaciones perversas de los neuróticos - constituyen así cicatrices del Edipo tras su sofocación; ello revela, en el caso de los pacientes varones, la presencia de intensas mociones homosexuales hacia el padre aun desde la más temprana infancia, lo que el autor ya venía sosteniendo en el caso del "Hombre de los lobos". Es más, Freud descubre que en ambos sexos, estas fantasías masoquistas proceden de aspiraciones incestuosas hacia el padre, y por lo tanto, se hallan ligadas a la figura del padre.

Como síntesis de esta segunda etapa teórica, puede apreciarse, a nivel general, que la teoría acerca de lo homosexual se nutre, mayoritariamente, a partir de algunos profundos análisis de caso; en ellos, la temática homosexual ocupa un lugar cada vez más relevante en la estructuración de las diversas psicopatologías, adquiriendo mayor especificidad dentro del campo general de las perversiones sexuales.

Como puede apreciarse, existen variadas diferencias entre la etapa anterior y la presente; la más importante de ellas consiste en que, en esta última, Freud da mayor espacio a la reflexión y a las inquietudes teóricas que surgen frente a la temática homosexual, a diferencia del primer período, más descriptivo.

En el transcurso de este periodo, queda más claramente ilustrado el estilo de trabajo freudiano, el que se caracteriza por partir desde aquellos elementos que aparecen en la superficie, hasta llegar a los más profundos. Inicialmente se aprecia, en el caso de Leonardo da Vinci, la expresión de una homosexualidad ideal, a cuya base Freud hipotetiza la identificación con la madre y la elección narcisista de objeto. De esta manera, resalta la importancia del narcisismo como determinante de la elección homosexual de objeto, en que se busca un otro semejante a la persona propia. Freud emprende así una serie de preguntas acerca de las causas de estos procesos, las que quedan oscuras en Leonardo, debido a la dificultad que implica el análisis de un personaje histórico tan distante en tiempo y lugar.

En los siguientes casos que Freud analiza (caso Schreber y el "Hombre de los lobos"), va apareciendo más en lo profundo, la figura del padre como objeto de amor y de amenaza, influyendo decisivamente en los procesos de estructuración del aparato psíquico. Muchos de los fenómenos que en el análisis de Leonardo sólo se aprecian parcialmente (identificación con la madre, elección narcisista de objeto), en estos nuevos casos se profundizan y muestran su subordinación al complejo paterno, es decir, a la conjunción de la ligazón incestuosa con el padre y la castración. Aquella figura ausente en el análisis de Leonardo, muestra su importancia en estos análisis ulteriores.

Finalmente, en "Pegan a un niño", aparece el papel de las fantasías masoquistas en neuróticos, que pueden ser re-traducidas a fantasías homosexuales inconcientes y que tienen como objeto originario al padre, representando genuinos resabios del complejo de Edipo, tras la travesía por éste. Se va organizando de este modo la idea de que este complejo es el punto crucial para la estructuración del psiquismo, siendo la figura paterna la que organiza la fantasía homosexual.

IV. 2. 3. Años 1920 – 1940. Nuevos aportes clínicos y metapsicológicos a la comprensión de la homosexualidad masculina.

Antes de iniciar la presentación de las novedades clínicas y metapsicológicas correspondientes a estos años de trabajo freudiano, es necesario explicitar algunas dificultades que presenta la revisión y exposición de dichos avances. A partir del año 1920, es posible apreciar en la obra de Freud una suerte de diversificación de sus ideas, como consecuencia de la introducción del revolucionario concepto de pulsión de muerte. En este punto, se abren caminos paralelos de análisis, que pertenecen a diferentes niveles de comprensión psicoanalítica. Ello claramente dificulta el seguimiento lineal del pensamiento freudiano en esta etapa, por lo que se ha optado por respetar en la exposición dos planos esenciales que parecieran marcar el trabajo de Freud. Al final de este capítulo se intentará una síntesis de ambos niveles, en beneficio de una mayor integración en torno a la homosexualidad masculina.

IV. 2. 3. 1. Reelaboraciones y nuevos aportes clínicos: Identificación y Celos.

"El hombre sólo se extravía mientras está buscando su objeto".¹

A pesar de que "Más allá del principio de placer" (1920) y su introducción del concepto de pulsión de muerte, representa un cambio metapsicológico fundamental dentro de la teoría freudiana, muchas de sus implicancias para el tema de las perversiones sexuales y más específicamente para la homosexualidad masculina, van a ser retomadas por Freud más

¹Goethe, J. W. *Fausto*. Editorial Ercilla, Santiago de Chile, p. 12.

tardíamente dentro de su obra, lo que muestra la dificultad para integrar ese novedoso concepto al análisis de la psicopatología. Así, en los años inmediatamente posteriores, más bien trabaja en el desarrollo de ciertos elementos teórico - clínicos presentes desde hace tiempo, y que pueden relacionarse con la dinámica homosexual. Es así como en "Psicología de las masas y análisis del yo" (1921) - obra que trata acerca de las interrelaciones entre los fenómenos de masa y los fenómenos psíquicos individuales - dedica varios capítulos al estudio de la identificación y sus nexos con la elección de objeto, ambas las principales formas de ligazón psíquica. Cabe destacar que, desde el análisis de Leonardo da Vinci, el interjuego entre aquellos procesos ha sido una temática relevante para la comprensión de la homosexualidad masculina, siendo en "Psicología de las masas" donde realiza un análisis más exhaustivo de tales dinámicas.

En el capítulo VII de dicha obra, titulado "La identificación", Freud afirma que la identificación constituye la más arcaica forma de ligazón afectiva del individuo con otro y puede ser descrita como un verdadero derivado de la organización oral de la libido, en la que el objeto anhelado es devorado e incorporado al yo y de esta forma aniquilado; por lo tanto, debido a su origen, la identificación es en sí misma ambivalente, manifestando simultáneamente amor y odio. Este mecanismo, previo al complejo de Edipo, juega un rol preponderante como preparación para aquél: el niño ya ha tomado como modelo al padre y paralelamente ha investido a la madre como objeto de amor. De esta forma, se entrecruzan las dos ligazones esenciales en el desarrollo psíquico, a saber, *la identificación y la elección sexual de objeto*. Freud distingue la identificación de la elección sexual como dos formas diversas de ligazón con el objeto, dependiendo de si ésta atañe al sujeto o al objeto. Cuando el niño se halla identificado con el objeto, quiere ser como él; en cambio, cuando lo ha

elegido como objeto sexual, quiere tenerlo. Es importante recalcar que la identificación precede y es posible antes de cualquier elección de objeto.

En el Edipo, el pequeño percibe que su amor hacia la madre necesariamente implica una posición de competencia frente al padre; se hace notar aquí el carácter ambivalente de la identificación con aquél, pudiendo ser a veces tierna y otras hostil, esto último en virtud del deseo de eliminar al padre y suplantarlo junto a la madre. Según la denominación que utiliza en "El yo y el ello" (1923), este proceso puede ser llamado *Edipo simple o positivo*. Sin embargo, en virtud de la bisexualidad originaria del ser humano, este proceso muestra su contraparte en el *Edipo inverso o negativo*, en que el varoncito muestra una actitud femenina hacia el padre y una complementaria hostilidad celosa hacia la madre. Freud hipotetiza que en todos nosotros existieron simultáneamente ambas dinámicas, es decir, que hemos atravesado el *Edipo completo*. En el caso del homosexual, ha predominado, en definitiva, el Edipo negativo, que resulta en la identificación del niño con la madre y la vinculación amorosa con el padre.

A la luz del interjuego entre identificación y elección sexual de objeto, Freud clarifica la génesis de cierto tipo de homosexualidad masculina, ya analizada en el caso de Leonardo da Vinci. Según el autor, el niño que devendrá homosexual ha experimentado, en su travesía por el complejo de Edipo, una intensa fijación a la madre. Llegada la pubertad, se enfrenta a la tarea de cambiar a la madre por otro objeto sexual; sin embargo, el proceso sufre una brusca inversión, en que el adolescente no resigna la ligazón con la madre, sino que, por introyección del objeto en el yo, se identifica con ella. En virtud de este nuevo estado de cosas, se da a la búsqueda incesante de objetos que hagan las veces de su propio yo, a quienes pueda amar y proteger como la madre lo hizo en el pasado con él. Freud señala que

una de las características más llamativas de esta identificación con la madre es su extensión, pues muda el carácter sexual del yo según la imagen de lo que antaño era objeto sexual. Además, el autor se formula una interesante pregunta, que queda sin respuesta: al ser resignado el objeto a través de la identificación ¿lo es totalmente o permanece preservado en lo inconciente?

Una de las conclusiones que puede extraerse de este proceso, es que la identificación, temporalmente más temprana, puede sustituir a la elección de objeto mediante regresión. Recordemos que en el caso de Leonardo, efectivamente Freud descubre un proceso de identificación con la madre, como reacción frente a un desengaño narcisista (ausencia del pene materno) y la angustia de castración generada por aquél. Desde allí, Leonardo elige narcisísticamente a sus objetos de amor, tomándose a sí mismo como modelo para dicha elección. En este punto, se hace necesario acudir a "Duelo y melancolía" (1917 [1915]), en que se aclaran ciertas conexiones entre la identificación y el narcisismo, ya vislumbradas en da Vinci. En aquel texto, Freud señala que en algunas afecciones narcisistas ocurre una regresión desde una elección de objeto narcisista hacia una identificación de tipo narcisista. Ello sucede debido a la contraposición entre una precoz e intensa fijación al objeto sexual, fundada en el narcisismo, y la consecuente fragilidad de la investidura libidinal. Así, frente a una frustración vital, la investidura de objeto puede retornar al narcisismo, y la identificación narcisista reemplazar a la investidura libidinal de objeto. Aunque Freud describe de esta forma ciertos mecanismos presentes en la melancolía, es notoria la relación que puede establecerse entre tales mecanismos y la génesis de la homosexualidad masculina.

En el caso de la homosexualidad masculina puede hipotetizarse, a partir de los dichos de Freud, que uno de los posibles motores de la frustración que lleva a este proceso

regresivo radica en el complejo de castración. Como Freud explica en el caso de Leonardo da Vinci, antes de que el pequeño enfrente este complejo, encuentra gran placer en el mirar; desea ver los genitales de los otros, tal vez con el fin de compararlos con los suyos. Dado el intenso vínculo afectivo con la madre, también muestra añoranza por los genitales de ésta, suponiendo, nebulosamente, la presencia del pene en su objeto amado. Cuando descubre que la mujer no posee pene, ese anhelo libidinoso puede dejar lugar al horror y al desprecio por el sexo femenino. Sin embargo, la fijación al fantaseado pene de la mujer dejará profundas marcas en la vida psíquica del sujeto; entre ellas, la homosexualidad.² De esta manera, el regreso hacia una identificación con la madre y a la elección de objeto narcisista puede ser entendido como una forma de defensa frente a la amenaza al narcisismo que implica la castración.

La importancia del mecanismo de la identificación en la génesis de la homosexualidad nuevamente es recalcada por Freud en "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina" (1920), en donde descubre que este proceso regresivo también juega un papel predominante en el caso de la mujer homosexual. En el caso que se presenta en este artículo, Freud aprecia que, frente a una desilusión con el objeto, ocurre una regresión al narcisismo a través del mecanismo de la identificación. De esta manera, la persona puede consumir una nueva elección de objeto invistiendo libidinalmente al objeto del mismo sexo. En esta paciente en particular, la frustración del deseo edípico de tener un hijo del padre y el desengaño que implicó el que la madre recibiera ese ansiado hijo, motiva una ruptura con el padre y posteriormente un alejamiento del sexo masculino como posible objeto de amor. Sin

²Puede inferirse que, en el crítico momento en que acaece la percepción de la falta, se instala la *fantasia* como producción psíquica, diferenciada de la percepción de la realidad. De esta forma, se abre el espacio para desear algo que no existe en la realidad externa. Como puede intuirse, la fijación a la fantasía del pene materno, juega un rol esencial en la génesis de perversiones tales como el fetichismo y la homosexualidad masculina.

embargo, la ligazón con el padre no se destruye; sólo se muda en una identificación con él y desde dicha identificación, elige a la madre como objeto de amor.

De esta manera, Freud descubre que en ambos sexos, estas variaciones del objeto sexual son posibles por la cualidad fluctuante de la libido, que incluso en la normalidad oscila entre el hombre y la mujer. Para el autor, la decisión acerca del sexo del objeto acaece pasada la pubertad; previamente, ciertas relaciones afectivas teñidas por lo homosexual no son inusuales y aun forman parte del desarrollo normal. Es más, en opinión de Freud, en personas heterosexuales es posible pesquisar un grado elevado de homosexualidad latente o inconciente. A partir de estas reflexiones, puntualiza que *el tipo de elección de objeto* es en cierta medida independiente tanto del *carácter sexual somático* como del *carácter sexual psíquico* (actitud anímica femenina o masculina). Por lo tanto, estos tres elementos pueden confluír en diversas combinaciones en cada individuo, lo que muestra la complejidad de la dinámica homosexual en cada caso particular.

En este texto, Freud reflexiona también acerca de las posibilidades de cura de la homosexualidad a través del tratamiento psicoanalítico. Según sus observaciones, generalmente el paciente homosexual se somete a la terapia forzado por circunstancias externas, de carácter social; falta allí la motivación interna proveniente de un sufrir, lo que vuelve difícil el trabajo analítico. A pesar de ello, en circunstancias más favorables, los resultados del análisis muestran - más que un cambio de la organización genital - una apertura hacia el otro sexo a través del derribamiento de los obstáculos psíquicos que impedían el acceso a aquél, lo que implica el restablecimiento de la bisexualidad originaria. Es importante destacar que el trabajo se facilita cuando la organización sexual se encuentra aún fluctuante, es decir, cuando la fijación al objeto homosexual no se ha adueñado

totalmente de la vida sexual o cuando se conservan algunas huellas de la antigua elección heterosexual de objeto.

En cierta forma, Freud realiza una síntesis de sus hallazgos en torno a la homosexualidad masculina y agrega nuevas ideas en relación a ésta, en su artículo "Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad" (1922 [1921]). En este texto, a todo lo anterior se suma, como nuevo motivo sobredeterminante de la elección homosexual de objeto, el profundo respeto y angustia en relación al padre, frente al que el individuo prefiere "hacerse a un lado" en la lucha por la mujer.³

En este artículo, Freud añade un nuevo mecanismo de génesis de la homosexualidad masculina. A través del análisis de pacientes homosexuales, el autor descubre la aparición, durante la más temprana infancia, de intensos celos en torno a la madre, dirigidos a rivales tales como los hermanos mayores. La competencia por el amor materno, propia del complejo de Edipo, provocaría en el niño intensos sentimientos de odio y deseo de muerte hacia esos hermanos; no obstante, en virtud de la insatisfacción de tales deseos y por efecto de la educación, estos afectos serían sometidos a la represión y a una mudanza hacia lo contrario, de tal manera que los antaño odiados se vuelven los primeros objetos de amor homosexual. Freud aprecia que dicho proceso acaece especialmente cuando la madre manifiesta cierta preferencia por algún hermano, incitando así un tipo narcisista de elección de objeto, lo que en este caso equivale a una elección homosexual de objeto. Es importante

³Respecto a esta última idea, cabe señalar que Freud ya había profundizado en ella en *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* (1920). Aquí, afirma que esta motivación para la elección homosexual es más bien frecuente; equivale a "hacerse a un lado" frente a un posible competidor en la lucha por el objeto de amor. En el caso del niño que atraviesa el Edipo, este rival corresponde al padre. De esta manera, uno de los más poderosos determinantes de la homosexualidad masculina, es el horror al padre y la angustia de castración, en virtud de lo cual se renuncia al amor de la mujer.

destacar que, según Freud, este mecanismo puede combinarse con los otros anteriormente descritos, pero se distingue de aquéllos porque el cambio de objeto ocurre muy tempranamente, la identificación con la madre se halla más oculta, no excluye la heterosexualidad y no aparece el horror a la mujer característico de otros casos. Como puede apreciarse, el desarrollo de este tipo de homosexualidad es opuesto al de la paranoia persecutoria (como por ejemplo el caso Schreber), ya que en el primer caso, los objetos primero odiados en calidad de rivales, se mudan en objetos de amor, mientras que en el segundo, los objetos antes añorados amorosamente se convierten en odiados perseguidores.

Profundizando en la relación entre los celos, la homosexualidad y la paranoia, Freud señala que, incluso los celos normales que tienen su raíz en el complejo edípico, pueden ser experimentados bisexualmente, es decir que, en el varón, no sólo son eficaces el dolor por la pérdida de la mujer amada y los consiguientes celos hacia otros hombres, sino que también pueden descubrirse sentimientos de pesar en relación al hombre amado inconcientemente, así como odio hacia la mujer sentida como rival. Una de las máximas expresiones de estos efectos de la bisexualidad originaria, son los celos delirantes propios de la paranoia. Los pacientes aquejados de este tipo de celos, viven agobiados por la duda acerca de la fidelidad de su mujer; en opinión de Freud, estos celos provienen en realidad de fantasías inconcientes en las que se toma por objeto de amor al hombre, por lo que dichos celos constituyen una reacción defensiva frente a una moción de deseo homosexual. La defensa consiste predominantemente en un cambio de vía del sujeto: *"Yo no soy quien lo ama; ella lo ama"*; así, mediante una desfiguración proyectiva, el proceso es puesto fuera del yo.

De esta forma, según la opinión de Freud hasta este momento, los tres puntos que articulan la causación psíquica de la homosexualidad son: *ligazón con la madre - narcisismo*

- *angustia de castración*, de manera que procesos tales como: la identificación, la elección narcisista de objeto, el "hacerse a un lado" y los sentimientos de celos, se encuentran combinados e íntimamente ligados a esta articulación general. Dicha constelación puede ser influenciada por factores externos (como una seducción prematura) y por factores constitucionales, que en cierta medida favorezcan una actitud pasiva en los vínculos eróticos.

IV. 2. 3. 2. Inauguración de una nueva metapsicología: Thánatos, Trauma y Desmentida.

"¡Ay!, dos almas residen en mi seno; yo las quiero separar; la una apasionada y viva, está apegada al mundo por medio de los órganos del cuerpo; la otra, por el contrario, pugna siempre por disipar las tinieblas que la rodean y abrirse camino hacia la mansión eterna."⁴

Con la publicación de "Más allá del principio de placer" (1920), Freud inaugura una nueva línea de pensamiento dentro del psicoanálisis, trascendiendo sus concepciones anteriores acerca del funcionamiento del aparato psíquico y en especial, su comprensión acerca de la vida pulsional. De esta manera, esta obra representa un cambio fundamental en la metapsicología freudiana, implicando una nueva forma de reflexionar sobre la organización del psiquismo e incluso una modificación de sus concepciones anteriores en torno al ser humano. En este sentido, todos los hallazgos clínicos explicitados anteriormente en torno a la homosexualidad masculina resultan difícilmente subsumibles en esta nueva teoría pulsional.

⁴Goethe, J. W. *Fausto*. op. cit. p. 29.

Para la mejor comprensión de estas nuevas conceptualizaciones teóricas, se hace necesaria una breve panorámica de lo que Freud ha venido reflexionando acerca de la vida pulsional del ser humano. En la etapa inicial de sus planteamientos, Freud sustentaba – dentro de la teoría etiológica de las neurosis – el supuesto de una oposición tajante entre pulsiones sexuales y las que llamó de autoconservación; las primeras, tendientes a la obtención de placer, y las segundas, procurando la conservación de la vida individual. Sin embargo, hacia 1914, en "Introducción del narcisismo", a partir de las consideraciones psicopatológicas que plantean los fenómenos psicóticos, Freud aprecia la existencia de procesos en que la libido se sustrae de los objetos del mundo exterior e invierte al yo. A partir de ello, hipotetiza una fase primitiva del desarrollo, en la que el yo se halla originariamente investido de libido, libido que posteriormente es puesta en los objetos y que en condiciones generalmente psicopatológicas, puede regresar a aquel estadio primordial. De esta forma, Freud agrega a sus teorizaciones los conceptos de "libido yoica o narcisista" y "libido de objeto", ambas en constante conflicto. Estos nuevos aportes permiten comprender una serie de procesos patológicos; entre ellos, la homosexualidad masculina, en la que se encuentra una compleja articulación entre ambas expresiones libidinales, mostrando las profundas implicancias del narcisismo en la elección de objeto homosexual. Cabe señalar que, en vista de lo anterior, en cierto sentido se diluye la dicotomía pulsional que hasta ese momento atravesaba la teoría freudiana, a pesar de los intentos del autor por rescatarla mediante conceptos tales como "interés yoico" o "egoísmo", con los que busca mantener su intuición inicial referida a que en el yo existen energías diversas de las libidinales.

Este problema metapsicológico es retomado por Freud en "Más allá del principio de placer", en el que reaparece el dualismo pulsional en su máxima expresión. Hasta este momento, el autor sostiene que los procesos psíquicos estarían regidos por el principio de

placer, que opera en el aparato psíquico cuando emerge una tensión de carácter displacentero, tendiendo a evitar el displacer o a obtener placer. Por lo tanto, las sensaciones de placer y displacer parecieran relacionarse a cantidades de excitación en el aparato psíquico, de manera que el placer correspondería a una disminución de esa cantidad y el displacer a un aumento de aquélla. Sin embargo, Freud observa que algunos casos parecieran no obedecer a este principio económico; entre éstos, se encuentran las neurosis traumáticas, los juegos infantiles y algunas situaciones propias del trabajo analítico. En todos estos casos, Freud descubre una suerte de repetición de vivencias traumáticas altamente displacenteras, que ni siquiera en su origen proporcionaron placer, así, parecieran escapar al imperio del principio de placer. Es a este fenómeno clínico al que Freud denomina "compulsión de repetición", que se instala más allá del principio de placer y que pareciera expresar una característica universal – hasta ahora no visualizada - de la naturaleza de la pulsión.

De esta manera, Freud infiere que a nivel pulsional, siempre existe una tendencia conservadora que propende a la reproducción de un estado anterior, originario, de lo vivo, es decir, un regreso a lo inerte inorgánico. Podría definírselo como una tendencia interna de lo vivo a retornar a lo muerto. Sin embargo, Freud observa también una tendencia contraria, igualmente de carácter conservador, pero que busca reunir lo orgánico en sistemas más grandes y complejos, dirigida a la mantención y a la regeneración de la vida. Dicha tendencia parece corresponder en todos sus puntos con las pulsiones sexuales. Freud sintetiza este nuevo punto de vista de la siguiente manera:

"Por nuestra parte, no hemos abordado la sustancia viva sino las fuerzas que actúan en ella, y nos vimos llevados a distinguir dos clases de pulsiones: las que pretenden conducir la vida a la muerte, y las otras, las pulsiones sexuales, que de continuo aspiran a la renovación de la vida, y la realizan."⁵

Dentro de esta nueva concepción, tanto las pulsiones de autoconservación (ahora de carácter libidinoso) como las sexuales, se enmarcan dentro de lo que Freud llama *pulsión de vida* o *Eros*, en oposición a la *pulsión de muerte*, que opera muda y cuyos efectos pueden ser apreciados en la *agresión y la destructividad*.

A este cambio fundamental de la teoría freudiana en su conjunto, en 1923 se agrega un progreso más, consistente en una nueva descripción de la tópica psíquica y, por ende, de la dinámica interna del aparato psíquico. En efecto, en "El yo y el ello", Freud hipotetiza una estructura tripartita de dicho aparato, que busca unir la filogenia con la ontogenia presentes en todo individuo. Inicialmente, el individuo es solamente un *ello* psíquico, de carácter inconsciente, que contiene en sí la expresión psíquica de necesidades pulsionales que únicamente buscan su satisfacción a través de la descarga, obedeciendo irrestrictamente al principio de placer. No obstante, un organismo así sólo puede aspirar a una muerte segura, si se considera su necesario enfrentamiento con las restricciones y peligros de la realidad externa. De este modo, un sector del ello, más cercano al extremo perceptivo del aparato, necesariamente se ve modificado por la influencia del mundo exterior, dando origen al *yo*, sistema que media entre las percepciones de afuera y el ello primitivo. En este proceso, nace el fenómeno de la conciencia, que no sólo recibe estímulos desde el exterior, sino también desde el interior del aparato. Como consecuencia de esto, el yo toma a su cargo el acceso a la acción, interponiendo entre la necesidad y la descarga, el trabajo de pensamiento. El desarrollo yoico sustituye el indomable principio de placer por el principio de realidad; a

⁵Freud, S. (1920). *Más allá del principio de placer*. Obras Completas. AE, Buenos Aires, v. XX, p. 45.

pesar de esto, el conflicto pulsional - sin consideración alguna por la realidad - sigue rigiendo absolutamente los procesos en el ello.

Falta aún un paso más en la estructuración definitiva del aparato. Freud sugiere la existencia de un grado psíquico al interior del yo, al que puede denominarse *superyó*. A medida que transcurre el desarrollo del individuo, éste debe resignar por imposibles ciertos vínculos de objeto, tanto libidinales como agresivos, propios del complejo de Edipo, especialmente aquéllos relacionados con los padres; sin embargo, debido a la intensidad de estos vínculos, el yo sufre una alteración crucial, consistente en la instalación del objeto en el yo propio a través del mecanismo de la identificación. En el complejo de Edipo, el varoncito discierne en el padre el principal obstáculo y la mayor amenaza para sus deseos incestuosos hacia la madre; en el proceso de represión de estos deseos, erige dentro de sí ese mismo obstáculo y esa misma prohibición. En este sentido, mucha de la hostilidad hacia la figura del padre es reencauzada hacia el yo, por lo que el *superyó* puede ser entendido como una cristalización de la agresión hacia el padre, ahora dirigida hacia sí mismo. Esta agresión internalizada es atribuible a la pulsión de muerte, por lo que el *superyó* puede ser concebido como un derivado de aquélla. En síntesis, el *superyó* puede entenderse como el residuo de las más primitivas elecciones de objeto del ello, convirtiéndose así en el representante de la instancia parental frente al resto del yo y cumpliendo frente a éste las funciones de orientación, prohibición y castigo; hallamos en esta instancia tanto el ideal del yo como la conciencia moral. Sin embargo, el *superyó* debe su carácter no sólo al mecanismo de la identificación, sino también al de la formación reactiva, que opera trasponiendo deseos en prohibiciones.

De este modo, puede concluirse que el superyó alberga en sí toda la severidad de la instancia parental, eternizando la prohibición del incesto y previniendo al yo frente al posible regreso de investiduras libidinosas de objeto. El resultado final de este proceso, en el mejor de los casos, es el sepultamiento del complejo de Edipo - o al menos su represión - y la formación del superyó. Pero ¿cuál es el motor de todos estos procesos? Freud considera que dicho impulsor es, sin duda, la implacable angustia de castración. En efecto, tanto las aspiraciones libidinosas hacia la madre como hacia el padre, propias del Edipo completo, involucran para el yo del niño el enfrentamiento al complejo de castración y por ende, la emergencia de una intensa angustia frente a su posibilidad, visualizada como una situación de peligro. El niño vivencia la amenaza de castración como una posibilidad real y, por lo tanto, la angustia ante ella se asemeja a la angustia realista frente a un peligro externo, en este caso figurado por el padre. Mediante la formación del superyó, el peligro se despersonaliza y se trasmuda en angustia de la conciencia moral, la que marcará a futuro la relación entre el yo y el superyó. Por ejemplo, en "El sepultamiento del complejo de Edipo" (1924), Freud comenta:

"El complejo de Edipo ofrecía al niño dos posibilidades de satisfacción, una activa y una pasiva. Pudo situarse de manera masculina en el lugar del padre y, como él, mantener comercio con la madre, a raíz de lo cual el padre fue sentido pronto como un obstáculo; o quiso sustituir a la madre y hacerse amar por el padre, con lo cual la madre quedó sobrando (...) Ahora bien, la aceptación de la posibilidad de la castración, la intelección de que la mujer es castrada, puso fin a las dos posibilidades de satisfacción derivadas del complejo de Edipo. En efecto, ambas conllevaban la pérdida del pene; una, la masculina, en calidad de castigo, y la otra, la femenina, como premisa. Si la satisfacción amorosa en el terreno del complejo de Edipo debe costar el pene, entonces por fuerza estallará el conflicto entre el interés narcisista en esta parte del cuerpo y la investidura libidinosa de los objetos parentales. En este conflicto triunfa normalmente el primero de esos poderes: el yo del niño se extraña del complejo de Edipo."⁶

⁶Freud, S. (1924). *El sepultamiento del complejo de Edipo*. Obras Completas. AE, Buenos Aires, v. XIX, p. 184.

Pareciera ser que el pequeño enfrenta el complejo de castración desde un elevado narcisismo, que se concentra en su genital. Freud explica - de acuerdo con lo que Ferenczi señala - que la angustia de castración es, en esencia, una angustia de separación de los propios genitales, que representan una vía de unión con la madre tan anhelada sexualmente. De esta manera, la castración simboliza una nueva separación de la figura materna, ya vivenciada en el nacimiento, el que a su vez conllevó sensaciones de desvalimiento frente a la hiperpotencia de la necesidad; dicha necesidad, inicialmente generalizada, se halla ahora remitida específicamente a la de la libido genital. A partir de esto, Freud concluye que el yo percibe el peligro de la castración por medio de pérdidas de objeto vivenciadas anteriormente, de forma que la angustia es una reacción yoica frente a la pérdida y la separación.

Hasta este momento, Freud había planteado que el principio de placer ejercía un imperio absoluto en los decursos anímicos; sin embargo, ahora se ve llevado a admitir la existencia de ciertas situaciones intensísimas, cuyo arquetipo es el nacimiento, y que representan rupturas de dicho principio. Estas tienen el derecho a ser llamadas *traumáticas*, pues se caracterizan por provocar en el aparato psíquico un estado de excitación hipertrófica y displacentera, que no puede ser tramitada mediante la descarga. Este momento de la vida anímica puede ser descrito como un fracaso del principio de placer y como una vivencia de desvalimiento psíquico extremo frente a montos excesivos de energía no ligada y, por lo tanto, no susceptible de descarga. De esta manera, el trauma se instala más allá del principio de placer, como un momento de máximo displacer. En su desarrollo, el yo continuamente se ve enfrentado a situaciones, tanto internas como externas, que pueden dañar su integridad dinámica y económica, mudándolo nuevamente en una parte del ello. Así, el trauma puede ser conceptualizado como el efecto de la pulsión de muerte sobre el aparato psíquico, en

tanto implica el peligro de volver hacia un estado anterior del desarrollo anímico y una desorganización en el yo.

Freud hipotetiza que uno de los momentos traumáticos experimentados por el varón en su desarrollo psicológico, corresponde a la visión de la falta del pene en la mujer, que constituye una percepción externa impactante para el yo aún inmaduro. En "Esquema del psicoanálisis" (1940 [1938]), Freud afirma:

"El varoncito entra en la fase edípica, inicia el quehacer manual con el pene, junto a unas fantasías simultáneas sobre algún quehacer sexual de este pene en relación con la madre, hasta que el efecto conjugado de una amenaza de castración y la visión de la falta de pene en la mujer le hacen experimentar el máximo trauma de su vida, iniciador del período de latencia con todas sus consecuencias."⁷

Frente a esta vivencia de efecto traumático, el yo infantil se ve compelido a emprender enérgicos intentos de defensa, dirigidos tanto hacia la percepción externa desagradable (visión de la falta de pene en la mujer) como hacia las aspiraciones pulsionales internas que impliquen un peligro externo (deseos incestuosos hacia los padres). En "La escisión del yo en el proceso defensivo" (1940 [1938]), Freud propone dos posibles reacciones defensivas del yo frente al trauma de la castración: por un lado, puede reconocer la realidad objetiva y someterse a ella, o, por otro, *desmentirla* y alimentar la creencia de que no hay de qué temer. Ya en sus escritos "Fetichismo" (1927) y "Esquema del psicoanálisis" (1940 [1938]), Freud distingue ambos mecanismos defensivos: por un lado, la represión (*verdrängung*), que puede entenderse como el destino del afecto y que opera sofocando una exigencia pulsional dada, y por otro lado, la desmentida (*verleugnung*), que marca el destino

⁷Freud, S. (1940 [1938]). *Esquema del psicoanálisis*. Obras Completas. AE, Buenos Aires, v. XXIII, p. 152-153.

de la representación y que actúa frente a una percepción externa indeseada. Lo que resalta aquí es el conflicto entre la fuerza de la pulsión y las restricciones impuestas por la realidad objetiva.

Sin embargo, en algunos casos, ambas reacciones frente al conflicto se suscitan de manera simultánea, a pesar de que implican una contradicción interna. Así, el niño por una parte reniega de la realidad a través del mecanismo de la desmentida y, por otro, admite el peligro de la castración asumiendo la angustia referida a ésta. Esta resolución tiene un elevado costo para el yo, pues trae por consecuencia una fractura en su organización dinámica, es decir, una *escisión del yo*. Para Freud, el ejemplo más claro de este proceso es el que se da en el fetichismo, perversión que desde hacía tiempo venía interesando a Freud. En el año 1927, el autor dedica un artículo a dicha patología; en él expone sus nuevas conceptualizaciones en torno a la génesis de este tipo de perversión, en las que ocupan un lugar central los conceptos de desmentida y escisión del yo.

Como ya se ha mencionado en ocasiones anteriores, en cierto grado todo niño desmiente aquellas primeras percepciones que contrarían su vaga creencia en el pene femenino: por ejemplo, al observar que los genitales de niñas son evidentemente diferentes a los suyos, no resigna su antiguo prejuicio, sino que se defiende de esa percepción insoportable acudiendo a la idea de que el miembro viril ya crecerá en ellas. A pesar de ello, el pequeño finalmente se ve llevado a admitir la ausencia de pene en la mujer, con todas sus consecuencias: la amenaza de castración cobra valor, marcando el fin de sus posibilidades de satisfacción incestuosa y obligando al sepultamiento del complejo de Edipo. No obstante, en el caso del fetichismo puede hipotetizarse que el niño ha rehusado tajantemente reconocer la falta del pene de la madre, debido al peligro que ello representaría para su propio narcisismo

genital; sin embargo, la percepción no se ha perdido, si bien se han emprendido vigorosos empeños para desmentir su significación. De esta manera, el varoncito en cierta medida conserva su creencia en el falo materno (y por ende de la mujer en general), pero, por otro lado, la ha resignado; Freud concluye que, en la vida animica de los fetichistas, un fragmento del yo reniega de la castración de la mujer, mientras que otro fragmento la reconoce. De acuerdo a esta escisión del yo, en lo psíquico la mujer ha conservado el pene, pero sustituido simbólicamente por un objeto fetiche.

Como puede apreciarse, en virtud del conflicto entre la percepción peligrosa y la moción de deseo contraria, es creada una solución de compromiso, representada a través del fetiche. Freud intuye que el objeto fetiche posiblemente es elegido como tal, debido a que la percepción traumática de la ausencia de pene en la mujer se vio precedida por una última impresión, que es la que en definitiva ha determinado la elección del fetiche (pie, zapato, ropa interior); en otros casos, el objeto fetiche tiene alguna asociación simbólica con el pene añorado. En conclusión, el fetiche se erige como un recordatorio del triunfo sobre la amenaza de castración y como un resguardo frente a aquélla.

Dentro del psicoanálisis, estas propuestas freudianas han sido consideradas como una nueva forma de comprender no sólo el fetichismo, sino probablemente, otros cuadros perversos. De esta manera, a pesar de que Freud en estos últimos años no explicita las posibles relaciones entre estas nuevas ideas y la homosexualidad masculina, puede intentarse un entendimiento de aquélla a la luz de estos novedosos planteamientos. En este sentido, se puede hipotetizar que en la homosexualidad también se ha reaccionado frente al trauma de la castración, a través de una enérgica desmentida respecto de la percepción ominosa - la ausencia de pene en la mujer- y, como consecuencia, ha acaecido una escisión del yo. Sin

embargo, a diferencia del fetichista, que ha conservado a la mujer como objeto sexual gracias al fetiche, el homosexual ha renunciado a aquélla y se ha volcado hacia un objeto que posee, en la realidad efectiva, un pene. De esta forma, el homosexual pierde el objeto sexual femenino, pues éste conlleva la reminiscencia de la castración y, por ende, la repetición del trauma; se impone así, como condición necesaria, la presencia del pene en sus objetos sexuales. Todo este proceso puede entenderse como una *fetichización del pene*: en la homosexualidad el pene es el fetiche, que asegura la completitud del objeto y calma la angustia de castración, representante del horror al vacío. El mismo Freud considera que el fetichista, a través del objeto fetiche, hace tolerable a la mujer como objeto sexual y se ahorra el devenir homosexual.⁸

Como ya se ha mencionado, este mecanismo defensivo de la desmentida trae como consecuencia una fragmentación del yo. Tal escisión se manifiesta en la posición dual del homosexual frente a la imagen castrada de la mujer: por una parte, éste reconoce la diferencia anatómica entre los sexos, y por otra, en su intimidad sexual no ha renunciado a la presencia del pene en el objeto. Llamativo es el caso de hombres que tienen una pareja heterosexual e incluso una vida familiar normal, y que, paralelamente, entablan relaciones homosexuales secretas. Esta "doble vida" refleja la desgarradura acaecida en el yo y que también puede hipotetizarse en el caso de los homosexuales exclusivos, en los que pueden apreciarse profundos vínculos de amistad con mujeres, pero siempre exentos de comercio sexual.

Las variaciones cuantitativas de este proceso – es decir, la mayor o menor intensidad de la desmentida y la escisión del yo - hacen comprensible el hecho de que algunos

⁸Freud, S. (1927). *Fetichismo*. Obras Completas. AE, Buenos Aires, v. XXI, p. 149.

homosexuales sientan plena conformidad con su sexualidad y adopten una actitud desafiante frente a la sociedad, mientras que otros sientan cierto malestar interior, padezcan de angustia y aun hagan síntomas. En estos últimos, es ese malestar psíquico el que los lleva a interrogarse acerca de sí mismos y de su condición, y por lo tanto, es en definitiva la fuerza que los motiva a emprender un trabajo psicoterapéutico.

Como síntesis de esta etapa freudiana, en primer lugar es importante señalar que este período de la teoría se caracteriza por su gran complejidad conceptual, lo que hace difícil – tal vez imposible – integrar los niveles metapsicológico y clínico, tanto en lo general como en lo relativo a la homosexualidad masculina. Para resolver este dilema, en el presente trabajo se ha optado por un ordenamiento que refleje tanto la dificultad de integración como la riqueza interna de ambos niveles.

En el primer nivel, correspondiente a los aportes clínicos, encontramos una mayor profundización del concepto de identificación y su relevancia en la génesis de la homosexualidad masculina, lo que ya había sido abordado por Freud en años anteriores. Además, el autor destaca la importancia del sentimiento infantil de celos como motor para una posible elección homosexual de objeto. Cabe señalar que tanto el proceso de identificación como los celos, se relacionan íntimamente con la figura materna, mostrando la intensa ligazón del niño con aquella y el poderoso determinismo que esa ligazón tiene en la causación de la inversión masculina.

En el segundo nivel, se ha tomado como punto de partida la inclusión del concepto de pulsión de muerte, que implica un cambio sustancial en la teoría freudiana y un quiebre en relación con lo anteriormente planteado. De esta forma, en Freud, lo antiguo y lo nuevo

constituyen en cierta medida fracciones teóricas difíciles de integrar, aunque el autor deja abierta así la posibilidad de retomar tales dificultades y seguir elaborándolas.

Puede señalarse que, en esta etapa, uno de los conceptos fundamentales para el tema de la homosexualidad masculina, es el concepto de trauma psíquico, noción retomada por Freud después de largos años, aunque con una connotación muy diferente. El trauma es ahora concebido a la luz de la pulsión de muerte, a diferencia del carácter eminentemente sexual que tenía en los inicios de la teoría freudiana. Esta renovación del concepto de trauma pone de relieve la importancia de los factores cuantitativos en el operar del aparato psíquico: en este sentido, pareciera ser que la meta final del aparato es el manejo de cantidades de excitación, es decir, su funcionamiento se halla subordinado a un problema económico. El yo se encarga de evitar a toda costa la repetición de un trauma vivenciado; sin embargo, la compulsión de repetición – una de las expresiones clínicas más llamativas de la pulsión de muerte – hace inevitable la reproducción de tales experiencias displacenteras. He aquí el conflicto psíquico por excelencia.

Dentro de la teoría freudiana, el trauma que estructura el aparato psíquico, está representado por la castración. La visualización de la falta de pene en la mujer durante la infancia, traerá profundas consecuencias para la vida animica de todo hombre; entre ellas, la homosexualidad. Esta puede ser entendida como una reacción defensiva frente a la amenaza de castración, es decir, el sujeto se defiende de esta posible herida narcisista, volcándose hacia objetos que no conlleven una repetición de la percepción traumática. Esta situación tiene como base el mecanismo de la desmentida; mediante éste, el yo reniega de un aspecto potencialmente peligroso de la realidad - representado por la ausencia de pene en el objeto sexual - y evita así el reconocimiento de la castración como posibilidad cierta. No obstante,

este proceso de desmentida es sólo parcial; cierta parte del yo se mantiene conectada con la realidad y reconoce la castración, padeciendo incluso la experiencia de angustia aparejada a aquélla. De esta forma, puede apreciarse, como consecuencia de la desmentida, una ruptura o escisión en el yo, que revela la presencia de dos corrientes opuestas al interior del yo: una acorde al deseo y otra acorde a la realidad.

Para finalizar, es importante señalar que, lamentablemente, Freud dejó muchos de sus planteamientos inconclusos; el mismo autor reconoce que han quedado sin respuesta ciertas preguntas esenciales para la comprensión cabal de las perversiones sexuales. En "Fetichismo" (1927), Freud reflexiona al respecto:

"Probablemente a ninguna persona del sexo masculino le es ahorrado el terror a la castración al ver los genitales femeninos. ¿Por qué algunos se vuelven homosexuales a consecuencia de esa impresión, otros se defienden de ella creando un fetiche y la inmensa mayoría la supera? He ahí algo que por cierto no sabemos explicar. Es posible que, de todas las condiciones cooperantes no conozcamos todavía las decisivas para los raros desenlaces patológicos; por lo demás, contentémonos con poder explicar lo que acontece y considerémonos autorizados a desechar provisionalmente la tarea de explicar por qué algo no acontece."⁹

⁹Freud, S., *ibid.*, p. 149.

V. CONCLUSIONES, ALCANCES Y CONSECUENCIAS: ELEMENTOS PARA
UNA DISCUSIÓN ACERCA DE LA HOMOSEXUALIDAD MASCULINA.

"Después del caso de Fliess, en cuya superación me ha visto usted recientemente ocupado, aquella necesidad se ha extinguido. Una parte de la catexis homosexual ha sido retirada y empleada en el ensanchamiento de mi propio yo. He tenido éxito allí donde fracasan los paranoicos."¹

Una vez finalizado este recorrido a través de la obra de Freud, buscando elementos teóricos asociados a la homosexualidad masculina, ha llegado el momento de mirar retrospectivamente el proceso de investigación bibliográfica realizado. Varias son las sensaciones que emergen a partir de esta postrera apreciación. En primer lugar, llama la atención el carácter más bien exploratorio que adoptó el estudio realizado, cambiando las expectativas – tanto explícitas como implícitas - que inicialmente lo guiaban. Según dichas expectativas, se esperaba abarcar, nítida y exhaustivamente, los diversos planteamientos freudianos en torno a la homosexualidad masculina, e incluso, integrarlos en un cuerpo teórico acabado, superando en cierto modo tales conceptualizaciones. Sin embargo, paso a paso se fueron haciendo notorias las dificultades y las limitaciones del trabajo emprendido, dadas especialmente por la creciente complejidad de la teoría; en ocasiones, se volvía inabarcable la enorme cantidad de nexos del tema con otras áreas dentro del pensamiento freudiano. De esta manera, el seguir sistemáticamente la huella de Freud, llevó necesariamente al acotamiento de las expectativas preliminares, en pro de una mayor profundización de sus ideas en torno a la inversión masculina.

¹Jones, E. *Vida y obra de Sigmund Freud*. Editorial Anagrama, Barcelona, p. 81.

En segundo lugar, como se ha señalado anteriormente, cada línea de pensamiento en Freud lleva a múltiples ramificaciones, siendo imposible abarcarlas en su totalidad y más aún integrarlas cabalmente. De esta forma, se impuso – en el momento de exponer la información – el problema de escoger entre profundidad o amplitud del análisis. Esto a su vez reveló las dificultades para aprehender los conceptos freudianos y, especialmente, sus asociaciones dinámicas, que se hacían más enmarañadas con cada nueva producción teórica. A la luz de lo anterior, se concluye que la teoría de Freud es, sin duda, un material abierto a la reflexión y a nuevas re-lecturas, lo que a su vez ha quedado reflejado en el presente estudio.

Por último, llama la atención la actualidad de los descubrimientos realizados por Freud; sus planteamientos han permanecido en el tiempo y mantienen su aplicabilidad clínica, permitiendo comprender, aún hoy, las diversas dinámicas presentes en la homosexualidad masculina. De esta forma, la práctica de la terapia psicoanalítica encuentra, en la indagación teórica, un alimento constante y provechoso.

Una vez finalizadas estas consideraciones generales acerca del trabajo realizado, es el instante de exponer los resultados de éste. Primeramente, se intentará una aproximación teórica a la psicogénesis de la homosexualidad manifiesta en el varón, aplicando algunos conceptos freudianos relevantes. Enseguida, se elaborarán ciertos alcances del tema, que permitan entender su lugar tanto en el desarrollo psíquico normal, como en los diversos cuadros psicopatológicos. Posteriormente, se abordarán las posibles implicancias que se pueden desprender de este análisis para la terapia psicoanalítica y la formación clínica. En último término, se explicitarán algunas de las interrogantes que este trabajo pudiera haber dejado sin respuesta, de manera que estimulen nuevos abordajes del tema.

V. 1. Aproximación teórica a la psicogénesis de la homosexualidad masculina.

Al inicio de la obra freudiana - como ya se ha señalado en ocasiones anteriores - la comprensión de la homosexualidad masculina se hallaba enmarcada en el tema más general de las perversiones sexuales. De esta manera, en este primer período, la homosexualidad podía ser entendida como producto de un fracaso de la represión - esta última aún no diferenciada del concepto de "defensa" - la cual no ocurriría o quedaría incompleta. Existiría en su base una fuerte fijación a satisfacciones de pulsiones parciales, de origen infantil. El individuo no habría resignado una forma de satisfacción pregenital, la que adopta un carácter compulsivo y apremiante. En consecuencia, el punto central que sirve de eje para la comprensión de la homosexualidad masculina en esta etapa, es la idea de la conservación de una satisfacción sexual infantil, que sortea el proceso represivo y que se desarrolla a expensas de la genitalidad adulta.

Puede apreciarse que estos planteamientos de Freud acerca de las perversiones se mueven en un plano más bien descriptivo, y corresponden a un momento de indagación clínica y especulación teórica; sin embargo, frente al quehacer terapéutico, van surgiendo cada vez nuevas y mayores interrogantes, que llevan necesariamente a una mayor complejización de la teoría. En este sentido, emergen variadas preguntas: ¿qué lleva a ese fracaso en la represión?; ¿en qué consiste dicho fracaso?; cuando Freud habla de represión ¿se refiere a represión propiamente tal o existen otros mecanismos de defensa involucrados?. Paralelamente, el autor va interesándose más por el tema específico de la homosexualidad, especialmente debido a su notoria aparición - a través de diversas expresiones - en la práctica clínica.

Posteriormente, con la conceptualización del narcisismo y el complejo de castración, Freud encuentra novedosos e inexplorados caminos para la comprensión de la homosexualidad masculina. En efecto; precisamente, la articulación de ambos conceptos puede considerarse el núcleo central para una aproximación teórica a la inversión masculina. Freud hipotetiza, como un pasaje necesario en el desarrollo infantil - desde el autoerotismo hacia el amor de objeto - una fase en que el niño logra articular una imagen de sí mismo y dirige hacia ella sus pulsiones originariamente autoeróticas; es decir, se toma a sí mismo como objeto sexual. Una de las más importantes expresiones de este narcisismo infantil, consiste en la enorme valoración que el niño otorga a su miembro genital, que mediante el onanismo le aporta intensas sensaciones de placer. En virtud de lo anterior, al elegir sus primeros objetos sexuales en el mundo externo, lo hace teniendo como premisa que todo individuo posee genitales semejantes a los suyos.

En estas condiciones, el niño ingresa al complejo de Edipo, en el que un sinnúmero de sentimientos y afectos referidos a los padres van entramándose de manera compleja; es así como el varoncito puede tomar como objeto de amor predominante a la madre (Edipo positivo) o al padre (Edipo negativo), y hallar un rival en la figura parental restante. En el punto cúlmine de este proceso, cualquiera sea la elección de objeto, el pequeño debe enfrentarse con el peligro de la castración; éste fue desestimado por él en primera instancia, cuando no dio crédito a las amenazas que recibió por su práctica masturbatoria. Sin embargo, una vez acaecida la percepción de los genitales femeninos, dichas amenazas de castración se transforman para él en una posibilidad real: por un lado, si ha elegido a la madre como objeto erótico, esta posibilidad es sentida como un castigo; por otro lado, si ha tomado al padre como objeto, la castración constituye una premisa indispensable para el cumplimiento de deseo.

De esta forma, la castración se erige, en la teoría freudiana, como la máxima y más definitiva perturbación del narcisismo originario del niño. La visión de los genitales de la mujer, la percepción de la falta, puede concebirse, especialmente a la luz del concepto de pulsión de muerte, como el acaecimiento de un trauma psíquico, en el que no pueden tramitarse grandes montos de excitación hiperintensa, produciendo en el yo infantil una sensación de extremo desvalimiento. En vista de lo anterior, puede considerarse que la castración representa el trauma que pone fin al complejo de Edipo en el varón y es el genuino estructurante del aparato psíquico en varios sentidos: en primer lugar, instaura el límite entre percepción real y fantasía, al ponerse en evidencia para el niño la ausencia de pene allí donde se daba por supuesta su presencia; emerge así el lugar de la fantasía, como espacio de deseo de aquello que se sabe no existe en la realidad. En segundo lugar, deja como resabio un grado al interior del yo - el superyó - que alberga en sí las prohibiciones y las normas morales heredadas de los padres; esta instancia se convierte en el representante psíquico de la ley que impide el incesto. En tercer lugar, encarna el momento crucial en que el aparato anímico debe manejar cantidades hipertróficas de excitación y poner en marcha ciertos mecanismos defensivos, relevantes para el ulterior funcionamiento psíquico adulto.

Puede señalarse que, dentro de la teoría freudiana, gradualmente va tomando fuerza la idea de que la defensa se estructura frente a la hiperpotente angustia de castración, es decir, que es esta última el verdadero motor de la defensa. Todo individuo debe atravesar el complejo de castración; sin embargo, en algunos casos, el análisis de las defensas emprendidas se vuelve interesante para Freud, debido a las peculiares consecuencias que de ellas pueden desprenderse para la vida sexual adulta. Aunque el autor no lo explicita, a partir de la comprensión del fetichismo pueden hipotetizarse en la homosexualidad masculina ciertas dinámicas defensivas relevantes. En este caso puede inferirse que, frente a la

percepción de la falta del pene en la mujer, el individuo no puede renunciar a su narcisismo genital, que se ve ahora amenazado por la castración; se defiende de ella desmintiendo la percepción indeseada y renunciando a la mujer como objeto sexual. No obstante, la intensa ligazón con la madre - propia del complejo de Edipo - no se destruye, sino que se muda desde una elección de objeto sexual hacia una identificación con dicho objeto. Desde allí, se impone como condición para la elección de los objetos de amor, la presencia del pene, que actúa como un reaseguramiento frente a la posibilidad de repetición del trauma. Este proceso corresponde a un tipo de elección narcisista de objeto, o sea, el individuo busca en el objeto una semejanza esencial con la imagen de sí mismo: la posesión del pene. Este estilo de elección de objeto puede hacerse manifiesto en la pubertad (merced a condiciones externas favorecedoras), con la reactivación del complejo de Edipo, esperable en esta etapa del desarrollo.

En cierta medida, puede hipotetizarse en la homosexualidad masculina una suerte de fetichización del pene; en esta perversión, el pene ha ocupado en el objeto sexual el lugar del fetiche, como un apaciguador de la angustia de castración. Según Freud, el fetiche es el sustituto simbólico del pene femenino, que permite al fetichista conservar a la mujer como objeto sexual; pareciera ser que en el caso del homosexual, ha faltado dicha mediación simbólica, necesitando percibir concretamente un pene en el objeto sexual. Cabe suponer que, en la raíz de este proceso, existe una pertinaz fijación al fantaseado pene de la madre, en el que alguna vez se creyó y al que no se puede renunciar, debido a las lesivas consecuencias que dicha renuncia implica para el propio narcisismo.

Sin embargo, el proceso defensivo de la desmentida es sólo parcial; una parte del yo se mantiene acorde a la realidad y reconoce la carencia de pene en la mujer. Como

consecuencia de la incompletitud del proceso defensivo, se produce una escisión del yo: por un lado, un fragmento del yo actúa conforme a la realidad, reconociendo la castración; y, por otro lado, la otra parte del yo ha renegado de la realidad y huye de ella. En ese sentido, la homosexualidad manifiesta forma parte de la huida frente al potencial peligro de la castración, representada por los genitales femeninos. Es posible especular que el invertido puede excitarse sexualmente ante la mujer, pero dicha sensación remitiría, de manera automática, a la angustia de castración, alimentada desde dos frentes: como castigo por el deseo incestuoso que alguna vez se dirigió a la madre, y principalmente como reminiscencia del trauma. Debido a esto, la descarga de excitación - ahora unida a una intensa angustia - es redirigida hacia un objeto masculino, tomando un carácter compulsivo y apremiante. Puede inferirse que en la inversión sexual predomina la angustia - y no el placer - como afecto que determina y orienta la actividad sexual. De esta manera, la conducta homosexual del perverso forma parte de una reacción defensiva frente a la angustia de castración; debe a ello su frecuente carácter compulsivo, revelado en el acto sexual: éste representa en verdad una descarga de angustia, herencia perenne de aquel momento traumático no superado.

A la luz de estos nuevos planteamientos, puede inferirse que aquellos procesos que Freud pesquisó inicialmente en la homosexualidad masculina, a saber, identificación con la madre y elección narcisista de objeto, serían expresiones de una regresión al narcisismo primitivo; dicha regresión sirve a los fines de la defensa y, por lo tanto, forma parte del proceso de la desmentida. Todo este proceso defensivo emprendido por el yo, se haya referido a la angustia de castración y perdura como una constante evitación del trauma.

En definitiva, pueden establecerse, en la génesis de la homosexualidad masculina, dos ejes principales que se entrecruzan: narcisismo y castración. Aquel narcisismo originario

caracterizado por la omnipotencia infantil, se ve enfrentado al complejo de castración, en cuyo centro se halla la figura del padre. Efectivamente, es el complejo paterno el que estructura el funcionamiento psíquico del homosexual; éste busca, a través de su quehacer sexual, una solución para tramitar el trauma de la castración. Tal solución ve, por cierto, fracasado su objetivo: se mantiene inagotable la producción de angustia, ya que la compulsión de repetición que gobierna su actividad sexual es simultáneamente una huida y una reiteración del momento traumático.

Es posible señalar que todo ser humano debe enfrentar el desafío del complejo de castración y resolver de alguna forma ese momento traumático; lo que caracteriza a la homosexualidad masculina es la peculiar manera de resolver dicho trauma, armando un singular dispositivo defensivo frente a la angustia de castración; en este caso, la práctica sexual del invertido sustituye la elaboración de los intensos afectos generados por el trauma.

Para finalizar, es necesario realizar varias puntualizaciones. En primer término, es importante mencionar que todas estas conclusiones deben ser entendidas como producto de reflexiones que Freud realiza retrospectivamente en torno a los casos y, por ende, no pueden ser consideradas como bases para una predicción de homosexualidad en un individuo cualquiera. Desde la perspectiva freudiana, dicha predicción se hace imposible, por la múltiple cantidad de factores determinantes o coadyuvantes que se entrelazan para configurar un desenlace psicopatológico dado. En virtud de ello, esta aproximación a la comprensión de la homosexualidad masculina busca entregar elementos que ayuden al análisis de casos individuales y proponer problemas de investigación para la terapia psicoanalítica. En segundo lugar, es evidente que no puede hablarse de un mecanismo exclusivo involucrado en la elección de objeto homosexual; en este proceso confluyen una

serie de dinámicas que se combinan de manera única en cada caso particular. Así, las diferencias individuales serían de orden más bien cuantitativo. Por último, debe tenerse en cuenta que lo más probable es que existan aún varios mecanismos desconocidos en la base de la homosexualidad masculina, y que constituyen interesantes temas de investigación a futuro.

V. 2. Acerca de una configuración homosexual en el psiquismo humano.

A medida que se avanza en la obra de Freud, puede apreciarse la importancia que adquieren en el desarrollo humano las mociones homosexuales, presentes desde la más tierna infancia. En virtud de la bisexualidad originaria, cada individuo puede escoger, a lo largo de su desarrollo, objetos tanto masculinos como femeninos; de esta manera, la elección de objeto es independiente del sexo de este último. Es más, toda persona ha consumado en lo inconciente una elección homosexual de objeto, que en el caso del varón se halla referida al narcisismo primitivo. Según el modelo del narcisismo, el varoncito considera que todos poseen pene; de acuerdo con esta premisa, sus primeras elecciones de objeto dan por supuesta una semejanza con la imagen de sí mismo, especialmente en lo referido a los genitales, tan apreciados por el pequeño. De esta forma, la elección homosexual de objeto siempre es precursora de la elección heterosexual.

Además, en virtud de la disposición perversa polimorfa infantil, presente al comienzo del desarrollo, todo individuo se ha comportado como un "pequeño perverso", en el sentido que ha vivenciado múltiples formas de satisfacción que podríamos denominar perversas. En el sujeto normal, estas inclinaciones - desorganizadas y dispersas - han sido en su mayoría sintetizadas en la genitalidad adulta, reprimidas o sublimadas. Sin embargo, producto de

fijaciones y regresiones del desarrollo, puede ser que esas prácticas sexuales perversas se conserven hasta la adultez, suplantando el primado de la función reproductiva. Entre estas perversiones, hallamos la homosexualidad.

Como otro factor a considerar, puede apreciarse que toda persona ingresa, en cierto momento de su desarrollo, al complejo edípico. Teniendo en cuenta la disposición bisexual originaria, este proceso muestra necesariamente dos caras: por un lado, el Edipo simple o positivo, en el que el varoncito toma por objeto de amor a la madre y muestra una rivalidad hostil hacia el padre; por otro lado, el Edipo negativo o invertido, en el que el pequeño adopta una actitud femenina hacia el padre y rivaliza con la madre. Dados estos dos aspectos simultáneos en el niño, éste se muestra ambivalente frente a las figuras parentales, amándolos y odiándolos al mismo tiempo. Según la confluencia de factores tanto constitucionales como ambientales, alguno de estos dos aspectos del Edipo predomina y se refuerza, en tanto el otro se mantiene de manera subyacente, influyendo permanentemente en la vida animica adulta. En conclusión, todo individuo ha experimentado el Edipo completo; junto a mociones heterosexuales han existido intensas mociones homosexuales, prevaleciendo una u otra. En virtud de la acometida en dos tiempos de la pulsión sexual, es posible observar en la pubertad una reactivación del complejo de Edipo, y por ende, la misma ambivalencia hacia los objetos; durante esta etapa, es fácil reparar en las amistades de tinte homosexual, e incluso relaciones homosexuales esporádicas, que no necesariamente implican una homosexualidad futura.

De esta manera, puede inferirse que en todo heterosexual, es posible encontrar un grado mayor o menor de homosexualidad latente, dada por distintos factores del desarrollo psicosexual normal. Es más; en el curso evolutivo individual, estas mociones homosexuales

de meta sexual inhibida son reaplicadas en otras áreas, especialmente en la vida social, expresándose mediante el compañerismo, en las relaciones amistosas con el mismo sexo e incluso en el sentimiento altruista de amor a la humanidad. El mecanismo central en este proceso de desexualización de la libido, es el de la sublimación, que actúa desviando la moción de su meta original, guiándola hacia otras metas más valorizadas socialmente. Se puede hipotetizar que, en buena medida, gran parte del desarrollo cultural y social se ha dado a expensas de pulsiones sexuales perversas, entre ellas, la homosexualidad.

Ya apreciado el papel de las mociones homosexuales en el desarrollo individual normal y su influencia en la vida social, puede intuirse su presencia en las diversas estructuras psicopatológicas estudiadas por Freud: neurosis, psicosis y perversión. Precocemente, Freud vislumbra en las neurosis la presencia de intensas mociones de deseo homosexual, que prestan su fuerza para la generación del sintoma neurótico. En efecto, Freud descubre, en la base de esta formación psíquica, la figuración simbólica de fantasías homosexuales inconcientes, que pueden adoptar un poder patógeno debido a una falla de la represión y a una forzosa descarga a través del sintoma. En este sentido, el sintoma puede ser entendido como un sustituto de satisfacciones perversas infantiles, fallidamente reprimidas y representadas por la fantasía inconciente. Incluso, Freud aprecia que en la génesis de producciones psíquicas no necesariamente patológicas, como el sueño y los actos fallidos, pueden encontrarse también ciertas mociones homosexuales que en cierta medida determinan su aparición.

Por otro lado, en el caso de la paranoia, el ocasionamiento de la enfermedad se halla en la irrupción de una moción homosexual frente a la que el yo se defiende mediante el delirio de persecución. El mecanismo involucrado en la formación del delirio es el de la

proyección, que actúa cancelando la percepción interna, sustituyéndola por una percepción externa. El resultado de este proceso es que cambia la intencionalidad del sentimiento (que ahora ya no es más propio, sino que retorna desde afuera como intención de un otro) y muda hacia lo contrario el tono del afecto (de amor en odio). El otrora amado se convierte en odiado perseguidor. La defensa, que había operado retirando libido del objeto de deseo ha fracasado, pues ahora el delirio lo instala, aun de manera deformada por la proyección, como un objeto central para la vida animica. La defensa continúa su batalla a través de un segundo paso: la libido es retirada de todos los objetos del mundo exterior, dando lugar a lo que Freud llama "sepultamiento del mundo". Esta enorme cantidad de libido flotante tiene que ser reconducida; de esta manera regresa al yo siguiendo la huella de una fijación arcaica en el narcisismo. En virtud de esto, se configura el delirio de grandeza, consumándose así una alteración del yo que busca restablecer su relación con el mundo a través del delirio; esta formación delirante puede ser concebida como un estridente intento de reconstrucción tras la radical defensa emprendida: el yo reconduce la libido hacia los objetos antes amados por medio de la proyección. A pesar de que Freud describe estos mecanismos sólo en la paranoia, es posible inferir su presencia – en mayor o menor medida – en otros cuadros psicóticos.

Finalmente, en la homosexualidad como perversión, las mociones homosexuales se expresan directamente en las escenificaciones perversas y en la conducta sexual. Lo característico de la inversión masculina es la exclusividad y fijación de la perversión, es decir, la práctica homosexual es recurrente y compulsiva. Aquí, la homosexualidad no ocupa el lugar del deseo, sino que opera como defensa frente a la angustia de castración, a diferencia de lo que ocurre en la neurosis, en donde lo homosexual toma la forma de un

deseo reprimido, dando lugar a ciertas fantasías homosexuales inconcientes y a la formación de síntoma.

En este sentido, la homosexualidad manifiesta puede comprenderse como una resolución de la angustia a través de la conducta sexual explícita; pareciera ser que el homosexual busca apremiantemente, en virtud de la compulsión de repetición, ligar cantidades de excitación flotante (angustia) que quedaron sin ligazón con una representación. Ello, debido a que en el proceso defensivo, el yo ha desmentido la percepción de la castración, manteniéndose empero una enorme angustia, canalizada ulteriormente a través de su quehacer sexual compulsivo. De esta forma, el acto sexual reemplaza al trabajo de pensamiento requerido para la ligadura psíquica.

A partir de todas estas puntualizaciones, puede establecerse la presencia de una *constelación homosexual* que subyace a todos los cuadros psicopatológicos analizados por Freud; de tal modo, lo que varía en cada patología no es el contenido, sino la forma de manifestación de éste. Dado que todos enfrentan en algún momento de la infancia el complejo de castración y que es éste el que estructura el aparato psíquico, la forma que lo homosexual adopte en cada estructura individual dependerá de la resolución que se configure frente a este trauma. De esta forma, puede hablarse de *lo homosexual*, cuya expresión extrema se encuentra en la homosexualidad manifiesta, pero que atraviesa de diversas maneras a todas las estructuras de personalidad, desde la normalidad hasta las patologías más severas. En vista de lo anterior, para Freud, la homosexualidad deja de tener una relación exclusiva con ciertos individuos aislados y particulares, pasando a formar parte de la vida anímica de todo ser humano, en virtud del complejo paterno que estructura el psiquismo y que todos han atravesado. Desde este punto de vista, puede entenderse la

discriminación hacia los homosexuales como una reacción defensiva frente a una percepción externa, que remite a fragmentos de la propia vida anímica individual y social, marginados de la conciencia. En ciertos aspectos, este proceso recuerda el mecanismo de la proyección.

V. 3. Implicancias de este estudio para la psicoterapia.

En primer término, es fundamental señalar que este estudio pretende ser - para aquellos profesionales que se encuentren trabajando con pacientes homosexuales - una fuente de reflexión y reconsideración de ciertos problemas clínicos importantes para el tratamiento. Entre dichos problemas, el principal dice relación con la dirección de la cura; desde la perspectiva freudiana, la cura sólo puede pretender la toma de conciencia por parte del paciente, haciendo consciente aquéllo inconsciente que perturba su vida anímica y determina su sufrir. Para Freud, es imposible predecir el resultado de la terapia analítica; por ello, no debe aspirarse forzosamente a la modificación de la elección de objeto y a un cambio de la homosexualidad en heterosexualidad, sino que se busca que el paciente pueda pensar y elaborar ciertas conflictivas psíquicas. Es esencial que el terapeuta tenga claridad en ello, para no obstaculizar el proceso con expectativas desmesuradas y poco ajustadas a la realidad del individuo.

No sólo este problema inicial debe enfrentarse en el trabajo con pacientes homosexuales; en el transcurso de dicho trabajo, lo más probable es que aparezcan una serie de dificultades clínicas relativas a la transferencia, resistencia y conductas compulsivas, por mencionar algunas. En este sentido, el presente trabajo intenta ser una herramienta de apoyo para el terapeuta, entregando elementos para la comprensión de algunas dinámicas psíquicas pesquisables en la inversión masculina. Considerando que el narcisismo y el complejo

paterno son los elementos que al enfrentarse dan forma a la homosexualidad masculina, es esperable la manifestación de dichas constelaciones en los fenómenos transferenciales. Además, teniendo en cuenta la fuerza con que se expresa la compulsión de repetición en este tipo de pacientes, pueden aguardarse en aquéllos profundas dificultades para elaborar los conflictos psíquicos que subyacen a la patología.

Por otra parte, el aporte de esta investigación teórica puede extenderse en cierto grado a la comprensión de otras psicopatologías, más allá de la homosexualidad manifiesta. Como ya se ha explicado anteriormente, lo homosexual juega un papel preponderante en diversas afecciones psíquicas y se hace presente de distintas maneras en las diferentes estructuras de personalidad. Por lo tanto, a través de este estudio, se pretende abrir la posibilidad de indagar el rol de las mociones homosexuales como codeterminantes de otras patologías: histeria, neurosis obsesivo-compulsiva, paranoia, etc.; de manera que el terapeuta tenga en mente la probable influencia de estas mociones en la sintomatología del paciente.

Lo dicho anteriormente da pie para una nueva reflexión: también en el terapeuta están presentes ciertos componentes homosexuales que pueden reactivarse frente a algunos pacientes. Es importante entonces que cada terapeuta tenga en cuenta este antecedente personal, pues su expresión a través de reacciones contratransferenciales puede afectar - en mayor o menor medida - el trabajo con los pacientes. En virtud de ello, cobra relevancia el propio análisis, que puede ayudar a descubrir mociones homosexuales latentes, de manera que éstas no se conviertan en "puntos ciegos" que paralicen el desempeño del terapeuta en el quehacer clínico.

Es importante destacar que todos los planteamientos trabajados en esta memoria tienen el valor de hipótesis, es decir, son conjeturas que persiguen la comprensión de un fenómeno clínico; por lo tanto, deben ser contrastadas con los hechos de la experiencia clínica concreta, para poder obtener así un conocimiento que permita confirmar o desvirtuar esas suposiciones, además de arrojar nuevos hallazgos. En este sentido, esperamos que este estudio constituya un aporte útil y un incentivo para la investigación clínica en torno a la homosexualidad masculina.

V. 4. Algunas problemáticas inconclusas.

Es necesario recalcar que, a pesar de que el presente estudio ha intentado ser lo más exhaustivo y acabado posible, claramente aparecen ciertas problemáticas inconclusas e interrogantes sin responder. Ello, tanto por las limitaciones propias de la investigación como por los vacíos que muestra la propia teoría freudiana. No es posible responder en un solo trabajo todas las preguntas que pueden surgir en torno al complejo tema de la homosexualidad masculina; han quedado en el camino un sinnúmero de dudas irresueltas, algunas de las cuales pueden ser explicitadas en este lugar.

Una de las preguntas que se ha mantenido sin resolver es el que respecta a la posibilidad de represión en las perversiones, y en especial, en la homosexualidad masculina. En los últimos años de desarrollo de la teoría, Freud sostiene que el mecanismo de defensa implicado en la perversión es el de la desmentida, según la cual el yo reniega de la percepción de los genitales femeninos. Sin embargo, este proceso es parcial; otra parte del yo permanece atenta a la realidad y reconoce la castración. Es aquí donde cabe preguntarse: este fragmento del yo ¿es capaz de ligar cantidades de excitación a representaciones y

reprimir estos contenidos indeseados?. Esta pregunta apunta directamente a la posibilidad de encontrar en el perverso una parte del yo más desarrollada, más cercana al yo del neurótico; esta posibilidad tendría interesantes consecuencias para la terapia psicoanalítica.

Otro punto interesante de discusión es el referido a las diversas formas de homosexualidad masculina que pueden hallarse en la clínica. Ciertamente, es posible encontrar sutiles variaciones en cada caso clínico particular. Este trabajo ha abordado ciertos factores determinantes generales para la inversión masculina y, más específicamente, para la elección de objeto homosexual recurrente y exclusiva; sin embargo, no se han establecido todos los factores posiblemente implicados y sus cantidades relativas, de manera que no es posible abarcar comprensivamente todos los subtipos inmersos en la homosexualidad masculina y sus rasgos diferenciales: travestismo, transexualismo, etc. Cabe señalar que muchas de estas diferencias sólo pueden estudiarse caso a caso.

Uno de los problemas más importantes que ha quedado sin explorar en esta memoria, es el papel de la agresión en la homosexualidad masculina. La introducción del concepto de pulsión de muerte en la teoría freudiana, implica necesariamente la reflexión acerca de la relevancia de la destructividad y de las pulsiones sádicas y masoquistas en la psicopatología, en especial en las perversiones. Es posible inferir que la polaridad activo-pasivo, tan notoria en la homosexualidad, tenga profundos vínculos con el par de opuestos sadismo-masoquismo y con la agresión – tanto hacia el objeto como hacia el sujeto – implicada en aquél. En cierto sentido, es probable que tenga aquí un rol preponderante la retención, en algunos homosexuales, de la zona anal como zona erógena, en sus prácticas sexuales cotidianas. Esto constituye entonces un valioso punto de investigación.

Como es sabido, el presente estudio se ha circunscrito a la homosexualidad masculina; queda así sin explorar el tema de la homosexualidad femenina en la teoría freudiana. Dada la complejidad y los vacíos de la psicología de la mujer desde la teoría de Freud, es esperable encontrar grandes dificultades a la hora de sistematizar e integrar sus planteamientos respecto a la homosexualidad femenina. Queda disponible así un interesante tema de investigación en donde pueden realizarse nuevos hallazgos, que a su vez nutran la comprensión de la homosexualidad en general.

Finalmente, cabe expresar nuestra aspiración de que este trabajo sirva de base e incentivo para futuras investigaciones – tanto teóricas como clínicas – acerca de la homosexualidad. Lo más probable es que para ello se deba recurrir, por un lado, a nuevas perspectivas y enfoques teóricos, que complementen y superen los planteamientos freudianos; y por otro, a la experiencia clínica, que sirva de contraste y permita nuevos descubrimientos. Esperamos que esta memoria sea útil también para los estudiantes, docentes y profesionales que deseen profundizar más en el tema de la homosexualidad y repensar sobre sus complejas dinámicas.

VI. BIBLIOGRAFÍA.

BIBLIOGRAFÍA BASADA EN LAS OBRAS DE SIGMUND FREUD.

- *Cartas a Wilhelm Fliess (1887 - 1904)*. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986.
- *Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892 - 1899])*. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. I, cartas y manuscritos:
 - Manuscrito H: Paranoia. (enero de 1895).
 - Manuscrito K: Las neurosis de defensa (Un cuento de Navidad). (enero de 1896).
 - Carta 46. (mayo de 1896).
 - Carta 52. (diciembre de 1896).
 - Carta 55. (enero de 1897).
 - Carta 56. (enero de 1897).
 - Carta 57. (enero de 1897).
 - Carta 59. (abril de 1897).
 - Carta 61. (mayo de 1897).
 - Manuscrito L. (mayo de 1897).
 - Manuscrito M. (mayo de 1897).
 - Manuscrito N. (mayo de 1897).
 - Carta 66. (julio de 1897).
 - Carta 69. (septiembre de 1897).
 - Carta 71. (octubre de 1897).
 - Carta 75. (noviembre de 1897).

- Carta 125. (diciembre de 1899).

- *Las neuropsicosis de defensa (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas, y de ciertas psicosis alucinatorias)* (1894). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. III.

- *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa* (1896). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. III.

- *La etiología de la histeria* (1896). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. III.

- *La sexualidad en la etiología de las neurosis* (1898). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. III.

- *La Interpretación de los Sueños (primera parte)* (1900 [1899]). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, primera edición, 1979, v. IV, cap. III, IV, V, VI.

- *La Interpretación de los Sueños (segunda parte)* (1900 [1899]). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1984, v. V, cap. VI (continuación), VII.

- *Psicopatología de la vida cotidiana (Sobre el olvido, los deslices en el habla, el trastocar las cosas confundido, la superstición y el error)* (1901). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. VI, cap. XII.

- *Fragmento de análisis de un caso de histeria* (1905 [1901]). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, primera edición, 1978, v. VII.

- *Tres ensayos de teoría sexual* (1905). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, primera edición, 1978, v. VII.

- *Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis* (1906 [1905]). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, primera edición, 1978, v. VII.
- *El esclarecimiento sexual del niño (Carta abierta al doctor M. Fürst)* (1907). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. IX.
- *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad* (1908). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. IX.
- *Carácter y erotismo anal* (1908). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. IX.
- *La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna* (1908). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. IX.
- *Sobre las teorías sexuales infantiles* (1908). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. IX.
- *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* (1909). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. X.
- *A propósito de un caso de neurosis obsesiva* (1909). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. X.
- *Cinco conferencias sobre psicoanálisis* (1910 [1909]). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. XI, cuarta conferencia.
- *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. XI.
- *Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la psicología del amor, I)* (1910). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. XI.

- *Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor, II)* (1912). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. XI.
- *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente* (1911 [1910]). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. XII.
- *Sobre la dinámica de la transferencia* (1912). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. XII.
- *Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, I)* (1914). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. XII.
- *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico* (1911). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, V. XII.
- *Sobre los tipos de contracción de neurosis* (1912). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. XII.
- *La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de neurosis* (1913). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. XII.
- *Introducción del narcisismo* (1914). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1984, v. XIV.
- *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1984, v. XIV.
- *La represión* (1915). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1984, v. XIV.

- *Lo inconciente* (1915). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1984, v. XIV.
- *Duelo y melancolía* (1917 [1915]). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1984, v. XIV.
- *Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica* (1915). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1984, V. XIV.
- *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916 - 17 [1915 - 17]). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1984, v. XVI, conferencias: 17, 18, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26.
- *De la historia de una neurosis infantil* (1918 [1914]). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. XVII.
- *Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal* (1917). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. XVII.
- *"Pegan a un niño". Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales* (1919). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. XVII.
- *Más allá del principio del placer* (1920). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1984, v. XVIII.
- *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1984, v. XVIII, cap. VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII.
- *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* (1920). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1984, v. XVIII.
- *Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad* (1922 [1921]). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1984, v. XVIII.

- *La cabeza de Medusa* (1940 [1922]). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1984, v. XVIII.
- *El yo y el ello* (1923). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1984, v. XIX.
- *Una neurosis demoníaca en el siglo XVII* (1923 [1922]). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1984, v. XIX.
- *La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad)*. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1984, v. XIX.
- *Neurosis y psicosis* (1924 [1923]). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1984, v. XIX.
- *El problema económico del masoquismo* (1924). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1984, v. XIX.
- *El sepultamiento del complejo de Edipo* (1924). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1984, v. XIX.
- *La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis* (1924). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1984, v. XIX.
- *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* (1925). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1984, v. XIX.
- *Presentación autobiográfica* (1925 [1924]). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. XX.
- *Inhibición, sintoma y angustia* (1926 [1925]). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. XX.
- *El malestar en la cultura* (1930 [1929]). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. XXI.

- *Fetichismo* (1927). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. XXI.
- *Dostoievski y el parricidio* (1928 [1927]). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. XXI.
- *Sobre la sexualidad femenina* (1931). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. XXI.
- *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933 [1932]). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. XXII, conferencias: 31, 32, 33.
- *Sobre la conquista del fuego* (1932 [1931]). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. XXII.
- *Esquema del psicoanálisis* (1940 [1938]). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. XXIII.
- *La escisión del yo en el proceso defensivo* (1940 [1938]). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, segunda edición, 1986, v. XXIII.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL.

- Abalos, María y otros. (1989). *El concepto de sexualidad normal y perversa desde una perspectiva freudiana y kleiniana*. Memoria para optar al título de Psicólogo, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.
- Aries, Phillipe. (1987). *Sexualidades occidentales*. Editorial Paidós, Ciudad de México.
- Asti Vera, Armando. (1968). *Metodología de la Investigación*. Editorial Kapelusz, Buenos Aires.
- Bachelard, Gaston. (1948). *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*. Editorial Argos, Buenos Aires.

- Burckhardt, Jacob. (1968). *La cultura del Renacimiento en Italia*. Editorial Zeus, Barcelona.
- De la Maza, Francisco. (1985). *La erótica homosexual en Grecia y Roma*. Editorial Oasis, Ciudad de México.
- Díaz, M. y Van Bebbber, R. (1997). *Un estudio de casos exploratorio-descriptivo de las funciones psíquicas que caracterizan las relaciones estables de parejas homosexuales masculinas*. Memoria para optar al título de Psicólogo, Universidad Nacional Andrés Bello, Santiago de Chile.
- Dor, Jöel. (1988). *Estructura y perversiones*. Editorial Gedisa, Buenos Aires, primera edición.
- Eco, Umberto. (1989). *Cómo se hace una tesis: técnicas y procedimientos de estudio, investigación y escritura*. Editorial Gedisa, Ciudad de México.
- Ellis, Henry Havelock. (1913). *Estudios de Psicología Sexual*. Hijos de Reus Editores, Madrid.
- Galaz, C. y Valdebenito, M. (1995). *Los Perversos: La Estructura de Personalidad Perversa y la relación terapéutica*. Memoria para optar al título de Psicólogo, Universidad de Chile, Santiago de Chile.
- Goethe, Johann Wolfgang. *Fausto*. Editorial Ercilla, Santiago de Chile, edición especial.
- Homero. *La Ilíada*. Editorial Ercilla, Santiago de Chile, edición especial.
- Jones, Ernest. (1981). *Vida y obra de Sigmund Freud*. Editorial Anagrama, Barcelona, segunda edición.
- Krafft-Ebing, Richard von. (1955). *Psicopatía Sexual*. Librería "El Ateneo" Editorial, Buenos Aires.
- Marcuse, Herbert. (1968). *Cultura y Sociedad*. Editorial Sur, Buenos Aires, segunda edición.

- Mirabet i Mullol, Antoni. (1985). *La homosexualidad hoy*. Editorial Herder, Barcelona.
- Platón. *Diálogos*. Editorial Ercilla, Santiago de Chile, edición especial.
- Rimbaud, Arthur. *Hay que ser absolutamente moderno*. Editorial Grijalbo Mondadori, Madrid.
- Ruitenbeek, Hendrik. (1965). *La homosexualidad en la sociedad moderna*. Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires.
- Sánchez, Antonio. (1993). *Historias de amor entre hombres que hicieron historia*. Editorial Celeste/Cirene, Madrid.
- Steiner, G. y Boyers, R. (1985). *Homosexualidad: literatura y política*. Alianza Editorial, Madrid.
- Symonds, John Addington. (1956). *Vida de Miguel Ángel*. Editorial Grijalbo, Ciudad de México.